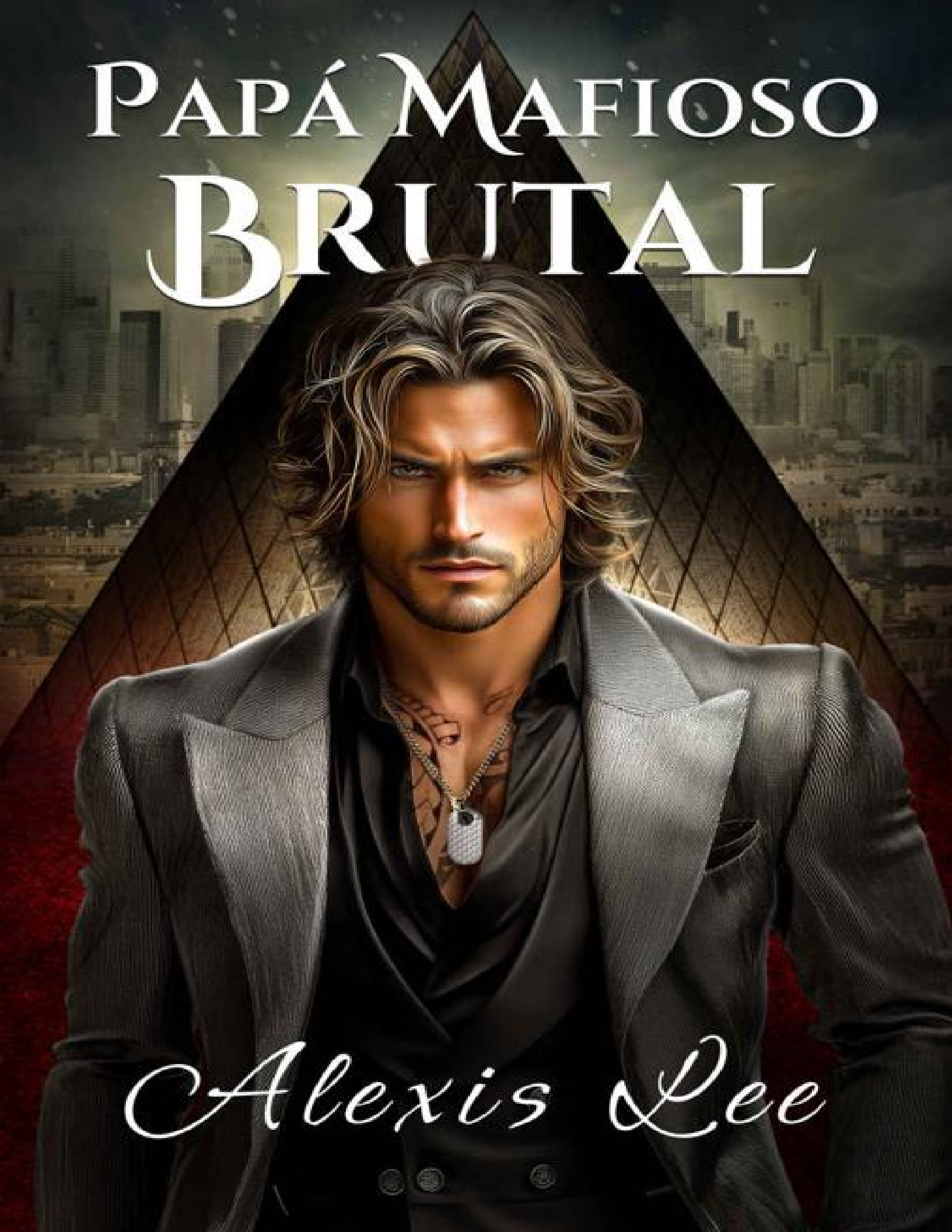
Papá Mafioso Brutal



Alexis Lee

Papá Mafioso Brutal

Un Romance Oscuro de la Mafia con Bebé Secreto, Matrimonio Arreglado y Enemigos a Amantes

(Serie Daddy de la Mafia)

Alexis Lee

Copyright © 2024 by Alexis Lee

All rights reserved.

No portion of this book may be reproduced in any form without written permission from the publisher or author, except as permitted by U.S. copyright law

Contents

CAPÍTULO UNO
CAPÍTULO DOS
CAPÍTULO TRES
CAPÍTULO CUATRO
CAPÍTULO CINCO
CAPÍTULO SEIS
CAPÍTULO SIETE
CAPÍTULO OCHO
CAPÍTULO NUEVE
CAPÍTULO DIEZ
CAPÍTULO ONCE
CAPÍTULO DOCE
CAPÍTULO TRECE
CAPÍTULO CATORCE
CAPÍTULO QUINCE
CAPÍTULO DIECISÉIS
CAPÍTULO DIECISIETE
CAPÍTULO DIECIOCHO
CAPÍTULO DIECINUEVE
CAPÍTULO VEINTE
CAPÍTULO VEINTIUNO
CAPÍTULO VEINTIDÓS
CAPÍTULO VEINTITRÉS
CAPÍTULO VEINTICUATRO
CAPÍTULO VEINTICINCO
CAPÍTULO VEINTISÉIS

CAPÍTULO UNO

IVORY

No es todos los días que me acuerdo de él y de la noche que pasamos juntos hace siete años. He intentado sin ningún resultado positivo sacarlo de mi subconsciente, pero permanece allí, como las raíces robustas de un árbol viejo.

El horizonte de Nueva York se desdibujaba a través de las ventanas tintadas del SUV, un telón de fondo apropiado para mis pensamientos confusos. Suspiré, tratando de concentrarme en el día que me esperaba, que prometía ser otro jueves ajetreado de clases de derecho y grupos de estudio. La facultad de derecho era mucho más agotadora de lo que jamás había imaginado.

Cuando nos detuvimos en un semáforo en rojo, un elegante coche deportivo se detuvo junto a nosotros. Su motor rugió. El sonido era un ronroneo bajo y poderoso que me envió un escalofrío inesperado por la espalda. Levanté la cabeza de golpe; mis ojos se dirigieron al vehículo.

No era la misma marca ni el mismo modelo, pero ese sonido... Dios, era tan similar al coche de Marco. En un instante, me transporté años atrás a una de esas noches en las que me recogía en su preciado Maserati. El gruñido ronco del motor, la emoción mientras acelerábamos por las calles de la ciudad, el mundo difuminándose a nuestro alrededor como si fuéramos las únicas dos personas que existían.

Marco Caruso. Incluso pensar en su nombre me provocaba un escalofrío por la espalda, un cóctel agridulce de anhelo y resentimiento que nunca había logrado sacudirme del todo.

Cerré los ojos, dejando que el recuerdo me invadiera. La boda familiar, el champán que fluía, la forma en que los ojos azul acero de Marco se clavaron en los míos al otro lado del abarrotado salón de la recepción. Era el mejor amigo de mi hermano Lucas y el hijo de otra familia de la mafia.

Desde que tengo memoria, Marco formaba parte de mi familia. Estaba presente en cada celebración de cumpleaños, boda, graduación y cena de Acción de Gracias, ya fuera para celebrar con su mejor amigo o... ¿conmigo? Ser el único hijo de su padre soltero y despiadado significaba que carecía de cualquier sentido de normalidad que un niño necesitara en casa. No es que las cosas fueran mejores en nuestra casa, pero supongo que le dábamos un sentido de

comunidad.

Tenía dieciocho años cuando por fin acepté mis sentimientos por él. Empecé a verlo de forma diferente cuando cumplí los dieciséis, pero me guardé mis pensamientos para mí misma, sin estar segura de si eran apropiados. Él era ocho años mayor, el mejor amigo de mi hermano y casi como un hermano para mí.

Sin embargo, cuando cumplí los dieciocho y él tenía veintiséis, hubo un cambio palpable en la forma en que me trataba. Marco me trataba como una flor delicada. Me tendía la mano al bajar la escalera y se preocupaba por mí en cualquier oportunidad que tenía durante los actos públicos. Poco a poco, las cosas cambiaron entre nosotros. Crecieron nuevos sentimientos que yo amaba y deseaba a la vez. Empezó poco a poco: un beso que duraba demasiado, un roce que me hacía estremecer. Cada vez que estábamos juntos, íbamos un poco más allá. Las manos vagaban por nuevos lugares. Nos exploramos mutuamente, al principio con timidez, luego con más atrevimiento. Cada paso que dábamos resultaba emocionante y un poco aterrador.

Pero fue durante una boda cuando Marco y yo nos hicimos uno.

Un primo lejano de mi padre se casaba y, por supuesto, significaba que todos teníamos que estar presentes. Marco literalmente no tenía nada que hacer allí, pero mi hermano de alguna manera lo convenció para que asistiera a la boda. No tenía ni idea de quiénes eran los novios. Ni siquiera sabía sus nombres.

Nos habíamos escabullido a mitad de la fiesta porque se había vuelto aburrida. Hacía frío fuera, lo que ofrecía un alivio bienvenido del sofocante salón de baile. Marco me había llevado a un jardín apartado, su mano cálida en la mía. Era la primera vez que estábamos a solas en la oscuridad.

Los sonidos de la boda se desvanecieron, dejándonos en un mundo propio.

Sus ojos, esos orbes azul acero hipnotizantes, se clavaron en los míos. La intensidad de su mirada me cortó la respiración. Lentamente, con reverencia, Marco alargó la mano y sus dedos trazaron la curva de mi mejilla. Su tacto era ligero como una pluma, pero me provocó escalofríos por toda la columna vertebral.

—Ivory —suspiró, mi nombre una caricia en sus labios—. Eres tan hermosa.

Me atrajo hacia sí, una mano posándose en la parte baja de mi espalda, la otra acunando mi

rostro. El primer roce de sus labios contra los míos fue suave, tentativo.

Cuando me besó, fue como si todos los clichés que había leído cobraran vida: fuegos artificiales, mariposas, todo el paquete completo.

Era el mejor amigo de mi hermano. Había una diferencia de edad de ocho años. Era como de la familia.

Nada de eso importaba. Me ardían las mejillas de tanto reír. Marco tenía su encanto. Era la persona más divertida que conocía.

—¿Estás segura? —susurró, con la voz ronca de deseo. Encontramos una habitación agradable cerca del jardín. Había una cama, y éramos dos individuos muy excitados.

Nunca había estado tan segura de algo en mi vida.

Las manos de Marco, callosas pero increíblemente suaves, empezaron a explorar. Trazó la línea de mi mandíbula y la curva de mi cuello, dejando un rastro de piel de gallina a su paso. Cada caricia era deliberada y reverencial, como si estuviera grabando en su memoria cada centímetro de mi cuerpo.

El aroma de su colonia se mezclaba con la dulce fragancia del jazmín nocturno que llegaba desde el jardín. Era embriagador, envolviéndonos como un velo. Una suave música sonaba desde algún lugar lejano, la melodía entrelazándose con nuestras respiraciones aceleradas y nuestros suaves gemidos.

Pasé los dedos por su pelo, maravillándome de su textura sedosa. Su piel estaba cálida bajo mi tacto, muy diferente de las sábanas frescas que teníamos debajo. Los labios de Marco encontraron el camino hacia mi cuello, presionando suaves besos que me hacían derretir entre sus brazos. Podía sentir su aliento, cálido y urgente, contra mi piel.

Las manos de Marco se movieron más abajo, explorando mi cuerpo. Trazó la curva de mi cintura, sus dedos demorándose en mis caderas antes de deslizarse hasta mis muslos. Cada caricia enviaba oleadas de placer a través de mí, haciéndome arquear la espalda y pegarme más a él. Su tacto era a la vez suave y firme. Sabía exactamente dónde moverse rápido y dónde demorarse.

Sus labios siguieron un camino en zigzag, plantando suaves besos a lo largo de mi clavícula,

bajando hasta mi pecho y la V entre mis muslos.

Sus dedos encontraron las partes más sensibles de mi cuerpo, arrancándome jadeos y gemidos mientras exploraba. Se movía con una gracia segura, sabiendo exactamente cómo llevarme al borde del éxtasis. Respondí a su tacto con un hambre propia, mis manos recorriendo su cuerpo, sintiendo los músculos ondular bajo su piel.

Marco me prometió el mundo. Hablaba de nuestro futuro, de todos los lugares a los que quería llevarme. Estaba segura de que mi vida estaba a punto de cambiar para mejor.

Al menos, tenía razón en esa última parte. Mi vida cambió. Pero no de la manera que esperaba.

A medida que el recuerdo se desvanecía, la ira surgió en mí, ardiente y familiar. Mis manos se cerraron en puños apretados, las uñas perfectamente arregladas clavándose en mis palmas. El agudo dolor fue una distracción bienvenida, anclándome en el presente, y parpadeé, desorientada por un momento. Harold, mi conductor, me miró por el espejo retrovisor, con preocupación grabada en su rostro curtido.

—¿Todo bien, señorita Russo?

Forcé una sonrisa, encontrándome con la mirada preocupada de Harold en el espejo retrovisor. Harold había sido parte de mi vida desde que tenía memoria. Había servido como conductor y guardaespaldas de mi madre antes de que ella falleciera hace años.

Ahora, a pesar de las canas que salpicaban su cabello y las líneas más profundas en su rostro, Harold continuaba sirviendo a nuestra familia con lealtad. Sus reflejos podrían haberse ralentizado un poco, pero sus instintos seguían siendo afilados como una navaja. Más que un simple conductor, era un confidente, un protector y una de las pocas personas que realmente me conocían, no solo la imagen cuidadosamente elaborada que presentaba al mundo, sino la verdadera pequeña Ivory.

—Estoy bien, Harold —mentí con suavidad, mi voz firme a pesar del tumulto en mi interior—. Solo pensaba en mi próximo examen.

Asintió, sin apartar sus ojos de los míos en el espejo retrovisor. Pude ver la duda parpadeando en su mirada. Harold me conocía demasiado bien como para dejarse engañar por una distracción tan simple. Él había estado ahí durante todo, la noche que regresé a casa llorando después de la desaparición de Marco, los tensos meses de mi embarazo oculto, la alegría silenciosa y el miedo

cuando nació Lily. Si alguien podía ver a través de mi fachada, era él.

—Sabe, señorita Ivory —dijo suavemente—, a veces ayuda hablar sobre lo que le preocupa. Estos viejos oídos míos siempre están listos para escuchar.

Sentí una oleada de afecto por este hombre que se había convertido en más que un empleado. En muchos aspectos, Harold había sido una presencia más constante y cariñosa en mi vida que mi propio padre. Pero incluso con él, había algunas cargas que no estaba lista para compartir.

—Lo aprecio, Harold —respondí, mi sonrisa más genuina esta vez—. Quizás más tarde. Por ahora, concentrémonos en llegar a la universidad a tiempo.

A medida que nos acercábamos a la universidad, observé cómo el agarre de Harold se tensaba en el volante. Había estado actuando de manera extraña desde que salimos de la mansión. Cuando ya no pude contenerme más, expresé mi preocupación.

—Harold —dije, mi voz adquiriendo un tono cortante—. ¿Qué es lo que no me estás diciendo?

Dudó, y en ese momento, lo supe. Supe que lo que estaba a punto de decir tendría un gran efecto en mí. Podía recordar esa mirada cuidadosamente. Era la misma que me mostró cuando anunció el fallecimiento de mi madre hace tantos años.

—¿Alguien murió, Harold? —pregunté, incapaz de contener las palabras.

—Oh, no, no, señorita Ivory. Para nada.

—Entonces dime, ¿qué sucede?

—Señorita Ivory —comenzó Harold, su voz inusualmente vacilante—. Yo... creo que debería saber. Marco Caruso está de vuelta en la ciudad.

El mundo se desplomó a mi alrededor. Mis pulmones se paralizaron, negándose a respirar. ¿Marco? ¿De vuelta aquí?

—¿Hace cuánto? —finalmente logré articular, mi voz apenas un susurro.

—Unas semanas, por lo que he oído —respondió Harold, sus ojos rebosantes de preocupación.

Mi mente se sumió en el caos.

Marco había desaparecido la mañana después de la boda, dejándome sola y confundida. Las siguientes semanas fueron una montaña rusa de emociones para mí. Por un lado, estaba herida por su traición, por el otro, no podía concentrarme y rompía en llanto ante el menor desafío. No supe por qué hasta tres semanas después, cuando me di cuenta de que estaba embarazada. Durante las semanas siguientes, intenté contactarlo, desesperada por compartir la noticia de nuestro hijo en camino. Pero se había esfumado como si nunca hubiera existido.

El pánico me atenazó la garganta. ¿Sabría él sobre Lily? ¿Habría descubierto la existencia de nuestra hija? El secreto que había guardado tan ferozmente durante siete años de repente se sentía frágil, como un castillo de naipes listo para derrumbarse al menor soplo de viento.

—Señorita Ivory —la voz de Harold cortó mis pensamientos en espiral—. No hay forma de que él sepa sobre Lily. Hemos sido muy cuidadosos.

Asentí mecánicamente, tratando de encontrar consuelo en sus palabras. Pero el miedo había echado raíces, envolviendo mi corazón con sus helados zarcillos. Marco no podía saber sobre Lily. No merecía saberlo. No después de haberme abandonado sin decir una palabra, dejándome enfrentar el embarazo y la maternidad sola. Había perdido cualquier derecho sobre nuestra hija en el momento en que desapareció.

No podía volver y reclamar un lugar en su vida. Ni ahora, ni nunca.

—Nunca puede saberlo, Harold —dije, mi voz dura con determinación—. Marco Caruso no tiene derecho a ser padre después de siete años de silencio. Lily es mía, y solo mía.

El SUV se detuvo frente a la universidad, y tomé una respiración profunda, forzando mis facciones a una máscara de calma. Era Ivory Russo, una estudiante de derecho e hija de un hombre poderoso. No podía permitirme mostrar debilidad.

—Gracias, Harold —dije, mi voz más firme de lo que me sentía—. Estaré bien.

Al salir del auto, el aire fresco del otoño golpeó mi rostro, anclándome en el presente. Enderecé los hombros, aferrando mi bolso como un escudo. Un pie delante del otro. Solo tenía que sobrevivir el día.

Pero mientras caminaba hacia el imponente edificio de la universidad, me encontré con algunas de mis compañeras de clase riendo y hablando en voz alta sobre un hombre apuesto que habían visto. Según ellas, era de hombros anchos, con un andar seguro que lo hacía parecer como si

fuera el dueño del lugar. Una imagen cruzó por mi mente, pero la descarté. No podía ser... ¿o sí?

Mi corazón se aceleró cuando un hombre extraño al final del pasillo se giró ligeramente, dejando ver su perfil. Por un segundo, hubiera jurado que era Marco, pero cuando el hombre se volvió por completo, el alivio me invadió. No era él, solo estaba imaginando cosas.

Con manos temblorosas, saqué mi teléfono y marqué un número familiar.

—¿Elena? —dije, con la voz apenas por encima de un susurro—. Necesito que vayas a ver a Lily. Ahora.

Al terminar la llamada, un escalofrío me recorrió la espalda. El juego había cambiado, y no estaba segura de estar preparada para lo que pudiera venir después.

El resto de la mañana pasó como un borrón. No podía concentrarme en mis clases ni participar en las charlas habituales con mis compañeros. Mi mente estaba atrapada en un bucle, repitiendo una y otra vez ese momento en el pasillo. ¿Había sido realmente Marco? ¿O mi paranoia finalmente me estaba jugando una mala pasada?

A la hora del almuerzo, era un manojo de nervios. Necesitaba aire, necesitaba pensar. Me encontré caminando hacia la pequeña cafetería cerca del campus, mis pies moviéndose por voluntad propia. Estaba tranquila a esta hora del día, perfecta para ordenar mis pensamientos.

Al abrir la puerta, el rico aroma del café me envolvió, trayendo consigo un recuerdo inoportuno.

—Vamos, Ivory. Vive un poco —la voz de Marco me provocaba, su mano cálida en la parte baja de mi espalda mientras me guiaba a una cafetería similar. Fue durante ese tiempo que empecé a aceptar que me había enamorado irremediablemente del mejor amigo de mi hermano.

—Te prometo que con un sorbo de su espresso, nunca volverás a esa porquería barata.

Sacudí la cabeza, desterrando el recuerdo. Esa Ivory se había ido, reemplazada por una mujer que no podía permitirse una confianza tan ingenua. Pedí lo de siempre —un simple americano— y me acomodé en una mesa de la esquina, con la espalda contra la pared, desde donde podía ver toda la cafetería.

Los viejos hábitos son difíciles de matar, pensé con ironía, recordando las lecciones de mi padre sobre estar siempre atenta a mi entorno. De niña, pensaba que era solo otra de sus excentricidades. Ahora, entendía demasiado bien la necesidad.

Saqué mi teléfono de nuevo, dudando un momento antes de abrir mi lista de contactos. Mi pulgar se detuvo sobre el nombre de mi hermano. Lucas querría saber sobre el regreso de Marco. Pero decírselo lo haría real, pondría en marcha eventos para los que no estaba segura de estar preparada. Además, no podía olvidar cuánto quería Lucas que Marco estuviera muerto ahora. ¿Realmente quería que el padre de mi hija muriera?

Antes de que pudiera decidir, Alex, mi compañero de estudio y uno de mis amigos más antiguos después de Elena, apareció de repente a mi lado. Él no sabía ni la mitad de lo que realmente estaba pasando en mi vida.

—¡Hola, Ivory! —dijo Alex alegremente—. Te ves algo decaída hoy. ¿Está todo bien?

Pensé para mí misma, *Si supieras, Alex*. Casi dejé escapar las palabras, pero me contuve. Nadie más debería tener que lidiar con el desastre que era mi vida en este momento.

—Estoy bien, Alex —digo en su lugar—. Solo un poco estresada por la escuela.

Entramos a la cafetería y nos sentamos juntos. Un camarero se acerca para tomar nuestro pedido. Después de decirle lo que queremos, Alex hace una broma que me hace olvidar mis problemas por un momento. Me río, y se siente real, la primera risa genuina que he soltado desde que me enteré de que Marco había vuelto.

—Estaba pensando —dice Alex—, tal vez podríamos formar un grupo de estudio más grande. Ya sabes, con personas que son buenas en diferentes materias. Más gente podría hacerlo más fácil.

Antes de que pueda responder, la campanilla sobre la puerta de la cafetería suena. Levanto la mirada sin pensarlo realmente.

Marco Caruso está de pie en la entrada, su presencia llenando la pequeña cafetería. Es mayor, por supuesto. El encanto juvenil ha sido reemplazado por una atractiva rudeza que hace que mi corazón se salte un latido. Una nueva cicatriz en su mandíbula habla de los peligros de la vida que ha elegido. Pero sus ojos... esos ojos azul acero eran exactamente como los recordaba.

Por un momento, solo una fracción de segundo, nuestras miradas se encontraron. Vi el destello de reconocimiento, la dilatación de sus ojos.

Y entonces el mundo se detuvo.

CAPÍTULO DOS

MARCO

Siete años. Dos mil quinientos cincuenta y cinco días, más o menos. Ese era el tiempo que había pasado desde la última vez que la vi.

La vi a través de los ventanales de la cafetería. Estaba sentada en una mesa dentro de un pequeño café, absorta en una conversación con un joven. Su cabello castaño captaba la luz del sol y, incluso desde esta distancia, podía ver el brillo en esos ojos ámbar que recordaba tan vívidamente. Pero había algo diferente en ella ahora: una dureza, una cautela que no estaba allí hace siete años.

La observé reírse de algo que dijo su acompañante, echando la cabeza hacia atrás en genuina alegría. La visión removió algo en mí, pero no era el anhelo enamorado que podría haber sentido años atrás. No, esto era... irritación. ¿Cómo se atrevía a estar allí sentada, despreocupada y feliz, mientras yo había pasado años luchando, esforzándome por años tratando de llegar a ella, solo para ser recibido con silencio? Los celos y la ira me atravesaron como un incendio.

Sin pensarlo, me encontré moviéndome hacia la cafetería y abriendo la puerta. Cuando sonó la campanilla de la puerta, vi a Ivory ponerse tensa, sus ojos fijándose en los míos. La risa murió en sus labios, reemplazada por una expresión cautelosa que casi me hizo sonreír. Al menos no me había olvidado por completo.

Me deslicé en una silla vacía en su mesa, ignorando la mirada confundida del acompañante de Ivory.

—No dejen que los interrumpa —dije, con mi voz destilando falsa cordialidad.

Los ojos de Ivory se entrecerraron.

—¿Qué haces aquí, Marco?

Me recliné, la viva imagen de la indiferencia.

—Lo mismo que tú, imagino. Disfrutando de una taza de café —asentí hacia el joven de aspecto nervioso a su lado—. ¿No me vas a presentar a tu novio?

—No es mi novio —espetó Ivory, y luego pareció contenerse. Respiró hondo, visiblemente calmándose—. Este es mi compañero de estudios, Alex. Alex, este es... un viejo conocido, Marco.

Alex miró entre nosotros, claramente percibiendo la tensión.

—Yo, eh, debería irme, Ivory. ¿Nos vemos en clase? —Ante su asentimiento, prácticamente huyó de la escena.

Tan pronto como estuvo fuera del alcance del oído, Ivory se volvió hacia mí, sus ojos ardiendo.

—Te lo preguntaré de nuevo. ¿Qué haces aquí?

Sostuve su mirada sin pestañear.

—Comprobando cómo estás. Asegurándome de que estás viviendo una vida decente —me incliné hacia adelante, mi voz baja y peligrosa—. Porque desde donde estoy sentado, parece que te has puesto bastante cómoda fingiendo ser una chica universitaria normal.

Ivory no se inmutó.

—Mi vida no es asunto tuyo, Marco. No lo ha sido durante siete años.

—Todo en esta ciudad es asunto mío —gruñí—. ¿O has olvidado quién soy?

Por un momento, vi un destello de miedo en sus ojos. Bien. Necesitaba recordar con quién estaba tratando. Ya no era el mismo hombre que la había dejado todos esos años atrás. Ahora era más frío, despiadado. Un asesino.

—No lo he olvidado —dijo Ivory, su voz firme a pesar del temblor que podía ver en sus manos —. Pero eso no cambia nada. Te fuiste, Marco. No tienes derecho a volver y actuar como si tuvieras algún derecho sobre mi vida.

Me reí, un sonido áspero desprovisto de humor.

—¿Crees que eso importa? Eres una Russo. Yo soy un Caruso. Nuestras vidas nunca fueron nuestras para empezar.

Ivory se levantó abruptamente, recogiendo sus cosas.

—Ya no soy esa chica, Marco. Y claramente, tú no eres el hombre que creí que eras —hizo una pausa, mirándome con decepción—. Aléjate de mí. Lo digo en serio.

La vi alejarse, con la mandíbula apretada.

Esta no era la Ivory que recordaba: la chica dulce y confiada que me miraba como si yo hubiera colgado la luna. Esta mujer era serena, distante y absolutamente impasible ante mi presencia. Y de alguna manera, eso dolía más que cualquier ira u odio que pudiera haber mostrado.

Solía ser capaz de leer a Ivory como un libro favorito, anticipando sus pensamientos y reacciones con facilidad. ¿Ahora? Bien podría haber estado tratando de descifrar jeroglíficos. O había perdido mi toque, o la Ivory que conocí hace siete años ya no existía.

El viaje de regreso a la mansión Caruso fue borroso. Apenas registré las calles familiares de Nueva York, mi mente reproduciendo esos pocos momentos cargados con Ivory en un bucle interminable.

Al entrar en mi habitación, el peso del fracaso se asentó pesadamente sobre mis hombros. Me había prometido a mí mismo que este sería mi último intento de llegar a ella y, vaya, había salido con un gran estruendo. Había sido un fracaso espectacular de proporciones épicas.

Me dirigí a las ventanas del suelo al techo, mi mirada recorriendo la ciudad a la que había regresado después de siete largos años. El perfil de Nueva York se extendía ante mí, una silueta irregular contra la luz del día que se desvanecía. Tanto había cambiado, y sin embargo, tanto permanecía igual.

Mi reflejo me devolvió la mirada. Contemplé a un extraño en una piel familiar. Líneas duras y un ceño perpetuo entre mis cejas habían reemplazado el encanto juvenil en el que una vez confié. La cicatriz en mi mandíbula, un recuerdo de una pelea con cuchillos en Moscú, resaltaba claramente contra mi piel bronceada.

Me aflojé la corbata, sintiéndome sofocado. El traje caro, antes una fuente de orgullo, ahora se sentía como un disfraz, un uniforme para un papel que cada vez estaba menos seguro de querer interpretar.

Mi mano alcanzó la licorera de cristal en el bar cercano, y me serví una generosa medida de whisky. El líquido color caramelo giraba en el vaso, un pobre sustituto del calor que buscaba.

Mientras tomaba un sorbo, mi mente volvió a Ivory. Dios, todavía era hermosa, incluso más. Los años la habían transformado de una chica bonita en una mujer impresionante. Pero no eran solo sus looks los que habían cambiado. La Ivory que conocía había sido reemplazada por alguien más dura, más afilada. Alguien que me miraba con desprecio en lugar de adoración.

Cerré los ojos, dejando que el ardor del whisky me distrajera del dolor en mi pecho. Sin quererlo, los recuerdos de nuestra noche juntos inundaron mi mente. Su piel suave bajo mis manos callosas. La confianza en sus ojos mientras se entregaba a mí. La forma en que había susurrado mi nombre, como una plegaria.

El vaso en mi mano hizo un sonido de advertencia, y me di cuenta de que lo estaba agarrando con demasiada fuerza. Con un esfuerzo consciente, relajé los dedos, colocando el vaso en el alféizar de la ventana.

¿Qué había esperado? ¿Que la misma mujer que me había ignorado por completo durante años me aceptaría abiertamente ahora? No, Ivory era buena jugando, y yo era parte de sus planes. Había sido un tonto, embriagado por la nostalgia y los "qué hubiera pasado si".

Un fuerte golpe en la puerta me sacó de mis cavilaciones. —Adelante —dije sin molestarme en darme la vuelta.

—Jefe —la voz de Isaac, ronca por años de fumar cigarrillos, llenó la habitación—. Hay una reunión familiar urgente. Su padre está convocando a todos.

Reprimí un suspiro. Por supuesto que la había. Siempre había alguna crisis, alguna amenaza y algún trato que había salido mal. El negocio familiar no esperaba a nadie, ni siquiera a alguien con el ego magullado y el corazón roto.

—Enseguida voy —respondí, apurando el último trago de whisky de un solo sorbo ardiente.

Isaac dudó en la puerta. —¿Está todo bien, jefe? Lo noto... diferente.

Me giré, clavándole una mirada que había hecho temblar a muchos hombres. —Estoy bien. Vamos.

La sala de juntas era un estudio de esplendor masculino, toda de madera oscura y cuero, apestando a puros y poder. Tomé mi lugar en la larga mesa de caoba junto a mi padre, quien estaba sentado a la cabecera. A nuestro alrededor se sentaban los rostros curtidos de la vieja

guardia de mi padre, hombres que habían estado en el juego más tiempo del que yo llevaba vivo.

El ambiente estaba tenso, cargado de preocupaciones no expresadas y miedo apenas disimulado. A medida que se daban los informes, comenzó a surgir un panorama sombrío: territorio perdido en Brooklyn, alianzas tensas con los irlandeses, colombianos invadiendo nuestro comercio de cocaína y rusos haciendo ruido sobre pagos de protección.

A través de todo esto, mi padre y yo permanecimos impasibles; nuestros rostros cuidadosamente compuestos en máscaras de calma autoridad. Pero debajo de la mesa, mis puños estaban tan apretados que podía sentir mis uñas clavándose en las palmas.

Esto era a lo que había vuelto. Este mundo de violencia y corrupción, de lealtades cambiantes y amenazas constantes. Era un mundo en el que había nacido, para el que me habían preparado desde la infancia. Un mundo del que había huido hace siete años, solo para ser atraído de nuevo como el hijo pródigo. Moscú no era mejor en términos de peligro, pero al menos no tenía que lidiar directamente con estas responsabilidades.

Cuando concluyó el último informe, un silencio pesado cayó sobre la sala. Todos los ojos se volvieron hacia mi padre, Don Caruso, esperando su respuesta. Pero para mi sorpresa, se volvió hacia mí.

—Marco —dijo, con su voz áspera por años de fumar puros cubanos—. ¿Qué crees que deberíamos hacer?

Sentí el peso de la expectativa asentándose sobre mis hombros como una manta de plomo. Esto no era solo sobre la crisis actual. Era una prueba, una oportunidad de demostrar que era digno del apellido Caruso después de años de ausencia.

Me incliné hacia adelante, mi mente trabajando a toda velocidad. —Necesitamos enviar un mensaje —comencé—. Los colombianos son la amenaza inmediata. Los golpeamos duro, rápido y donde más les duele: su centro de distribución principal en Queens. Lo destruimos, interrumpimos su cadena de suministro.

Murmullos de aprobación ondularon alrededor de la mesa. Continué, entusiasmándome con mi plan. —En cuanto a los rusos, negociamos. Les ofrecemos una parte de nuestro negocio en Staten Island a cambio de que retrocedan en el tema de la protección. Es un precio pequeño a pagar por la paz en ese frente.

Podía ver a mi padre asintiendo ligeramente, con un destello de orgullo en sus ojos. Me calentaba y me enfermaba al mismo tiempo.

—Los irlandeses —dije—. Debemos reparar esa cerca. Organicemos una reunión, a la vieja usanza. Compartamos el pan, bebamos juntos. Recordémosles nuestra historia en común y los beneficios de nuestra alianza.

Mientras explicaba mi plan, podía sentir cómo la energía en la sala cambiaba. La vieja guardia se inclinaba hacia adelante, asintiendo. Incluso mi padre parecía impresionado. Pero bajo la emoción del pensamiento estratégico, una parte de mí gritaba. Esto no era lo que yo quería. Esta vida de lucha y violencia constantes no era yo. Ya no.

Pero acallé esa voz, la enterré profundamente. Tenía un papel que desempeñar y expectativas que cumplir. Y ahora mismo, esas expectativas implicaban ser el hijo despiadado y astuto de un don de la mafia.

La reunión familiar concluyó, dejándome solo en la sala de juntas ahora vacía. Me quedé junto a la ventana, mirando la ciudad que ahora era mía para controlar. Los planes que había trazado hoy cimentarían mi posición, mostrarían a todos que Marco Caruso era una fuerza a tener en cuenta.

Pero mi mente seguía volviendo a Ivory. Su desafío, su intento de forjarse una vida separada de nuestro mundo... me irritaba. ¿Quién se creía que era, fingiendo estar por encima de todo esto?

Un golpe en la puerta interrumpió mis pensamientos. —Adelante —dije sin molestarme en darme la vuelta.

—Jefe —la voz áspera de Isaac llenó la habitación—. Todo está listo para la... operación de esta noche.

Asentí, una sonrisa sombría extendiéndose por mi rostro. —Bien. Asegúrate de que todos lo sepan: estamos enviando un mensaje. Cualquiera que piense que puede invadir el territorio de los Caruso va a aprender una dura lección.

Durante siete largos años, me había sumergido en las operaciones de la familia en Moscú. Lo que comenzó como una simple tarea de supervisar nuestras conexiones rusas se había convertido en una compleja red de alianzas, traiciones y juegos de poder. Había pasado de ser un novato con los ojos bien abiertos a ser el hombre que negoció por sí solo una tregua entre la Bratva y la mafia chechena, todo mientras expandía la influencia de la familia Caruso por toda Europa del

Este.

Mientras Isaac salía para cumplir mis órdenes, me volví de nuevo hacia la ventana. Abajo, la ciudad de Nueva York se extendía ante mí, rebosante de vida, de oportunidades... y de amenazas por eliminar.

Estaba volviendo a caer en viejos patrones tan fácilmente como ponerme un abrigo bien usado. Y lo peor era que una pequeña parte traidora de mí lo disfrutaba.

CAPÍTULO TRES

IVORY

El peso de un hijo secreto era más pesado que cualquier libro de texto que hubiera cargado jamás. Era una carga que crecía con cada día que pasaba, cada hito perdido, cada momento robado. Y ahora, con el regreso de Marco, ese peso amenazaba con aplastarme por completo.

Harold se detuvo frente al modesto bungalow de Elena. Sus manos agarraban el volante con fuerza, y pude ver la preocupación en su rostro a través del espejo retrovisor.

—¿Está segura de que se encuentra bien, señorita Ivory? —preguntó Harold, con la voz ronca por la preocupación—. Ha estado muy callada desde que salimos de la universidad.

Forcé una sonrisa, encontrando su mirada en el espejo.

—Lo vi.

Sus ojos se abrieron de golpe.

—Marco.

—Sí —suspiré, sintiendo cómo la ira burbujea dentro de mí al recordar nuestro encuentro—. Tuvo la audacia de sentarse en mi mesa y actuar como si fuera el dueño del lugar.

—¿Qué sucedió? —La preocupación de Harold era palpable.

—Intentó intimidarme, Harold. Me recordó en quién se había convertido, como si pudiera olvidarlo —apreté los puños, la furia que había estado conteniendo amenazaba con desbordarse —. No tiene derecho. No tiene derecho a volver a mi vida y hacer exigencias.

Harold asintió solemnemente.

—¿Qué le dijo?

—Que se mantuviera lo más lejos posible de mí —respondí, con la voz dura—. Y lo dije en serio.

Se quedó callado por un momento.

—Señorita...

—Está bien, Harold. No tienes que decir nada. Necesito entrar antes de que Elena piense que nos han secuestrado.

—De acuerdo, entonces vaya. Estaré aquí mismo cuando esté lista para regresar.

Mientras salía del auto, mis manos aún temblaban, no por miedo, sino por rabia. El sonido de la risa infantil se filtraba por una ventana abierta, un canto de sirena que me atraía, recordándome lo que realmente estaba en juego.

La puerta principal se abrió antes de que pudiera tocar, y el rostro preocupado de Elena me recibió.

—Ivory —suspiró, atrayéndome a un fuerte abrazo—. ¿Estás bien?

Asentí, sin confiar aún en mi voz. Elena lo entendió, siempre lo hacía. Se hizo a un lado, dejándome entrar en la cálida sala de estar llena de juguetes.

Y allí estaba ella. Mi pequeño secreto. Todo mi mundo.

Lily estaba sentada en medio del suelo, rodeada de un caos de bloques de colores y animales de peluche. Sus rizos castaños rebotaron cuando se giró al escuchar mi entrada, sus ojos, imágenes espejo de los míos, se iluminaron al reconocerme.

—¡Mami! —chilló, abandonando sus juguetes para lanzarse hacia mí.

Me dejé caer de rodillas, atrapándola en mis brazos, inhalando su dulce y limpio aroma. Por un momento, el mundo se redujo solo a esto: la sensación de su pequeño cuerpo contra el mío, el cosquilleo de sus rizos en mi mejilla, el sonido de sus risitas en mi oído. Todos los pensamientos sobre Marco y sus amenazas se desvanecieron.

—Hola, mi niña —susurré, con la voz cargada de emoción—. Te extrañé tanto.

Lily se apartó, sus pequeñas manos enmarcando mi rostro.

—¿Por qué estás triste, mami?

Forcé una sonrisa, maravillándome de su perspicacia. A los seis años, ya era demasiado inteligente para su propio bien.

—No estoy triste, cariño. Solo estoy muy feliz de verte.

Pareció aceptar esto, lanzándose de nuevo a mis brazos para otro abrazo antes de liberarse para mostrarme su última obra maestra artística: una torre de bloques que vagamente se asemejaba al Empire State Building.

Mientras me acomodaba en el suelo junto a ella, no pude evitar estudiar sus rasgos, buscando rastros de Marco. Era un hábito masoquista que no parecía poder romper. Sus ojos eran todos míos, al igual que los rizos. Pero la forma de su mandíbula, el ligero hoyuelo en su barbilla, esos eran puro Marco. El pensamiento me provocó un escalofrío de miedo por la espalda. Si alguna vez la viera, lo sabría al instante.

Elena se unió a nosotras, sentándose en el borde del sofá. Su presencia era un consuelo, un recordatorio de que no estaba sola en esto. Había sido más que una amiga estos últimos siete años.

Mientras Lily parloteaba sobre su día, me encontré escuchando solo a medias, mi mente corriendo con las implicaciones del regreso de Marco. ¿Y si descubría a Lily? ¿Y si intentaba llevársela? El solo pensamiento me helaba la sangre.

—Lily, cariño —dijo Elena suavemente, notando mi distracción—, ¿por qué no vas a lavarte para la cena? Necesito hablar con tu mamá un momento.

Lily hizo un puchero por un momento, pero obedeció, saltando hacia el baño. Tan pronto como estuvo fuera del alcance del oído, Elena se volvió hacia mí.

—Suéltalo —exigió—. ¿Qué pasó?

Tomé un respiro profundo, los eventos del día cayendo sobre mí como una ola.

—Lo vi, Elena. Marco. Estaba en la universidad. Ha vuelto.

La brusca inhalación de Elena fue la única indicación de su sorpresa.

—¿Te vio? ¿Qué dijo?

Asentí, mis dedos retorciéndose nerviosamente en mi regazo.

—Se sentó en mi mesa, sin invitación. Intentó intimidarme, recordándome su posición. Está... diferente ahora. Más frío. Más peligroso.

—Ese bastardo —siseó Elena—. ¿Quién se cree que es?

—El jefe de la familia Caruso, aparentemente —respondí con amargura—. Dejó eso muy claro.

Elena extendió la mano, tomando la mía entre las suyas.

—¿Qué vas a hacer?

Negué con la cabeza, sintiéndome perdida.

—No lo sé. Pero no puedo permitir que se entere de Lily. No dejaré que se acerque a ella, Elena. No puedo.

—No lo hará —dijo, su voz llena de una convicción que deseaba sentir—. Hemos sido cuidadosas, Ivory. Nadie fuera de tu familia inmediata sabe sobre Lily. Y aunque lo descubriera, no tiene ningún derecho legal sobre ella. Tú la has criado sola todos estos años.

Asentí, tratando de sacar fuerza de sus palabras. Pero el miedo persistía, un nudo frío en la boca del estómago.

—Es solo que... no puedo perderla, Elena —dije, con la voz quebrada—. Ella lo es todo para mí.

Elena me apretó la mano. —Lo sé, cariño. Y no la perderás. Te lo prometo.

Nos quedamos en silencio por un momento, con el peso de la situación flotando entre nosotras. Entonces, desde la cocina, escuchamos el inconfundible estruendo de algo que se caía, seguido por el tímido —¡Ups!— de Lily.

Elena y yo intercambiamos una mirada y, a pesar de todo, me encontré riendo. Era un recordatorio de la alegría que Lily traía a mi vida, una alegría que superaba todo el miedo y la incertidumbre.

Mientras ayudábamos a Lily a limpiar el desastre —una silla volcada y cereales esparcidos, nada demasiado catastrófico—, mi teléfono vibró. Era un mensaje de mi hermano, Lucas,

informándome sobre la próxima gala benéfica para todas las principales familias mafiosas. Si dependiera de mí, no iría porque odio esa parte de nuestro estilo de vida, pero desafortunadamente, tenía obligaciones que cumplir.

—Tienes que estar bromeando —murmuré.

—¿Qué pasa? —preguntó Elena, acercándose para mirar por encima de mi hombro.

Le mostré el mensaje. Sus ojos se agrandaron. —No estarás pensando seriamente en ir, ¿verdad?

Suspiré, pasándome una mano por el pelo. —No tengo elección, Elena. Sabes cómo funcionan estas cosas. Si no me presento, surgirán preguntas. Preguntas que no podemos permitirnos en este momento.

Elena asintió, comprendiendo el delicado equilibrio que intentábamos mantener. Como hija de Victor Russo, tenía ciertas obligaciones. Obligaciones que no se preocupaban por hijos secretos o amantes perdidos convertidos en enemigos.

—Solo... ten cuidado —dijo finalmente—. Marco puede estar actuando duro ahora, pero sabes lo impredecible que puede ser. Y si es tan peligroso como dices...

Asentí, con una determinación sombría asentándose sobre mí. —Lo sé. Pero no dejaré que me intimide. He pasado siete años construyendo una vida para Lily y para mí. No voy a permitir que Marco Caruso lo destruya todo.

A medida que avanzaba la tarde, me encontré temiendo el momento en que tendría que irme. Estas horas robadas con Lily nunca eran suficientes. Quería estar allí para cada rodilla raspada, cada diente caído, cada pesadilla. Quería ser yo quien la arropara por la noche y la despertara por la mañana.

Pero no podía. No si quería mantenerla a salvo.

Cuando llegó el momento de irme, abracé a Lily con más fuerza, respirando su aroma, grabando cada detalle en mi memoria. Sus pequeños brazos se envolvieron alrededor de mi cuello, y tuve que luchar contra las lágrimas.

—Te amo tanto, mi niña —susurré en su pelo—. Más que todas las estrellas en el cielo.

—Yo te amo más que todo el helado del mundo —respondió Lily, siguiendo nuestro ritual

habitual antes de dormir. Nunca dejaba de hacer que mi corazón se hinchara de alegría.

Elena me acompañó a la puerta, con Lily saludando desde la ventana. Mientras subía al coche, con Harold esperando pacientemente, Elena se inclinó.

—Recuerda —dijo suavemente—, no estás sola en esto, Ivory. Todos estamos aquí para ti: yo, tu familia, incluso Harold. Lo resolveremos juntos.

Asentí, agradecida más allá de las palabras por su apoyo. Mientras Harold se alejaba de la acera, observé el rostro de Lily en el espejo lateral hasta que desapareció de vista.

El viaje a casa fue un borrón de luces de la calle y pensamientos acelerados. Harold no dejaba de mirarme por el espejo retrovisor, su preocupación palpable en el silencio del coche.

—Señorita Ivory —dijo finalmente, con voz suave—, ¿hay algo que pueda hacer para ayudar?

Encontré su mirada en el espejo, conmovida por su preocupación. —Gracias, Harold. Solo estoy... procesando muchas cosas ahora mismo. Pero saber que estás aquí, que siempre has estado aquí para mí, significa más de lo que puedo expresar.

Cuando entramos en el camino de la mansión Russo, mi teléfono vibró de nuevo. Otro mensaje de Lucas, preguntando si había visto su mensaje anterior sobre la gala y asegurándose de que no planeara faltar.

Rápidamente tecleé, *"LO ENTENDÍ, LUCAS. DÉJAME EN PAZ."*

Su respuesta llegó casi al instante, *"Está bien, hermanita. Yo también te quiero."*

Sonreí un poco, agradecida por la presencia de mi hermano en mi vida.

—Gracias por el viaje, Harold —dije mientras salía del coche—. Y... por todo lo demás.

Él asintió, entendiendo todo lo que quedaba sin decir. —Cuando quiera, señorita Ivory. Cuídese.

Mientras subía los escalones hacia la mansión, la puerta principal se abrió de golpe. Mi padre, Victor Russo, estaba allí, su imponente figura suavizada por la cálida sonrisa que reservaba solo para la familia.

—Ivory, *cara mia* —me saludó, atrayéndome a un breve abrazo—. ¿Cómo está mi nieta?

Me tensé ligeramente, aunque sabía que preguntaba por genuina preocupación. —Está bien, papá. Creciendo muy rápido.

Asintió, un destello de arrepentimiento pasando por sus facciones. —Un día, encontraremos la manera de traerla a casa. Te lo prometo.

Antes de que pudiera responder, Lucas apareció detrás de papá, con una sonrisa traviesa en su rostro. Me revolvió el pelo, sabiendo cuánto me irritaba. —Hola, hermanita. Entonces, para la gala de esta noche...

—Lucas, te juro que si mencionas esa gala una vez más —interrumpí, apartando su mano de un manotazo.

—Vale, vale —se rió, levantando las manos en señal de rendición fingida—. Solo me aseguro de que mi hermana favorita esté preparada.

—Soy tu única hermana, tonto —repliqué, cayendo fácilmente en nuestra familiar broma.

La expresión de mi padre se volvió seria, cortando nuestras payasadas de hermanos. —Bien. Necesitamos presentar un frente unido, especialmente ahora.

Sabía que se refería a más que solo la solidaridad familiar. Con Marco de vuelta en la ciudad y la precaria situación financiera de nuestra familia, había mucho en juego.

—Entiendo, papá —dije, con la voz firme a pesar del tumulto interior—. Si me disculpan, necesito descansar. Ha sido un día largo para mí.

Mientras subía las escaleras, las bromas de Lucas y el semblante serio de papá se desvanecieron de mi mente, reemplazados por una oleada de recuerdos de infancia. Lucas, siempre el hermano mayor protector, me enseñó a montar en bicicleta, a dar un puñetazo, a navegar por la complejidad del mundo de nuestra familia. E inevitablemente, donde estaba Lucas en mis recuerdos, estaba Marco.

Marco, con su sonrisa torcida y ojos amables, siempre estaba listo para una aventura. Los tres éramos inseparables: trepábamos árboles, escenificábamos elaborados atracos fingidos (para diversión de nuestros padres) y montábamos en bicicleta hasta que oscurecía. ¿Cómo habíamos pasado de eso a... esto?

Sacudí la cabeza, tratando de desalojar los recuerdos agridulces. El pasado era el pasado. Ahora

tenía preocupaciones más apremiantes.

La gala sería una batalla de voluntades, una prueba de mi determinación. Y a pesar de todo, una pequeña parte de mí esperaba con ansias mostrarle a Marco cuánto había cambiado.

Que venga, pensé mientras me preparaba para dormir. Estoy lista para lo que sea que me lance.

CAPÍTULO CUATRO

MARCO

El peso del arma presionaba contra mis costillas mientras me ponía la chaqueta. Era un recordatorio constante del mundo en el que vivía. Me miré en el espejo de cuerpo entero, apenas reconociendo al hombre que me devolvía la mirada. El esmoquin perfectamente ajustado no podía ocultar la frialdad de mis ojos ni la tensión en mis hombros.

Pasé una mano por mi cabello oscuro, mi mente divagando hacia Ivory. Verla en la universidad había despertado una tormenta de emociones que creía haber enterrado hace años. Ira. Traición. Y debajo de todo, una corriente de deseo que no podía extinguir del todo. Pero el deseo era una debilidad que no podía permitirme. Ya no.

No estaba aquí para reavivar viejas llamas o perseguir fantasmas. Estaba aquí para tomar lo que me pertenecía por derecho, para solidificar mi posición como el nuevo jefe de la familia Caruso. Y si eso significaba aplastar a Ivory y a los Russo bajo mi talón, que así fuera.

Un golpe en la puerta interrumpió mis cavilaciones.

—Adelante —llamé, enderezando mi pajarita una última vez.

Angelo Amato entró en la habitación, su presencia llenando el espacio con un aire de violencia apenas contenida.

—Marco, muchacho —gruñó, con afecto áspero en su voz—. Te ves elegante. ¿Listo para bailar con el diablo?

Encontré su mirada en el espejo, una sonrisa fría jugando en mis labios.

—Tan listo como siempre, Angelo. ¿Qué tan mal está la situación allá afuera?

Su rostro se ensombreció.

—Es un polvorín, chico. Tu padre se fue temprano. Dijo que tenía asuntos urgentes.

—Eso es... inusual —fruncí el ceño, un destello de preocupación rompiendo mi fachada

cuidadosamente construida—. Nunca pierde la oportunidad de hacer una entrada.

La risa del tío Angelo fue aguda, revelando un diente de oro.

—Has estado fuera demasiado tiempo. Tu padre es un hombre diferente ahora.

—Algo va a explotar esta noche, ¿no es así? —pregunté, con voz dura y sin emociones.

Se encogió de hombros, una sonrisa depredadora jugando en sus labios.

—Deberíamos irnos. El hijo pródigo de los Caruso regresa, después de todo.

Mientras salíamos, la voz de Angelo bajó.

—Los Russo están contra las cuerdas. Tienen una deuda enorme con algunos jugadores internacionales. Karma por todos sus golpes bajos contra nosotros. Están vulnerables. Cualquier cosa que hagamos ahora los destruirá.

Me detuve en seco, entrecerrando los ojos.

—¿Los Russo? Esa es la familia de Lucas —dije, con voz fría—. ¿Cuándo se convirtió esto en una guerra de sangre?

—Pregúntales sobre los ataques a nuestros cargamentos en el momento en que te fuiste a Moscú —se burló Angelo.

Una ola de furia me invadió. Esto solo podía significar una cosa. Victor Russo había estado atacando a mi familia durante años, y tenía la horrible sensación de saber por qué.

—¿Y me lo dices solo ahora? —gruñí, con los puños apretados a los costados.

—¿Qué podrías haber hecho desde el otro lado del mundo? —Levantó una ceja.

Apreté la mandíbula, mi mente corriendo. Esto lo cambiaba todo.

—Necesitamos terminar con esto —dije, con voz dura como el acero—. Esta noche.

La sonrisa de Angelo se volvió cruel.

—Eso es lo que me gusta oír, muchacho.

Mientras bajábamos, no pude sacudirme la sensación de anticipación que se había apoderado de mí. La gala benéfica era más que un evento social; era un campo de batalla donde se formaban y rompían alianzas, donde un solo paso en falso podía tener consecuencias mortales. Y yo estaba listo para jugar el juego.

La limusina blindada nos esperaba afuera, un monstruo negro y elegante que parecía devorar la luz circundante. Mientras nos acomodábamos en los lujosos asientos de cuero, Angelo comenzó a ponerme al día sobre los últimos chismes familiares y juegos de poder. Escuché atentamente, archivando cada pieza de información, mi mente ya formulando planes y estrategias.

El resto del viaje transcurrió en un tenso silencio. Miré por la ventana, viendo pasar borrosas las brillantes luces de la ciudad de Nueva York. Este era mi hogar, el reino que había heredado, pero en este momento, me sentía como un extraño en una tierra extranjera.

Cuando llegamos al lugar, tomé una respiración profunda, preparándome para lo que me esperaba. El chófer abrió la puerta y salí a un mar de flashes de cámaras y ojos curiosos. Forcé mi sonrisa más encantadora, la máscara del hijo pródigo que regresa a casa deslizándose fácilmente en su lugar.

Nos abrimos paso entre la multitud de la élite de Nueva York y el submundo por igual. Capté fragmentos de conversación mientras pasábamos, mis oídos atentos a cualquier información útil.

—¿Escuchaste sobre la deuda de los Russo?

—Oí que es de millones...

—¿Crees que los Caruso harán un movimiento?

Mantuve mi rostro impasible, pero mi mente corría. Si los rumores sobre los problemas financieros de los Russo eran ciertos, podría cambiar todo el panorama de poder en la ciudad. E Ivory... ¿qué significaba esto para ella?

Mientras nos acercábamos al salón principal, sentí un cambio en el aire. Los pelos de la nuca se me erizaron y supe, con una certeza que desafiaba la lógica, que ella estaba cerca. Me giré, mis ojos escaneando la multitud hasta que se clavaron en un par de familiares ojos ámbar.

Ivory estaba a solo unos metros, una visión en un vestido azul medianoche que parecía bailar con cada respiración que tomaba. Su cabello castaño estaba recogido en un elegante moño,

exponiendo la curva grácil de su cuello. Por un momento, fui transportado a esa noche hace siete años, cuando todo parecía posible.

Pero entonces la realidad volvió a golpear. Esta no era la misma Ivory. Y yo ciertamente no era el mismo Marco.

El tiempo pareció detenerse mientras nos mirábamos a los ojos. El mundo a nuestro alrededor se desvaneció: el murmullo de la multitud, las suaves notas de música del salón de baile, incluso la presencia de Angelo a mi lado, todo desapareció. En ese momento, éramos solo Ivory y yo, y los siete años que se extendían entre nosotros como un abismo que no podía cruzarse.

Vi un destello de algo en sus ojos, pero rápidamente fue reemplazado por una mirada fría y dura que igualaba la mía. Inclinó ligeramente la cabeza, un gesto que podría haber sido un saludo o un despido, antes de volverse para unirse a un grupo de invitados.

Roto el hechizo, me di cuenta de la mano de Angelo en mi brazo, su voz baja y urgente en mi oído.

—Marco, concéntrate. Recuerda por qué estamos aquí.

Asentí, una sonrisa cruel jugando en mis labios.

—No te preocupes, tío. No lo he olvidado.

Asentí, obligándome a apartar la mirada de la figura de Ivory que se alejaba. —Bien. Vamos a encantar a algunos tiburones.

—¿Dónde está mi padre? ¿Cómo es que aún no ha llegado? Pensé que había salido de casa antes —pregunté.

—Salió un momento —respondió Angelo—. Volverá en una hora más o menos.

Asentí. No había nada que pudiera hacer más que estar alerta.

La siguiente media hora pasó en un borrón de apretones de manos, charlas educadas y amenazas cuidadosamente veladas. Interpreté mi papel a la perfección: el anfitrión encantador, el astuto hombre de negocios, el digno sucesor del imperio de mi padre. Pero debajo de todo eso, mi mente no dejaba de volver a Ivory.

La vislumbré varias veces durante la noche. Se movía entre la multitud con gracia y confianza, cada centímetro la princesa de la mafia que estaba destinada a ser.

A medida que avanzaba la noche, me sentía cada vez más inquieto. La vigilancia constante, la necesidad de cuidar cada palabra y gesto, me estaba agotando. Además, mi padre seguía sin aparecer. Me disculpé de una conversación con un político local, necesitando un momento a solas.

Me dirigí a un balcón apartado, el aire fresco de la noche era un alivio bienvenido de la atmósfera sofocante del interior. Aflojándome la pajarita, respiré profundamente mientras contemplaba el horizonte de la ciudad. Las luces parpadeaban abajo, un fuerte contraste con la oscuridad que sentía que se arrastraba en mi mundo.

—Siempre supiste cómo hacer una entrada —dijo una voz familiar detrás de mí.

Me giré para encontrar a Gloria, una mujer con la que mi padre había tenido una relación años atrás. Ella era lo más parecido a una madre que había tenido, ya que nunca conocí a mi verdadera madre. Mi madre se fue antes de que yo supiera siquiera gatear, y cada vez que mi padre hablaba de ella, usaba los adjetivos "cobarde" y "cazafortunas". Al ver que eso lo enfurecía, dejé de preguntar por ella y simplemente acepté mi destino. Verla después de todo este tiempo hizo que mi corazón se hinchara con una emoción inesperada.

—Gloria —dije, genuinamente feliz de verla. La abracé fuertemente, dándome cuenta de cuánto la había echado de menos—. Es tan bueno verte de nuevo.

Ella se apartó, con las manos en mis hombros mientras me examinaba. —Oh, Marco. Te has convertido en todo un hombre. Recuerdo cuando eras solo un niño, siempre metiéndote en problemas con esa sonrisa traviesa tuya.

Me reí, mientras los recuerdos volvían. —No era exactamente un bebé la última vez que me viste.

—Por supuesto que no —rio ella, con los ojos brillantes—. Pero para mí, siempre serás ese niño pequeño que me suplicaba una historia más antes de dormir.

Caímos en un silencio cómodo, ambos apoyados en la barandilla del balcón. Finalmente, Gloria habló de nuevo. —¿Cómo estuvo Moscú, Marco? —Alcé una ceja, preguntándome cómo lo sabía—. Oh, vamos, chico. Tu paradero dejó de ser un secreto hace dos años. Siete años es

mucho tiempo para estar lejos de casa.

Suspiré, pasándome una mano por el pelo. —Moscú... fue Moscú. Fría, hermosa, solitaria. Me sumergí en el trabajo e intenté demostrar que era digno del apellido Caruso. Pero siempre faltaba algo, ¿sabes?

Gloria asintió con conocimiento. —¿O alguien?

Mi mandíbula se tensó involuntariamente al pensar en Ivory. —Tal vez —admití—. Intenté ponerme en contacto, explicarme. Pero después de un tiempo, el silencio... simplemente se volvió ensordecedor.

—Ah, el amor joven —reflexionó Gloria—. Nunca es simple, ¿verdad? Especialmente no en nuestro mundo.

Estaba a punto de responder cuando capté un destello de movimiento por el rabillo del ojo. Al girarme ligeramente, la vi: Ivory, luciendo impresionantemente hermosa en un vestido azul oscuro. Nuestros ojos se encontraron por un breve y eléctrico momento antes de que ella desapareciera de nuevo entre la multitud.

Gloria debió haber notado mi distracción. Me apretó el brazo suavemente. —El corazón quiere lo que quiere, Marco. Pero ten cuidado. Hay más en juego aquí que solo tus sentimientos.

Asentí, con la mente acelerada. —Lo sé. Las cosas han cambiado mucho mientras estuve fuera. Esta disputa con los Russo... Siento que he entrado en medio de una guerra que no entiendo.

—Entonces es hora de que intentes entender. Haz preguntas, Marco —dijo Gloria, con voz seria —. Tu padre... puede ser un poco loco a veces.

Antes de que pudiera hablar, la puerta del balcón se abrió y Lucas, el hermano de Ivory y mi mejor amigo de la infancia, salió. Sus ojos se entrecerraron al ver la escena frente a él.

—Buenas noches, Gloria —saludó.

Sus ojos se suavizaron por un segundo. Gloria era lo más parecido que tenía a una madre debido al tiempo que había pasado en mi casa.

Gloria respondió. —Buenas noches, Lucas. Solo estábamos poniéndonos al día. Deberíamos tener una reunión algún día. Ya sabes, como en los viejos tiempos cuando te quedabas a dormir

en la mansión Caruso.

Sus cejas se fruncieron, pero sus ojos no dejaron mi rostro. —Lo dudo mucho, Gloria. Necesito hablar con Marco. A solas.

Gloria dudó, mirando entre nosotros. —Cuídate, Marco —murmuró antes de volver al salón de baile.

Cuando la puerta se cerró, la temperatura en el balcón pareció bajar. Lucas había cambiado en los años que yo había estado fuera. La dureza había reemplazado su encanto juvenil y una furia apenas contenida emanaba de él. Una cicatriz, fina y blanca, recorría su mandíbula; una nueva adición al rostro que una vez conocí tan bien.

—Vaya, vaya —dijo Lucas mientras se acercaba, su voz goteando falsa camaradería—. Mira quién ha vuelto de entre los muertos. Marco Caruso, en carne y hueso.

Sostuve su mirada con firmeza, una sonrisa sádica jugando en mis labios. —Lucas. Ha pasado tiempo.

—No el suficiente —respondió, con los ojos duros—. Pensé que había sido claro hace siete años. Mantente alejado de mi hermana.

Me reí, un sonido desprovisto de cualquier humor real. —Qué gracioso, no recuerdo recibir órdenes tuyas, Lucas. Ni de nadie más, de hecho.

Lucas se acercó más, bajando su voz a un susurro amenazante. —Te lo advierto, Marco. Si siquiera miras a Ivory de manera incorrecta...

—¿Qué harás? —interrumpí, mi propia voz igualmente baja y peligrosa—. Adelante, Lucas. Tengo bastante curiosidad por ver qué crees que puedes hacerme.

Por un momento, nos quedamos allí, encerrados en una silenciosa batalla de voluntades. Luego, con una última mirada fulminante, Lucas retrocedió. —Solo recuerda, Caruso. No eres bienvenido aquí. Ya no.

Mientras se alejaba, sentí una oleada de adrenalina. —Ansío enfrentarme a ti, viejo amigo —le grité, con la voz cargada de burla.

Volví a entrar en el salón de baile, cogiendo una copa de champán de uno de los camareros que

pasaban.

Cuando crucé la mirada con Ivory por última vez al otro lado de la sala, levanté mi copa en un brindis burlón. *Que comiencen los juegos,* pensé.

CAPÍTULO CINCO

IVORY

La extraña en el espejo llevaba mi rostro, pero apenas la reconocía. Estaba envuelta en seda azul medianoche que abrazaba cada curva, sus rizos castaños recogidos en un elegante moño que apuntaba hacia sus ojos ámbar. Ojos ámbar endurecidos: parecía lista para la guerra. Y de alguna manera, supongo que lo estaba.

—Te ves impresionante, *cara mia* —la voz de Papá llegó desde la puerta, con evidente orgullo en su tono.

Me giré, forzando una sonrisa. —Gracias, Papá.

Cruzó la habitación, depositando un suave beso en mi frente. —¿Estás lista para esto?

El doble sentido en sus palabras no pasó desapercibido. Esto no era solo otra gala benéfica; era un campo de batalla disfrazado de brillo y champán. Era una oportunidad para que los Russo mostraran fuerza frente a nuestras crecientes deudas y poder menguante.

—Tan lista como puedo estar —respondí, mi voz sonando más firme de lo que me sentía.

Lucas apareció detrás de Papá, ya con un vaso de whisky en la mano. —Vamos a empezar con este circo —murmuró.

Le lancé una mirada. —Apenas son las siete de la tarde, Lucas.

Se encogió de hombros, terminando el resto de su bebida. —Va a ser una noche larga, hermanita. Mejor estar preparado.

Mientras descendíamos por la gran escalera de nuestra mansión familiar, no podía sacudirme la sensación de que todo estaba a punto de cambiar. Mi mente divagó hacia Lily, seguramente resguardada en casa de Elena. ¿Qué pensaría mi hija de todo esto cuando fuera mayor? ¿Alguna vez entendería la red de mentiras y secretos que rodeaban su propia existencia?

El viaje a la gala fue tenso, lleno de discusiones de última hora sobre estrategias y recordatorios de a quién evitar y a quién encantar. Escuché a medias, mis pensamientos eran un lío enredado

de Marco, Lily y la precaria posición de nuestra familia.

—Recuerden —dijo Papá mientras nuestro auto se detenía frente al Salón Starlight—, estamos aquí para mostrar fuerza. No importa lo que pase, somos Russo. No nos doblegamos, no nos quebramos.

Lucas y yo asentimos al unísono. Era solo un paso más en una danza bien ensayada de obediencia y lealtad que se nos había exigido durante toda nuestra vida.

Hicimos nuestra entrada en el Salón Starlight. Una sinfonía de flashes y susurros nos recibió. Pegué mi sonrisa más deslumbrante, años de práctica permitiéndome deslizarme sin esfuerzo en el papel de la princesa de la mafia. Por dentro, mi estómago se revolvía con una combinación tóxica de ansiedad y resentimiento.

—¡Ivory, querida! —Una voz chillona cortó a través de la multitud. La Condesa Bellucci, goteando diamantes y desesperación, me besó las mejillas al aire—. ¡Debes decirme quién diseñó este exquisito vestido!

Accedí, cayendo en el fácil ritmo de la charla trivial y la falsa adulación. Todo el tiempo, mis ojos escaneaban la habitación, catalogando rostros, notando alianzas, buscando... no. No pensaría en él. Aún no.

Estaba a mitad de mi segunda copa de champán cuando lo sentí: ese hormigueo en la nuca, el repentino cambio en la energía de la sala. Me giré, y allí estaba.

Don Caruso había llegado.

Presentaba una figura imponente en su traje a medida, su cabello plateado peinado hacia atrás, una sonrisa depredadora jugando en sus labios. Nuestros ojos se encontraron a través de la habitación, y sentí que agua helada reemplazaba la sangre en mis venas. Este era el hombre que había permitido que su hijo se fuera, que sin saberlo había separado a un padre de su hijo. Mi hijo.

—Ivory. —La mano de Papá en mi codo me sobresaltó—. Ven. Vamos a hablar con este hijo de puta.

Mientras nos acercábamos, los recuerdos inundaron mi mente. Recordé las historias que Papá solía contar, de cómo él y Don Caruso habían forjado una alianza en su juventud, eligiendo la

cooperación sobre las sangrientas disputas de sus padres. Habían sido más que socios comerciales. Eran amigos, confidentes y padrinos de los hijos del otro.

Don Caruso me había mimado como un segundo padre, su risa retumbante era una presencia constante en nuestro hogar. Durante años, nuestras familias habían sido inseparables, los lazos entre nosotros aparentemente irrompibles.

Pero eso fue antes. Antes de que Marco y yo creciéramos. Antes de que nos enamoráramos. Antes de que esa fatídica noche cambiara todo.

Recuerdo cómo Papá y Lucas intentaron contactar a Marco a través de su padre. Don Caruso ni siquiera nos prestaba atención, cambiando constantemente de tema cada vez que se mencionaba a Marco. Dada la fragilidad de mi embarazo, mi familia fue cautelosa al compartir la noticia, incluso con el mismo Don Caruso. No se podía confiar en nadie. Solo el padre del niño, solo Marco, llegó a saberlo. Siete años de guerra sutil entre nuestras familias, negocios saboteados y territorios invadidos. La amistad entre Don Caruso y mi padre se había desmoronado, reemplazada por una hostilidad fría y calculadora.

—Victor —la voz de Don Caruso era como un cuchillo envuelto en terciopelo—. Qué placer verte aún respirando. —Sus ojos se deslizaron hacia mí—. Y la pequeña Ivory. Ya no tan pequeña, ¿eh? Qué lástima que no vivirás para ver tu próximo cumpleaños.

—Cuida tu boca, bastardo —replicó Papá.

Luché por mantener mi rostro impasible, incluso cuando la bilis subía por mi garganta. —Don Caruso —murmuré, encontrando su mirada—. ¿Aún amenazando a niños? Qué... predecible.

Su risa fue fría. —En efecto. Dime, querida, ¿cómo van progresando tus estudios? Derecho, ¿no es así? Una profesión tan... noble.

La burla en su tono era clara. Levanté la barbilla, sosteniendo su mirada con firmeza. —Bastante bien, gracias. Encuentro fascinantes las complejidades del sistema legal.

—Estoy seguro de que sí —sonrió con suficiencia—. Bueno, si me disculpan, tengo algunos asuntos que atender.

Mientras se alejaba, solté un suspiro que no me había dado cuenta que estaba conteniendo. Papá apretó mi mano. —Lo hiciste bien, *cara*. No dejes que ese bastardo te afecte.

Asentí, pero el encuentro me había dejado sacudida. ¿Qué juego estaba jugando Don Caruso?

La fiesta continúa en un borrón de apretones de manos, sonrisas falsas y amenazas veladas. Había perdido la cuenta de las manos que había estrechado, las risas insinceras que había ofrecido, las sutiles puñaladas que había desviado. Todo el tiempo, mi mente corría con preguntas sin respuesta. ¿Dónde estaba Marco? ¿Por qué no había llegado con su padre? Al crecer, los Russo siempre llegaban juntos a funciones como esta. ¿Iba a estar Marco aquí? No, no. No pienses en él.

Necesitaba aire.

Escapando de otra tediosa conversación, me dirigí a un balcón apartado. El fresco aire nocturno fue un bálsamo para mis nervios crispados. Me apoyé en la barandilla, cerrando los ojos y permitiéndome un momento de vulnerabilidad.

—Joder —susurré, la maldición sirviendo como válvula de escape para la presión que se acumulaba dentro de mí—. Joder, joder, joder.

—Vaya, vaya, señorita Russo. ¿Ese lenguaje de una dama?

Mis ojos se abrieron de golpe. Dos hombres estaban en las sombras del balcón, su presencia disparando las alarmas en mi cabeza. Uno era alto y delgado, con una cicatriz que le recorría la mejilla izquierda. El otro era más bajo y fornido, con una nariz que parecía haber sido rota más de una vez.

Me enderecé, volviendo a colocar mi máscara social.

—Caballeros. No me di cuenta de que había alguien más aquí fuera.

El de la cicatriz sonrió con suficiencia.

—Oh, no se preocupe por nosotros. Solo estábamos discutiendo algunos... negocios.

—Ya veo —dije, con un tono frío—. Bueno, no les interrumpo. Buenas noches.

Mientras me giraba para irme, capté fragmentos de su conversación reanudada.

—...esta noche. Los Russo no sabrán ni qué los golpeó...

—...órdenes de Don Caruso. Sin sobrevivientes...

Se me heló la sangre. ¿Un ataque? ¿Esta noche? Me obligué a caminar con calma de vuelta al salón de baile, mi mente trabajando a toda velocidad. Necesitaba encontrar a Papá o a Lucas, advertirles de alguna manera.

No pude encontrar a Papá ni a Lucas por ninguna parte, y el peso de lo que había escuchado me oprimía como algo físico. Cada risa, cada tintineo de copa, cada conversación murmurada parecía burlarse de mi creciente pánico.

Y entonces, como si hubiera sido invocado por mis tumultuosos pensamientos, la multitud se apartó.

Allí estaba él.

Marco Caruso, luciendo más apuesto y peligroso que nunca en su esmoquin perfectamente ajustado. Nuestras miradas se cruzaron y por un momento, el mundo a nuestro alrededor se desvaneció. Una avalancha de emociones —ira, anhelo, miedo— amenazó con abrumar mi compostura cuidadosamente construida.

Mi reacción fue más fuerte que cuando lo vi por primera vez en la universidad. Esta vez, no había una salida fácil, ni una escapatoria rápida. Estábamos atrapados en la misma jaula dorada, rondándonos como depredadores cautelosos.

Sentí que se me cortaba la respiración mientras los recuerdos volvían a mí. El calor de sus manos sobre mi piel, la intensidad de sus ojos azul acero, las promesas que ahora sonaban huecas. Siete años de dolor y rabia burbujearon dentro de mí, amenazando con desbordarse.

Pero no podía permitirme perder el control. No aquí, no ahora. No con la amenaza de un ataque cerniéndose sobre nosotros.

Me di la vuelta, con el corazón acelerado. Papá y Lucas me matarían si me encontraran cerca de Marco. Recordé las consecuencias de mi embarazo: cómo Papá y Lucas, en represalia y para proteger el honor de nuestra familia, habían comenzado a realizar ataques calculados contra las operaciones de la familia Caruso. Habían pasado años, y ambas familias seguían en guerra, incluso sin el conocimiento de Marco.

La ironía no se me escapaba. Aquí estábamos, todos arreglados y fingiendo amabilidad, mientras

bajo la superficie, una guerra continuaba. Una guerra que había comenzado por una noche apasionada, un hijo concebido en secreto y un hombre que había desaparecido sin dejar rastro.

Necesitaba concentrarme. La amenaza de la que había oído hablar a los hombres era más urgente que viejos dolores y secretos. Tenía que encontrar a mi familia, advertirles de alguna manera, sin causar una escena.

Estaba cruzando el salón de baile, escudriñando la multitud en busca de alguna señal de Papá o Lucas, cuando una mano me agarró del codo. Me di la vuelta, lista para descargar mi frustración sobre quien se hubiera atrevido a tocarme.

—Parece que hubieras visto un fantasma —la voz de Lucas era baja, urgente. En ese momento, nunca había estado más contenta de ver a mi molesto hermano, pero estaba acompañado por dos mujeres.

—Lucas, tenemos que hablar. Ahora.

—De acuerdo, señoritas, volveré con ustedes más tarde —les dijo, dando a cada una un beso en las mejillas. Asqueroso.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—¿Dónde está Papá? Tenemos que encontrarlo. Algo malo está a punto de suceder. Escuché a un par de hombres hablando sobre acabar con los Russo. No quiero correr riesgos, Lucas. Vámonos ahora.

Todo en lo que podía pensar era en morir en una fiesta sin volver a ver a Lily. No. No dejaría que eso sucediera.

Lucas me tomó las mejillas entre sus manos.

—La gente habla de acabar con nosotros todo el tiempo, hermanita. Son solo amenazas vacías.

—¿Pero y si no lo son?

—Viste a Marco, ¿verdad? ¿Te amenazó?

—Sí, lo vi, pero...

—Voy a darle un pedazo de mi mente —gruñó Lucas. Su expresión había cambiado y ya no intentaba ser gracioso—. Fue a verte a la universidad, ¿verdad?

No tenía sentido negarlo. Lucas tenía hombres por todas partes vigilándome para protegerme del peligro. Asentí.

—Lo sabía. Le daré un pedazo de mi mente esta noche. Quédate aquí, Ivory. Volveré.

Lucas se fue antes de que pudiera decir otra palabra.

Una vez que se le metía algo en la cabeza, no había vuelta atrás. Con Lucas fuera de vista, tenía que buscar a mi padre.

Encontré a Papá veinte minutos después en medio de la familia Yuri. Había hablado sin parar sobre cerrar un trato con los chinos, y este debía ser el momento que había elegido para intentar hablar con ellos.

Parecía el momento equivocado para alertarlo sobre la potencial extinción de nuestra familia, así que volví a entrar en mi personaje, uniéndome a mi padre. Esperé para asegurarme de que el trato se cerrara mientras, al mismo tiempo, escaneaba la sala en busca de posibles amenazas.

Mi mente divagaba sobre Lucas y Marco. Me preguntaba cómo estaría yendo la confrontación y si se habrían metido en una pelea a puñetazos o, peor aún, en un tiroteo.

Minutos después, Lucas se acercó a nosotros, con el ceño fruncido.

—Me encargué de ello —me susurró.

Asentí, esperando secretamente que ahora estuviéramos fuera de peligro real. Mi padre y mi hermano estaban a mi lado y me sentía segura.

Entre la multitud, divisé a Marco. En el momento en que nuestras miradas se cruzaron, levantó su copa hacia mí. Una sonrisa burlona bailaba en sus labios.

Ese bastardo.

Aparté la mirada, no queriendo llamar la atención de Lucas. Marco estaba buscando problemas y no iba a permitir que los encontrara.

Media hora después, la fiesta estaba llegando a su fin, y yo estaba exhausta por las actividades de la noche.

Lucas y yo estábamos en un rincón del salón de baile mientras Papá hablaba con un político.

—Míranos. Hemos sobrevivido a la velada.

—Sí, sí, llámame paranoica, pero no lo entiendes. Tú no tienes un hijo por el que preocuparte constantemente.

—Claro que lo entiendo. Tengo que cuidar de ti todo el tiempo —respondió él.

Le di un manotazo en el brazo. —Eres un idiota.

—Y... —fue interrumpido por un alboroto en el salón de baile del piso de arriba. Era el sonido de cristales rompiéndose y gritos de alarma. Y entonces...

¡BANG! ¡BANG! ¡BANG!

Los disparos destrozaron la atmósfera, sumiendo la gala en el caos. Los gritos estallaron mientras la gente corría a buscar refugio.

—¡Maldita sea! —murmuré entre dientes, con la adrenalina corriendo por mis venas. Era esto. El ataque del que había oído hablar a los hombres.

—Tenemos que salir de aquí —gruñó Lucas.

Vi a Papa a lo lejos, tratando de entender la situación.

—Papa estará bien. Vamos a llevarte al coche —dijo mientras sujetaba mi mano con firmeza, cumpliendo por una vez con su papel de hermano mayor.

Mientras nos apresurábamos por el pasillo, con los sonidos del caos del salón de baile haciéndose cada vez más débiles, no pude evitar preguntarme qué había sucedido. La noche estaba lejos de terminar, y tenía la terrible sensación de que lo peor aún estaba por venir.

CAPÍTULO SEIS

MARCO

La cacofonía de la gala se desvaneció hasta convertirse en un sordo rugido mientras me abría paso por el abarrotado salón de baile. Mis ojos escudriñaban el mar de rostros, buscando uno en particular: mi padre. Lo había estado buscando toda la noche, con una sensación de inquietud que crecía con cada minuto que pasaba. Algo no andaba bien. Podía sentirlo en los huesos.

—Marco —la voz áspera de Angelo interrumpió mis pensamientos. Me giré para encontrarlo acercándose, su rostro marcado por líneas sombrías—. Tu padre ha vuelto. Quiere verte. Ahora.

Asentí, sin sorprenderme. —¿Dónde?

—En la sala privada. Tercer piso.

Sin decir una palabra más, me dirigí al ascensor. Mientras las puertas se cerraban, ajusté mis gemelos, mi mente corriendo con posibilidades. ¿Qué tramaba mi padre? ¿Y por qué tenía la inquietante sensación de que tenía algo que ver con los Russo?

El ascensor se abrió a un pasillo desierto, mis pasos resonando mientras me acercaba a la oficina. Ni me molesté en llamar. Padre me estaba esperando.

Al entrar, lo encontré de pie junto a la ventana, con un vaso de whisky en la mano. La habitación estaba tenuemente iluminada, las sombras bailando sobre su rostro mientras se giraba para mirarme.

—Marco —dijo, con voz áspera—. Qué bueno que te unas a mí.

Sostuve su mirada con firmeza. —¿Dónde has estado, padre? Te he estado buscando toda la noche.

Soltó una risa, pero no había calidez en el sonido. —¿Preocupado por mí, hijo? Qué conmovedor.

—No preocupado —respondí fríamente—. Curioso. Has estado planeando algo, ¿verdad?

Los ojos de mi padre se entrecerraron, un destello de sorpresa cruzó su rostro antes de ser rápidamente enmascarado. —¿Qué te hace decir eso?

Me adentré más en la habitación, manteniendo el contacto visual. —Llámalo intuición. Has estado desapareciendo más a menudo, teniendo conversaciones en voz baja. Algo se está gestando, y quiero saber qué es.

Por un momento, mi padre no dijo nada, simplemente me estudió con esos ojos penetrantes que habían visto imperios alzarse y caer. Luego, inesperadamente, sonrió. No era una expresión agradable.

—Te has vuelto observador, Marco. Bien. Lo necesitarás en los años venideros. —Tomó un sorbo de su whisky antes de continuar—. Tienes razón. He estado planeando algo. Algo grande. Algo que lo cambiará todo.

Esperé, sabiendo que revelaría más a su debido tiempo. Padre siempre había tenido un don para lo dramático.

—Los Russo —escupió el nombre como una maldición—. Han sido una espina en nuestro costado durante demasiado tiempo. Picoteándonos, como buitres sobre un cadáver. Cargamentos secuestrados, tratos saboteados, hombres desapareciendo. ¡Un viejo amigo decidió eliminar a su amigo para hacerse más fuerte! ¡No toleraré esta traición!

—He oído hablar de los ataques —intervine—. Pero seguramente podemos manejar esto sin...

—¿Manejarlo? —la voz de mi padre se elevó, la ira destellando en sus ojos—. No, Marco. No vamos a 'manejarlo'. Vamos a ponerle fin. De una vez por todas.

Un frío pavor se asentó en mi estómago mientras las piezas encajaban en mi mente. —¿Qué estás planeando exactamente, padre?

Sonrió entonces, una cruel torcedura de sus labios que lo hizo parecer más demonio que hombre. —Voy a eliminarlos. A todos ellos. Victor, Lucas, esa linda hija suya... para la mañana, el nombre Russo no será más que un recuerdo.

La enormidad de lo que estaba sugiriendo me golpeó como un golpe físico. Luché por mantener mi expresión neutral, años de entrenamiento entrando en acción. —Padre —comencé, con voz baja y controlada—, piensa en lo que estás diciendo. Esto no es solo otro golpe. Estás hablando

de masacrar a una familia entera. Las consecuencias...

—¿Consecuencias? —rugió, avanzando hacia mí—. ¡Las únicas consecuencias serán de las bombas que dejaremos caer sobre sus cabezas! He planeado esto durante meses, Marco. Cada detalle, cada contingencia. Es a prueba de fallos. ¿Y adivina qué? Sucederá esta noche.

Me mantuve firme, sosteniendo su mirada sin pestañear. —Las consecuencias serían catastróficas. Desataría una guerra total. No solo con lo que quede de los Russo, sino con cada familia aliada con ellos. La atención policial por sí sola...

—¡Basta! —la mano de mi padre golpeó el escritorio, haciendo saltar el vaso de whisky—. No te llamé aquí para escuchar tu opinión, muchacho. Te llamé para darte tus órdenes. Dirigirás el ataque al complejo Russo. Esta noche.

Por un momento, no dije nada, sopesando mis opciones. Podía ver la locura en los ojos de mi padre, la obsesión que claramente había estado fermentando durante meses, quizás años. En ese instante, supe que ya no podía ser el hijo obediente y heredero que él quería que fuera.

—No —dije, con voz firme e inquebrantable.

Mi padre se quedó helado, sus ojos abriéndose con incredulidad. —¿Qué has dicho?

—He dicho que no —repetí, manteniéndome erguido—. No lo haré. Esto no es justicia, padre. Es locura.

El silencio que siguió fue ensordecedor. Podía ver la tormenta gestándose en los ojos de mi padre, una vena en su sien pulsando peligrosamente. Cuando habló, su voz era mortalmente tranquila.

—¿Te atreves a desafiarme? ¿Después de todo lo que he hecho por ti? ¿Todo lo que he sacrificado?

—Estoy tratando de salvarte —repliqué, dando un paso adelante—. Este plan... destruirá todo. No solo a los Russo, sino también a nosotros. Tiene que haber otra manera.

—No hay otra manera —gruñó mi padre—. Y si no estás conmigo, entonces estás contra mí.

Negué con la cabeza, la decepción inundándome. —Padre, escúchate. Esta no es la manera de hacer esto. Podemos lidiar con los Russo sin recurrir al asesinato en masa.

Sus ojos se entrecerraron, un destello peligroso brillando en ellos. —¿Te atreves a darme lecciones sobre cómo dirigir esta familia? ¿Después de todo lo que te he enseñado?

—No te estoy dando lecciones —dije, manteniendo mi voz nivelada—. Estoy tratando de salvarnos de cometer un error catastrófico.

El rostro de mi padre se contorsionó de rabia. Lenta y deliberadamente, metió la mano en su chaqueta y sacó su pistola. El cañón brilló en la tenue luz mientras lo levantaba, apuntando directamente a mi pecho.

No pude evitar reír, el sonido amargo y hueco. —¿En serio, padre? ¿Una pistola? Ya no soy un niño. No puedes asustarme para que me someta como solías hacerlo.

Su agarre en la pistola se apretó. —Esto no es como antes, Marco. Esta vez no estoy fanfarroneando.

Di un paso adelante, luego otro, acortando la distancia entre nosotros. El cañón del arma estaba ahora a centímetros de mi pecho.

—No me dispararás, padre. Me necesitas.

—Tenía tantas esperanzas puestas en ti, Marco —dijo, con la voz llena de decepción—. Pero si no vas a ser el hijo que necesito... bueno, supongo que tendré que buscar otro heredero.

Su dedo se tensó en el gatillo.

—Última oportunidad, muchacho. Ponte en línea o cae.

En ese instante, vi la determinación en sus ojos. Realmente iba a hacerlo. Años de entrenamiento se apoderaron de mí y me moví justo cuando el arma se disparó. La bala pasó silbando, rozándome por un pelo.

Sin vacilar, me abalancé hacia adelante, mi cuerpo chocando contra el de mi padre. Caímos al suelo, el arma resonando al deslizarse por el piso, quedando fuera de nuestro alcance.

Forcejeamos en el suelo de madera, años de resentimiento y decepción reprimidos alimentando nuestra lucha. A pesar de su edad, padre seguía siendo un oponente formidable. Su puño conectó con mi mandíbula, el dolor explotando en mi rostro. Contraataqué con un codazo certero en sus costillas, escuchando el satisfactorio crujido del hueso.

—Bastardo malagradecido —jadeó, sus dedos arañando mi garganta—. ¡Debería haberte ahogado el día que naciste!

Las palabras dolieron más que cualquier golpe físico, pero aparté el dolor. No era momento para sentimentalismos. Con un rugido de esfuerzo, lo arrojé lejos de mí. Ambos nos abalanzamos sobre el arma, nuestros dedos aferrándose desesperadamente al frío metal.

Yo llegué primero, mi mano cerrándose alrededor de la empuñadura justo cuando padre se lanzó sobre mí de nuevo. En la lucha, dos disparos resonaron, ensordecedoramente fuertes en el espacio confinado de la oficina.

Por un momento, nadie se movió. Luego, lentamente, padre miró hacia su pecho, donde dos manchas oscuras se extendían rápidamente por su costosa camisa. Sus ojos se encontraron con los míos, abiertos de par en par por la conmoción y algo que podría haber sido orgullo.

—Bueno —tosió, un hilo de sangre corriendo por la comisura de su boca—. Parece que... eres un Caruso después de todo.

Y entonces cayó, su cuerpo golpeando el suelo con un ruido sordo que pareció resonar en el repentino silencio.

Me quedé allí, con el arma humeante aún en la mano, mirando la forma sin vida de mi padre. El hombre que me había criado, enseñado, moldeado para ser la persona que era hoy. La única familia que había conocido.

Una ola de emociones me invadió: dolor, culpa, ira, alivio. Mis rodillas amenazaron con ceder, pero me obligué a permanecer de pie. El tiempo de la debilidad había terminado.

—Padre —susurré, mi voz firme a pesar de la agitación interior. A pesar de todo, a pesar de la locura y la crueldad, seguía siendo mi padre. Y yo lo había matado.

Por un momento, me permití sentir todo el peso de lo que había hecho. Los recuerdos pasaron por mi mente: padre enseñándome a disparar, sus raras palabras de elogio cuando hice mi primer trato exitoso, la forma en que me miró con orgullo cuando regresé de Moscú. Pero también había recuerdos más oscuros: las palizas, las palabras crueles, las expectativas imposibles que me habían llevado al límite.

No sé cuánto tiempo estuve allí, perdido en una nebulosa de emociones contradictorias. Pero

eventualmente, una realidad fría y dura comenzó a filtrarse. Estaba solo ahora. Verdadera y completamente solo. No tenía madre, ni hermanos, ni nadie a quien recurrir. Y acababa de matar al don de la familia Caruso.

Si alguien se enteraba de lo que había sucedido aquí...

El pensamiento me devolvió al presente. Miré mi reloj, dándome cuenta de repente que apenas habían pasado diez minutos desde que entré en la oficina. Debían haber escuchado los disparos abajo. Tenía que actuar rápido.

El peso del arma en mi mano me anclaba a la realidad. Mi mente trabajaba a toda velocidad, pero me obligué a respirar, a pensar. Tenía minutos, quizás menos, antes de que alguien viniera a investigar.

Con movimientos deliberados, levanté el arma y disparé dos veces contra la pared. Los disparos resonaron, ensordecedores en el espacio confinado. El polvo cayó de los agujeros recién hechos.

Con cuidado y metódicamente, limpié el arma de huellas. Mis manos temblaban ligeramente, pero las estabilicé por pura fuerza de voluntad. Coloqué el arma cerca de la mano extendida de padre, posicionándola con precisión. Tenía que parecer natural, como si se hubiera caído de su agarre.

Examiné la habitación. Demasiado ordenada. Demasiado pulcra para una supuesta emboscada. Me moví hacia el escritorio, barriendo los papeles al suelo con un solo movimiento. La pesada silla de madera se volcó fácilmente, estrellándose de costado.

Miré hacia la ventana: el asesino necesitaría una ruta de escape si yo iba a afirmar que había entrado por la puerta para ver la escena que estaba creando.

Me acerqué a las ventanas del suelo al techo. Examiné la habitación en busca del objeto perfecto. Necesitaba algo duro. Saqué mi pistola de la funda y usé la culata para romper la ventana, creando una abertura del tamaño adecuado para que un hombre saltara.

Mejor, pero aún no suficiente.

Mis ojos se posaron en el abrecartas, su mango plateado brillando en la tenue luz. Dudé por una fracción de segundo antes de agarrarlo. La hoja estaba afilada, y apenas sentí el corte inicial cuando lo arrastré por mi antebrazo. El dolor llegó un momento después, un destello brillante

que ayudó a despejar mi mente.

La sangre brotó de la herida. Manché un poco mi camisa y un poco el suelo. Evidencia de una lucha. Mi lucha.

Voces distantes llegaron desde abajo. El tiempo casi se había acabado.

Pasé mis manos por mi cabello, despeinándolo a fondo. Unos cuantos tirones aflojaron mi corbata y cuello. Respiré profundamente, una y otra vez, dejando que la adrenalina se mostrara en mi rostro como pánico y conmoción.

El pomo de la puerta giró justo cuando me posicioné junto al cuerpo de padre. Angelo irrumpió, con el arma desenfundada y los ojos desorbitados.

—¡Marco! ¿Qué demo...?

—Emboscada —lo interrumpí, con la voz ronca y temblorosa—. Cuando nos íbamos, dos hombres aparecieron de la nada y nos atacaron. Un golpe profesional. Padre, él... —me interrumpí, gesticulando impotente hacia el cuerpo entre nosotros.

Angelo bajó su arma, asimilando la escena con los ojos cada vez más abiertos.

—Cristo —murmuró—. ¿Los Russos?

Negué con la cabeza, poniéndome de pie con aparente esfuerzo.

—No lo sé. Podría ser cualquiera. Tenemos tantos enemigos...

Mientras Angelo se adentraba en la habitación, pidiendo refuerzos por su radio, me permití una última mirada al cuerpo de padre. El hombre que me había moldeado, para bien o para mal, se había ido. Y en su lugar se alzaba un nuevo don, forjado en sangre y engaño.

—Marco, te aseguro que descubriré quién hizo esto. Los cazaré y tendré sus cabezas. No tienes que preocuparte. Yo mismo llevaré a cabo la investigación. ¡Los asesinos están jodidos! —gritó Angelo.

Era protocolo investigar el asesinato de un líder como mi padre. Oponerse a la investigación levantaría sospechas.

—Sí, están jodidos. ¡Pagarán! —añadí.

Ya me preocuparía después por si me descubrían porque, por ahora, tenía que interpretar el papel del hijo desaliñado de un líder mafioso.

Más pasos retumbaron en las escaleras. Nuestros hombres, respondiendo a los disparos. Me erguí, reprimiendo el tumulto en mi interior. Era hora de liderar.

El juego había cambiado, y ahora yo tenía todas las cartas en la mano. Mientras la habitación comenzaba a llenarse con nuestros hombres, sus rostros mostrando conmoción e ira, enderecé los hombros y me preparé para jugar mi mano.

La noche estaba lejos de terminar, y yo tenía una familia que liderar, una muerte que vengar y un futuro que asegurar. Fuera lo que fuese lo que viniera después, lo enfrentaría como siempre lo había hecho: de frente, sin miedo y con la despiadada determinación que caracterizaba a un verdadero Caruso.

Mientras comenzaba a dar órdenes, mi mente voló brevemente hacia Ivory y los Russo. No tenían ni idea de lo cerca que habían estado de la aniquilación esta noche. Entonces, me golpeó la realidad de que literalmente había matado a mi padre porque estaba tratando de proteger a Ivory y a su padre.

Pero ese era un problema para otro día. Por ahora, tenía un imperio que estabilizar y una fachada que mantener. El telón se estaba levantando para un nuevo acto en el drama de la familia Caruso, y yo tenía la intención de dar la mejor actuación de mi vida.

CAPÍTULO SIETE

IVORY

El acre olor a pólvora se aferraba a mis fosas nasales mientras estaba sentada en el despacho de papá, con mi vestido de diseñador convertido en un desastre arrugado de seda azul medianoche y sueños destrozados. El ornamentado reloj de pie en la esquina marcaba el tiempo implacablemente, cada segundo era otro clavo en el ataúd de mi vida cuidadosamente construida.

Tic. Tic. Tic.

—Dios mío, ¿ese ruido infernal nunca se detendrá? —murmuré, frotándome las sienes.

Cerré los ojos, deseando que el caos de las últimas horas desapareciera. La gala benéfica, que una vez fue una fachada pulida de alta sociedad y poder del submundo, se había disuelto en un caos con el eco de los disparos. En el pánico que siguió, Lucas me había llevado rápidamente al coche.

Y ahora, aquí estaba sentada, sintiéndome más como una prisionera que como la hija de uno de los jefes mafiosos más poderosos de Nueva York. Los acontecimientos de la noche pesaban sobre mí, amenazando con aplastar la poca compostura que me quedaba.

La puerta del despacho crujió al abrirse, y papá entró, con la chaqueta del esmoquin descartada y la pajarita colgando flojamente alrededor de su cuello. Me enderecé instintivamente, años de condicionamiento entrando en acción a pesar del tumulto que hervía dentro de mí.

—Papá —dije, con la voz más firme de lo que me sentía—. ¿Qué está pasando? ¿Está todo el mundo bien?

El rostro de papá era una máscara de gravedad mientras se servía una generosa medida de whisky. Se lo bebió de un trago antes de volverse hacia mí.

—Don Caruso está muerto —dijo sin preámbulos.

Sentí como si me hubieran dado un puñetazo en el estómago. —¿Muerto? —repetí, mi mente luchando por procesar la información. Recordé la tensa conversación que tuvimos con él en la fiesta. Ahora, se había ido. Así, sin más—. ¿Cómo? ¿Fue el tiroteo en la gala? —pregunté.

Papá asintió, sus ojos oscuros con algo que no pude descifrar del todo. —Le dispararon en una sala privada. Marco afirma que fue un golpe de una familia rival.

Marco. El nombre me provocó una sacudida. Me pregunté por lo que debía estar pasando ahora. Acababa de perder a su padre. Los pensamientos amenazaban con abrumarme, pero los aparté, centrándome en el presente.

—¿Y tú lo crees? —pregunté, mi mente entrenada en la facultad de derecho ya desmenuzando el escenario.

Una risa sin humor escapó de los labios de papá. —Lo que yo crea no importa, *cara mia*. Lo que importa es lo que suceda a continuación.

El tono ominoso en su voz me provocó un escalofrío en la espalda. —¿Qué quieres decir?

Papá suspiró pesadamente, de repente pareciendo cada uno de sus cincuenta y siete años. —Nuestra familia está en problemas, Ivory. Problemas serios.

—¿Qué tan malo es?

—Como nunca antes hemos visto —suspiró profundamente y comenzó a explicarme.

Durante la siguiente media hora, papá expuso la sombría realidad de nuestra situación. Debíamos millones al Sindicato Zherdev, una despiadada organización internacional conocida por sus implacables métodos de cobro de deudas.

Nuestros negocios legítimos apenas se mantenían a flote. Russo Holdings, nuestra empresa inmobiliaria, tenía tres grandes proyectos paralizados debido a problemas de permisos y retiros de inversores. Bella Vista, nuestra cadena de restaurantes de lujo, había experimentado una caída del treinta y cinco por ciento en los ingresos durante el último trimestre.

Incluso Coastal Shipping, normalmente nuestro negocio más estable, estaba perdiendo dinero gracias al aumento de los costos de combustible y una serie de desafortunados accidentes en los muelles.

La voz de papá se volvió ronca mientras describía a los buitres que rondaban nuestro imperio familiar. La familia Moretti en el norte y el clan Calabrese de Jersey estaban haciendo movimientos, probando nuestras defensas y buscando debilidades. Nuestros asociados se estaban poniendo nerviosos, algunos ya abandonaban el barco para alinearse con familias más fuertes.

Incluso nuestras conexiones políticas empezaban a distanciarse, sintiendo el cambio de los vientos.

—Joder —maldije, caminando de un lado a otro del estudio—. ¿Cómo se puso tan mal? ¿Por qué no me lo dijiste antes? ¡Me siento como si hubiera estado viviendo bajo una roca!

—Cuida tu lenguaje cuando me hablas, Ivory —me reprendió papá sin mucha convicción—. Y no te lo dije porque pensé que Lucas y yo podríamos arreglarlo. Pensé que... —se interrumpió, sacudiendo la cabeza.

—Pensaste que podías protegerme —terminé por él, con un sabor amargo en la boca—. Mantenerme en mi jaula dorada, ignorante y segura.

—Ivory...

—No, papá —lo interrumpí, con la ira subiendo como bilis por mi garganta—. Ya no soy una niña. Tengo veintiséis años, por el amor de Dios. Merecía saberlo.

Los ojos de papá brillaron peligrosamente. —¿Crees que no lo sé? ¿Crees que disfruto guardando secretos a mi propia hija?

Nos miramos fijamente. Finalmente, papá se desinfló, hundiéndose en su sillón de cuero.

—Tienes razón —dijo suavemente—. Merecías saberlo. Pero eso no es importante ahora. Lo importante es cómo vamos a salir de este lío, y solo hay una manera: que te cases con Marco Caruso.

Mi mundo se vino abajo al mencionar esta solución. Agotada, me desplomé en la silla frente a él.

—Di algo, querida —suplicó, pero mis ojos no se encontraron con los suyos—. Solo piénsalo, por favor.

Los días que siguieron se arrastraron. Intenté mantener alguna apariencia de normalidad, asistiendo a mis clases en la universidad y estudiando minuciosamente casos con Alex. Pero mi mente nunca estaba lejos de la inestable situación de nuestra familia. Durante mis visitas a Elena, me encontraba abrazando a Lily más fuerte de lo habitual, preguntándome qué tipo de mundo heredaría.

En momentos de silencio, mis pensamientos se desviaban hacia Marco. Nuestro propuesto

matrimonio arreglado también era un asunto apremiante, pero intentaba con todas mis fuerzas olvidarlo.

La noticia de la muerte de Don Caruso había enviado ondas de choque a través de nuestro mundo. No podía evitar preguntarme cómo estaría lidiando Marco, repentinamente empujado al papel de liderazgo mientras lloraba a su padre. A pesar de nuestra complicada historia, una parte de mí sufría por él.

Una semana después de esa conversación inicial con papá, me encontré de nuevo en su estudio.

—Ivory —comenzó, con voz grave—. Lucas y yo hemos estado discutiendo posibles soluciones a nuestros problemas, pero lo único que pudimos encontrar fue la alianza matrimonial con los Caruso.

Se me hizo un nudo en la garganta. —Papá, ¿qué estás diciendo? ¿Y qué tienen que ver los Caruso con esto?

—Casarte con Marco es la única forma de mantenernos a flote —dijo, dejando que las palabras flotaran pesadamente en el aire entre nosotros.

El mundo pareció inclinarse sobre su eje. Me aferré a los brazos de la silla, con los nudillos blancos por la presión.

—No puedes hablar en serio. El costo es mi felicidad —susurré. Me había sorprendido cuando mencionó esta posibilidad por primera vez, pero me había atrevido a esperar que la hubiera descartado en favor de mejores planes.

Pero podía ver en los ojos de Papá que hablaba muy en serio.

—Los Caruso necesitan nuestras empresas legítimas como fachada —explicó Papá, con voz firme pero tensa—. Sus operaciones de casino están bajo el escrutinio de la comisión de juegos. Nuestra Coastal Shipping LLC podría proporcionar una cobertura perfecta para mover sus productos discretamente. Y los proyectos inmobiliarios de Russo Holdings les darían oportunidades para invertir y lavar su dinero.

Hizo una pausa, dejando que la información se asentara antes de continuar.

—Por nuestra parte, nos estamos ahogando en deudas. Los Caruso tienen el capital para rescatar a Bella Vista Restaurants e inyectar los fondos que tanto necesitamos en nuestros desarrollos

tambaleantes. Sus conexiones también podrían ayudarnos a sortear los problemas de permisos que están estancando nuestro proyecto en Staten Island.

Los ojos de Papá se encontraron con los míos.

—Pero es más que solo negocios, Ivory. Necesitamos su músculo. La familia Moretti está poniendo sus ojos en nuestro territorio en Queens, y el clan Calabrese está haciendo ruido sobre nuestras operaciones en los muelles. Con los Caruso respaldándonos, seríamos intocables.

Mientras desglosaba los detalles, sentí como si las paredes se cerraran a mi alrededor. Mi mente trabajaba a toda velocidad, analizando las implicaciones, buscando lagunas, rutas de escape. Pero no había ninguna. Esta unión impía salvaría a ambas familias, resolviendo los problemas de todos.

Los de todos excepto los míos.

Me levanté abruptamente y caminé hacia la ventana. El perfil de Manhattan se alzaba imponente, un deslumbrante mosaico de rascacielos iluminados que perforaban el cielo nocturno. ¿Cuántas veces había contemplado esta vista, soñando con la vida que construiría para mí? Una vida libre del mundo asfixiante de la mafia, una vida donde podría ser más que solo la hija de Victor Russo.

Y ahora, con una sola propuesta, esos sueños se desmoronaban hasta convertirse en polvo.

Pero ya no se trataba solo de mí. No lo había sido durante siete años.

Lily.

Mi hermosa hija secreta. La niña nacida de una única noche apasionada con Marco Caruso. La niña de cuya existencia él no sabía nada.

¿Cómo podría casarme con Marco sin que descubriera la verdad? ¿Cómo podría construir una vida con el hombre que me había abandonado, que era el padre inconsciente de mi hija? El simple pensamiento me revolvía el estómago.

Pero entonces pensé en mi familia, en el peligro al que nos enfrentaríamos si esta alianza no se llevaba a cabo. Pensé en Lily, y en cómo su seguridad dependía de la estabilidad y la protección de la familia. La realidad de nuestra situación me golpeó como un golpe físico.

No tenía elección.

Respirando profundamente, me volví hacia Papá.

—Entiendo la ira que sientes hacia Marco, pero han pasado siete años. Marco ha vuelto, y el principal obstáculo, que era su padre, ya no está —me persuadió Papá, tratando de razonar conmigo. Fue recibido con silencio.

Sus ojos estaban llenos de esperanza y resignación, y me di cuenta de repente que estaba esperando mi respuesta. Como si realmente tuviera voz en el asunto.

—¿Marco ha aceptado esto?

—Sí, lo ha hecho —respondió Papá.

—Está bien. Lo haré —dije, con mi propia voz sonando hueca a mis oídos—. Me casaré con Marco Caruso.

El alivio en el rostro de Papá era palpable, pero yo no sentía nada más que una creciente sensación de desesperación. Se puso de pie, cruzando la habitación para abrazarme.

—Gracias, *cara mia* —murmuró en mi cabello—. Sé que esto no es fácil para ti. Pero una vez que la deuda haya sido pagada, podré ganar poder político. Nos beneficiará a todos a largo plazo. Y piensa en el futuro. ¿Y si tú y Marco terminan siendo felices juntos? No tendrías que vivir lejos de mi nieta. Ella podría vivir contigo y su padre, como una familia normal.

—¡No, Papá! ¡Nunca dejaría que él la tuviera!

—Está bien, *cara mia*. Lamento haberte alterado con eso. Lily está bien justo donde está con Elena.

Asentí mecánicamente, sin confiar en mí misma para hablar más. Papá besó mi frente antes de salir de la habitación para hacer los arreglos necesarios.

Cuando la puerta se cerró tras él, me desplomé en la silla más cercana, mis piernas ya no podían sostenerme. La enormidad de lo que acababa de aceptar me golpeó como una ola gigante.

Iba a casarme con Marco Caruso. El hombre que había robado mi corazón y lo había destrozado en el mismo instante. El padre de mi hija. El hijo de nuestro mayor enemigo.

Quería gritar, enfurecerme, romper cada antigüedad invaluable en este maldito estudio. Pero años de condicionamiento me mantenían bajo control. Una verdadera princesa de la mafia nunca pierde el control, nunca muestra debilidad.

Incluso cuando su mundo se está desmoronando.

Mientras estaba sentada allí, luchando por mantener la compostura, la puerta del estudio se abrió con un crujido. Levanté la mirada para ver a Lucas, su rostro grabado con preocupación.

—Hola, hermanita —dijo suavemente, cruzando la habitación para agacharse junto a mi silla—. Papá te lo dijo, ¿eh?

Intenté hablar, pero las palabras se atascaron en mi garganta. Lucas extendió la mano, tomando la mía entre las suyas.

—Lamento no haber estado en la reunión —dijo, con voz gentil—. No quería que sintieras que eran dos contra uno. Pero Ivy, tienes que saber que esto realmente es lo mejor.

Dejé escapar una risa amarga.

—¿Lo mejor? ¿Cómo puede casarme con el maldito Marco Caruso ser lo mejor?

Lucas apretó mi mano.

—Sé que no es ideal. Diablos, desearía que Marco fuera gay y que yo también lo fuera, para poder casarme con él en tu lugar.

Lo absurdo de la declaración me tomó por sorpresa, y me encontré riendo a pesar de todo. Era un sonido pequeño y ahogado, pero genuino.

—Dios, ¿te lo imaginas? —dije, limpiándome una lágrima que no estaba segura si era de risa o desesperación—. ¿Tú con un vestido blanco, caminando hacia el altar para encontrarte con Marco?

Lucas sonrió, claramente aliviado de verme sonreír.

—Oye, me vería genial con ese vestido y lo sabes.

Por un momento, nos quedamos allí, compartiendo un instante de alegría en medio del caos. Pero

la realidad pronto se hizo presente, y sentí que mi sonrisa se desvanecía.

—Lucas —susurré—, ¿cómo voy a hacer esto?

El rostro de mi hermano se tornó serio. Se puso de pie y me envolvió en un fuerte abrazo.

—Un día a la vez, Ivy. Lo resolveremos juntos. Te lo prometo.

La repentina vibración de mi teléfono me sacó de mi espiral. Lo saqué de mi bolso de mano, y mi corazón dio un vuelco cuando vi el número del teléfono desechable de Elena en la pantalla.

Elena nunca llamaba con este número a menos que fuera una emergencia.

Con manos temblorosas, respondí la llamada, temiendo lo peor.

—¿Elena? ¿Qué pasa?

Su voz aterrada salió por el altavoz, confirmando mis temores.

—Ivory, tienes que venir rápido. Es Lily. Algo ha pasado.

El mundo pareció detenerse. Se me cortó la respiración y mi visión se estrechó hasta un punto.

—¿Qué? —logré articular—. Elena, ¿qué ha pasado? ¿Está herida?

—N-no lo sé —tartamudeó Elena, con la voz entrecortada por las lágrimas—. Tiene mucha fiebre, Ivory. No le baja, y tiene problemas para respirar. Vamos de camino al hospital de tu familia.

Me puse de pie antes de que terminara de hablar, mi anterior desesperación reemplazada por una oleada de adrenalina.

—Voy para allá —dije, dirigiéndome ya hacia la puerta.

—¿Qué pasa? —preguntó Lucas, reflejando mi expresión.

—Es Lily. Lily está enferma. Van camino al hospital.

—¡Mierda! Vamos. Yo conduzco —dijo Lucas mientras nos apresurábamos a salir.

Por favor, que esté bien. Por favor, Dios, que mi bebé esté bien.

CAPÍTULO OCHO

MARCO

Sangre. Todo siempre vuelve a la sangre en esta vida.

La lluvia caía en una llovizna constante, combinando con el ambiente sombrío mientras dábamos sepultura a mi padre. La multitud reunida era un mar de paraguas negros y trajes a medida. Yo estaba al frente, con el rostro como una máscara de dolor y determinación. Cuando las últimas palabras del sacerdote se desvanecieron y el ataúd fue bajado, arrojé un puñado de tierra sobre la madera pulida.

—Adiós, padre —murmuré, con la voz apenas audible sobre el repiqueteo de la lluvia.

El cementerio se fue vaciando lentamente, los dolientes saliendo en grupos silenciosos. Me quedé rezagado, mirando fijamente el montículo fresco de tierra. Mis manos, ahora limpias, estarían para siempre manchadas por los acontecimientos de aquella fatídica noche en la gala. La sangre de mi padre, derramada por mis propias manos. El pensamiento amenazaba con aplastarme, pero no podía permitirme quebrarme. No ahora. No cuando todo pendía de un hilo.

En la recepción, celebrada en una de las propiedades de nuestra familia, me encontré rodeado por cientos de hombres: nuestros soldados, nuestra familia. Necesitaban un líder, y yo tenía que convertirme en uno, sin importar la tormenta que rugía en mi interior.

Me puse de pie, alisando mi traje y ajustando el Rolex en mi muñeca. Estos eran los símbolos del poder, destinados a proyectar fuerza y control.

—Compórtate, Caruso —murmuré, cuadrando los hombros—. Es hora del espectáculo.

Me dirigí al frente de la sala, la multitud abriéndose ante mí. Cuando me volví para enfrentarlos, el bullicio de la conversación se apagó, un mar de rostros volviéndose hacia mí. Podía sentir sus ojos, hambrientos de seguridad, desesperados por dirección. Estos eran mis hombres ahora: asesinos, ladrones y soldados, todos unidos por sangre y lealtad al nombre Caruso. Mi nombre.

—Hermanos —comencé, mi voz resonando en la sala silenciosa—. Hemos sufrido una gran pérdida. Don Caruso, mi padre, nos fue arrebatado por cobardes enemigos que se atrevieron a

golpear el corazón mismo de nuestra familia.

Un murmullo bajo recorrió la multitud. Levanté la mano, silenciándolos.

—Pero no se equivoquen. No estamos quebrados. No estamos derrotados. ¡Somos Carusos, y nos levantaremos más fuertes que nunca!

Un vítore se elevó, y sentí una oleada de oscura satisfacción. Estaban conmigo, al menos por ahora.

—Mi padre era un gran hombre, un visionario que construyó este imperio de la nada. Me enseñó todo lo que sé sobre lealtad, sobre familia, sobre poder. Y les juro ahora, en su memoria, que superaré incluso su grandeza.

Hice una pausa, dejando que mis palabras calaran. Los hombres estaban pendientes de cada palabra, sus ojos brillando con dolor y sed de sangre.

—A aquellos que pensaron que podían debilitarnos, les digo esto: han despertado a un gigante dormido. Los cazaremos. Les haremos pagar. Y tomaremos todo lo que aprecian.

Los vítores se hicieron más fuertes, más frenéticos. Podía sentir la energía creciendo, la sed de sangre colectiva aumentando.

—Les prometo esto: mejor paga, mejor protección y una porción más grande del pastel para cada soldado leal. Pero más que eso, ¡les prometo las cabezas de nuestros enemigos en putas bandejas!

La multitud estalló en rugidos de aprobación. Me quedé allí, disfrutando de su adulación, sintiendo el poder corriendo por mis venas. Esto era para lo que había nacido, para lo que me habían preparado. La culpa, la duda, el horror secreto de lo que había hecho, todo se desvanecía frente a esta conexión primaria con mis hombres.

Mientras los vítores disminuían, concluí con un grito final de arenga:

—¡A partir de hoy, el nombre Caruso será susurrado con temor y asombro! ¡Nuestros enemigos temblarán, nuestros aliados prosperarán, y las calles correrán con la sangre de aquellos que se atrevan a oponerse a nosotros!

La respuesta fue ensordecedora. Bajé del podio, aceptando apretones de manos y palmadas en la

espalda de los hombres más cercanos. Sus ojos brillaban con un propósito y lealtad renovados. Por ahora, al menos, los tenía de mi lado.

De vuelta en la tranquilidad de mi oficina, la adrenalina comenzó a disminuir, dejándome agotado. Me serví un vaso de whisky, el favorito de mi padre. La ironía no pasó desapercibida.

Un golpe en la puerta interrumpió mis cavilaciones.

—Adelante —dije, sin molestarme en voltear.

—Vaya discurso, Marco —la voz áspera de Angelo vino desde detrás de mí—. Los tenías comiendo de tu mano.

Me giré para enfrentarlo, estudiando las facciones curtidas del amigo más antiguo de mi padre. Había aprobación en sus ojos, pero también cálculo. Angelo era de la vieja escuela, peligroso. Tendría que vigilarlo de cerca.

—Era necesario —respondí, dando un sorbo a mi bebida—. La familia necesita estabilidad ahora más que nunca.

Angelo asintió, sirviéndose un vaso.

—Cierto. Pero los discursos no serán suficientes. Hemos perdido terreno frente a los Moretti en Queens, y los Calabrese están haciendo ruido sobre nuestras operaciones en los muelles. Se están volviendo demasiado fuertes para el bien de todos.

—De acuerdo —dije, con un tono neutro. Quería escuchar lo que él pensaba que deberíamos hacer. Necesitaba tantearlo ahora más que nunca.

Angelo me miró por encima del borde del vaso.

—Hablando de eso, necesitamos hablar sobre la investigación de la muerte de tu padre. La policía está husmeando, haciendo preguntas. Necesitamos adelantarnos a esto, Marco. Averiguar quién está realmente detrás.

—Por supuesto —dije, poniendo mi expresión más seria—. Pondré a nuestros mejores hombres en ello de inmediato. —No podía sacudirme el miedo que me carcomía las entrañas. Era solo cuestión de tiempo antes de que descubrieran la verdad. Tenía que encontrar una manera de desviar su atención, y rápido.

—Entonces, ¿cuál es el plan, Marco? ¿Cómo le damos la vuelta a esto?

Suspiré, moviéndome para sentarme detrás de mi escritorio.

—Lo sé. Estamos vulnerables, y cada tiburón en el agua puede oler la sangre. —Me recliné en mi silla, mi mente divagando hacia la conversación que había tenido con Victor Russo días atrás. El recuerdo surgió involuntariamente, vívido y nítido.

Cuatro días antes

El despacho de Victor Russo apestaba a dinero viejo y poder. Todo era madera oscura y libros encuadernados en piel. Recordé jugar al escondite con Lucas en esta misma habitación cuando éramos niños.

Victor estaba sentado detrás de su escritorio, con Lucas de pie a su derecha, con los brazos cruzados y los ojos brillando de hostilidad apenas contenida.

—¿Entiendes por qué te he llamado, Marco? —preguntó, con voz engañosamente suave.

Asentí, manteniendo mi rostro impasible. —Tiene una propuesta.

Los labios de Victor temblaron en una sonrisa sin humor. —Directo. Bien. Sí, tengo una propuesta, una que podría beneficiar enormemente a ambas familias.

Esbozó la situación: la enorme deuda que los Russo tenían con un sindicato internacional y la necesidad de los Caruso de negocios legítimos como fachada y protección contra el escrutinio. Y entonces soltó la bomba.

—Una alianza matrimonial —dijo, observándome cuidadosamente—. Entre tú y mi hija, Ivory.

Por un momento, me quedé helado. Ivory. La chica —no, mujer ahora— que había perseguido mis sueños durante siete años. El único arrepentimiento que nunca pude sacudirme.

—¿Dónde está Ivory? —pregunté, cuando finalmente encontré mi voz—. ¿No debería ser parte de esta conversación?

Lucas resopló con desdén. —¿Qué, preocupado de que no quiera ver tu cara?

Me volví hacia él, manteniendo mi voz nivelada. —Me preocupa más que estemos planeando su

futuro sin su opinión.

—Está en la escuela —intervino Victor suavemente—. La pondremos al día más tarde.

Me recliné, ocurriéndoseme una idea. —Sobre eso. Una vez que estemos casados, Ivory no podrá continuar sus estudios.

La temperatura en la habitación pareció bajar varios grados. Lucas dio un paso amenazador hacia adelante. —Ni de coña. No puedes simplemente...

—No se trata de lo que yo quiera —lo interrumpí—. Se trata de las apariencias. Una recién casada esposa de la mafia no puede andar por el campus. Es un riesgo de seguridad y hace que ambas familias parezcan débiles.

Victor asintió lentamente. —Tiene razón, Lucas.

Lucas se volvió hacia su padre. —¡No puedes hablar en serio! ¿Vamos a dejar que él dicte toda la vida de Ivory?

—Es el precio que hay que pagar —dijo Victor con firmeza—, por el bien de ambas familias.

Pude ver cómo se rompía el control de Lucas. En un instante, estaba frente a mí, agarrándome por las solapas. —Escucha bien, pedazo de mierda. Si te atreves siquiera a...

Reaccioné instintivamente, agarrando sus muñecas y retorciéndolas, obligándolo a soltarme. Nos miramos fijamente, ambos tensos y listos para atacar.

—¡Basta! —La voz de Victor resonó como un latigazo—. Los dos, cálmense. Ahora.

A regañadientes, nos separamos, aún mirándonos con cautela.

Victor se pellizcó el puente de la nariz, luciendo de repente cansado. —Esto es exactamente por lo que esta alianza es necesaria. No podemos darnos el lujo de estar enfrentados cuando hay verdaderos enemigos a nuestras puertas.

La tensión en la habitación seguía siendo densa, pero todos sabíamos que tenía razón. Me arreglé la chaqueta, obligándome a concentrarme.

—Tiene razón —concedí—. Necesitamos parecer un frente unido. Por eso la seguridad y la

imagen pública de Ivory son primordiales.

Lucas parecía querer seguir discutiendo, pero Victor lo silenció con una mirada. —Discutiremos la situación de la universidad con Ivory. Por ahora, vamos a ultimar los otros detalles de esta fusión.

—Esta boda es una solución perfecta. Nuestra empresa naviera proporciona cobertura para sus operaciones y nuestros proyectos inmobiliarios les dan oportunidades para lavar su dinero —continuó—. A cambio, ustedes inyectan capital en nuestros negocios y proporcionan la fuerza que necesitamos para mantener a raya a nuestros enemigos.

Tenía sentido. Un sentido frío y calculador. Pero todo en lo que podía pensar era en el rostro de Ivory, el dolor en sus ojos cuando me vio en la gala.

—¿Y si Ivory se niega a aceptar este acuerdo? —pregunté, luchando por mantener mi voz firme.

Victor hizo un gesto desdeñoso con la mano. —Cumplirá con su deber hacia la familia. Como espero que tú también lo hagas.

Quería discutir, decirle que estaba loco si pensaba que Ivory alguna vez aceptaría esto. Pero el estratega en mí, la parte de mí que había sido entrenada desde la infancia para poner a la familia primero, vio la lógica. Esto podría salvar ambos imperios, consolidar nuestro poder de una manera que nos haría intocables.

Y sin embargo, debajo de los fríos cálculos, una pequeña llama de esperanza cobró vida. Ivory... el pensamiento de ella envió una sacudida a través de mi sistema, trayendo de vuelta recuerdos de momentos robados y miradas ardientes. Esta podría ser nuestra segunda oportunidad, pero ¿quién sabía lo que pasaría?

—Lo pensaré —dije finalmente.

Victor asintió, satisfecho. —Por supuesto. Pero no tardes demasiado, Marco. Esta oferta no estará sobre la mesa para siempre.

Actualidad

—¿Marco? —La voz de Angelo me devolvió al presente—. ¿Sigues conmigo?

Parpadeé, enfocándome en su rostro preocupado. —Sí, lo siento. Solo... consideraba nuestras

opciones.

Angelo se inclinó hacia adelante, con los ojos atentos. —¿Y? ¿Cuál es el veredicto?

Tomé una respiración profunda, preparándome para lo que estaba a punto de decir. —Vamos a formar una alianza con los Russo.

Las cejas de Angelo se alzaron. —¿Los Russo? ¿Después de todo lo que ha pasado entre nuestras familias?

—No es solo una alianza —continué, las palabras sonando extrañas en mi lengua—. Es un matrimonio. Entre Ivory Russo y yo.

Por un momento, Angelo solo me miró fijamente. Luego estalló en carcajadas. —Tienes que estar de coña. ¿Tú y esa chica Russo? ¡Será la Tercera Guerra Mundial con ustedes dos viviendo bajo el mismo techo!

No sonreí. —Va a suceder, Angelo. Es la mejor jugada para ambas familias.

La risa de Angelo se apagó cuando se dio cuenta de que hablaba en serio. —Joder, Marco. ¿De verdad crees que esto funcionará?

Me levanté, moviéndome hacia la ventana para mirar la ciudad, mi ciudad ahora. —Tiene que funcionar. Por el bien de todos nosotros.

Mientras observaba, mi mente divagó hacia Ivory y su actitud fría hacia mí durante todos estos años. Pensé que volver a encontrarme con ella sería diferente, pero nada había cambiado. Seguía siendo tan fría como antes. ¿Podríamos construir algo real a partir de este matrimonio arreglado, o nos destruiríamos mutuamente en el intento?

Y sobre todo esto, se cernía el secreto que amenazaba con desbaratar todo: la verdad sobre la muerte de mi padre. Si Ivory alguna vez lo descubriera, ¿qué pensaría de mí?

Sacudí la cabeza, apartando las dudas. No podía permitirme dudar ahora. Tenía un imperio que dirigir, enemigos que aplastar y un matrimonio que navegar. Fuera lo que fuera que viniera, lo enfrentaría de frente. Después de todo, era un Caruso. No huíamos de nuestros problemas.

Los enterrábamos.

Cuando me volví para enfrentar a Angelo, algo llamó mi atención. Una pequeña luz parpadeante debajo de mi escritorio. Se me heló la sangre cuando me di cuenta.

Un micrófono. Alguien había estado escuchando cada palabra.

—Mierda —murmuré, encontrándome con la mirada confusa de Angelo. El juego había cambiado, y no tenía idea de quién tenía las cartas en la mano.

CAPÍTULO NUEVE

IVORY

El olor acre del antiséptico me quemó las fosas nasales cuando irrumpí por las puertas de la clínica privada, con el corazón latiendo frenéticamente contra mis costillas. Las paredes blancas y estériles y las luces fluorescentes me recordaron por qué odiaba estar aquí.

—¿Dónde está? —exigí, escaneando frenéticamente la sala de espera con la mirada—. ¿Dónde está mi hija?

Apareció una enfermera, su rostro una máscara de calma profesional.

—Señorita Russo, por favor sígame. El Dr. Bruno está con su hija ahora.

La seguí por un pasillo estrecho, mis tacones de diseñador resonando contra el suelo de linóleo. Cada paso se sentía como una eternidad. Lucas me seguía, su presencia un pilar silencioso de apoyo.

La enfermera abrió una puerta, y allí estaba ella. Mi Lily, mi hermoso secreto, yacía pequeña y pálida en una cama de hospital. Elena estaba sentada a su lado, con la preocupación grabada en cada línea de su rostro.

—Mami —gimió Lily, sus ojos habitualmente brillantes vidriosos por la fiebre.

Estuve a su lado en un instante, mi mano encontrando la suya.

—Estoy aquí, cariño. Mamá está aquí.

Lily asintió, sus párpados pesados por la fatiga. Mientras se quedaba dormida, el Dr. Bruno se acercó, su rostro una máscara de preocupación profesional.

—Señorita Russo, ¿puedo hablar con usted un momento?

Los tres lo seguimos a un rincón tranquilo de la habitación, mis ojos nunca dejando la forma dormida de Lily.

—¿Cómo está ella, realmente? —pregunté, mi voz baja pero firme.

El Dr. Bruno suspiró.

—La fiebre está bajando, lo cual es una buena señal. Pero debo advertirle que fiebres tan altas en niños pueden ser peligrosas. Existe el riesgo de convulsiones, deshidratación...

—Las convulsiones febriles ocurren en aproximadamente del dos al cinco por ciento de los niños menores de cinco años con fiebres altas —interrumpí, mi hábito de la facultad de derecho de citar hechos se activó—. Lily tiene casi siete. El riesgo es menor.

El Dr. Bruno levantó una ceja, claramente sorprendido por mi conocimiento.

—Ha hecho su investigación.

—Me ocupo de saber todo sobre la salud de mi hija —respondí fríamente—. ¿De qué más debería estar al tanto?

Asintió, aparentemente impresionado.

—Bueno, como parece saber, necesitamos monitorizarla de cerca. Mantenerla hidratada y controlar la fiebre con medicación. Si su temperatura vuelve a subir o si muestra signos de confusión o letargo extremo, tráigala de vuelta inmediatamente.

—De acuerdo, gracias, Doc —habló Lucas en el silencio—. Está haciendo un buen trabajo aquí —lo elogió.

—Gracias, Lucas. Es todo gracias a tu padre.

—Ya veo. Le haré saber que sus recursos están siendo bien utilizados aquí.

—Gracias por su ayuda —dije, notando que la conversación se inclinaba hacia los negocios. Salí de la conversación para ir a pararme junto a Elena.

—Deberías descansar un poco —murmuró Elena, tocando suavemente mi brazo—. Yo puedo vigilarla un rato.

Negué con la cabeza, mis ojos nunca dejando el rostro de Lily.

—No me voy a ninguna parte.

Lucas se aclaró la garganta.

—Ivory, ¿puedo hablar contigo un momento? Afuera.

A regañadientes, lo seguí al pasillo, dejando a Elena con la súplica de que me llamara si Lily siquiera se movía.

—¿Qué pasa? —pregunté, apoyándome contra la pared. El agotamiento del día finalmente me estaba alcanzando.

Lucas se pasó una mano por el pelo, un gesto tan familiar que me hizo añorar tiempos más simples.

—Mira, sé que no es el mejor momento, pero necesitamos hablar sobre... la situación.

Sabía exactamente a qué se refería. El matrimonio inminente, la alianza que salvaría a nuestra familia pero me costaría mi libertad.

—¿Qué pasa con eso?

—Te vas a casar pronto, Ivy. Con Marco jodido Caruso —su voz era baja, urgente—. No puedes simplemente desaparecer para cuidar a una niña enferma sin levantar sospechas. Tenemos que ser más cuidadosos ahora.

Una ola de ira me invadió, caliente y feroz.

—No es solo una 'niña enferma', Lucas. Es mi hija. Tu sobrina.

—Lo sé —siseó, con frustración evidente en su tono—. Pero Marco no lo sabe. Y si se entera...

—No lo hará —lo corté, mi voz dura como el acero—. He mantenido este secreto durante siete años. No voy a dejarlo escapar ahora.

Lucas estudió mi rostro por un largo momento antes de asentir.

—Está bien. Solo... ten cuidado, ¿de acuerdo? Hay mucho en juego.

Me suavicé ligeramente, reconociendo la preocupación detrás de sus palabras.

—Lo sé. Lo resolveré, Lucas. Siempre lo hago.

Me dio un abrazo breve y feroz.

—Enviaré a buscar a Harold —dijo antes de irse a casa, dejándome para volver al lado de Lily.

Mientras miraba el rostro enrojecido de Lily, mi corazón se contrajo. Sus ojos normalmente vibrantes estaban vidriosos, sus rizos oscuros pegados a su frente por el sudor. Forcé una sonrisa, reprimiendo la marea de miedo que amenazaba con abrumarme.

—¿Cómo está mi niña valiente? —pregunté, manteniendo mi voz ligera a pesar del temblor que sentía por dentro.

Lily logró una débil sonrisa.

—No me siento bien, mami.

—Lo sé, cariño. Pero eres tan fuerte. ¿Recuerdas cuando vimos Moana juntas? ¿Cómo navegó por el océano ella sola?

Una chispa de reconocimiento iluminó los ojos de Lily.

—Ella era valiente.

—Así es —dije, alisando su cabello húmedo—. Y tú eres mi pequeña Moana. Tan valiente y fuerte.

—Pero ¿por qué Moana tiene un padre y yo no? —preguntó y mi corazón se rompió en pedacitos.

No era la primera vez que Lily preguntaba por su padre y sabía que ciertamente no sería la última. Había sido mucho más fácil inventar una historia sobre su padre cuando era más pequeña, pero Lily estaba creciendo y volviéndose más analítica.

—Tienes un padre, cariño —le digo—. Pero está lejos. Se fue de viaje por mucho tiempo.

—¿Cuándo va a volver? —preguntó.

—Pronto cariño, pronto.

Pero ahora era una mentirosa. Cuando Marco estaba Dios sabe dónde, era fácil para mí decir esto sin culpa, porque era la verdad. Ahora, su padre estaba solo a unos kilómetros de distancia.

Estaba ocultando una hija a su padre, y un padre a su hija. ¿Qué clase de madre era yo?

No me di cuenta de que estaba triste hasta que una lágrima se deslizó de mis ojos. Mi bebé estaba enferma en una cama de hospital, y yo la había privado de conocer a su padre. Me sentía terrible.

—Lo extraño —dijo Lily finalmente.

Quería decirle que era imposible extrañar a una persona que nunca había conocido, pero no tenía el corazón para hacerle eso.

—Yo también lo extraño —le dije en cambio. Era la verdad, después de todo. Extrañaba al hombre del que estaba locamente enamorada hace siete años.

Mientras consolaba a Lily, mi mente volvió a tiempos más felices. Sus primeros pasos, tambaleándose por la sala de Elena, con los brazos extendidos hacia mí. Sus risitas encantadas mientras la empujaba en los columpios del parque, nuestras salidas secretas disfrazadas de favores casuales de cuidado de niños. El orgullo en sus ojos cuando escribió su nombre por primera vez, la "L" escrita al revés pero perfecta a mis ojos.

Cada recuerdo era una puñalada en mi corazón, un recordatorio de todos los momentos que me había perdido, todas las mentiras que había dicho. Pero mirando a Lily ahora, pálida y pequeña en la cama del hospital, sabía que lo haría todo de nuevo sin dudarlo. Ella valía cada sacrificio, cada noche sin dormir, cada mentira.

Apreté su mano suavemente. —Mamá está aquí ahora, y no me voy a ir a ninguna parte. Superaremos esto juntas, ¿de acuerdo?

Lily asintió, sus párpados pesados por la fatiga. Mientras se quedaba dormida, permanecí vigilante a su lado, una guardiana silenciosa contra la fiebre que amenazaba a mi pequeña.

La noche pasó lentamente, puntuada por las revisiones de las enfermeras y los ocasionales gemidos de Lily. Dormité inquieta en la incómoda silla, mi mano nunca dejando la suya.

Al amanecer, pintando la habitación estéril con suaves tonos de rosa y dorado, los ojos de Lily se abrieron. —¿Mamá? —llamó, su voz más fuerte que el día anterior.

—Estoy aquí, cariño —dije, acercándome—. ¿Cómo te sientes?

—Mejor —dijo, logrando una pequeña sonrisa que iluminó todo su rostro—. ¿Podemos irnos a

casa ahora?

Me reí, el alivio inundándome en oleadas. —Aún no, mi amor. Necesitamos asegurarnos de que estés completamente recuperada primero.

El Dr. Bruno llegó poco después, su rostro iluminándose con una amplia sonrisa mientras examinaba a Lily. —Vaya, vaya, parece que tenemos a una pequeña luchadora aquí. Su fiebre ha bajado significativamente y sus signos vitales se ven mucho mejor.

—¿Entonces estará bien? —pregunté, apenas atreviéndome a tener esperanzas.

Asintió. —Creo que hemos pasado lo peor. La mantendremos aquí en observación por unas horas más, pero si todo va bien, podrán llevarla a casa esta tarde.

Podría haberlo abrazado allí mismo. En su lugar, me conformé con un sentido: —Gracias, doctor.

Como prometió, nos dieron el alta más tarde ese día. Ayudé a Lily a ponerse su pijama favorito de unicornios, maravillándome de lo mucho mejor que se veía ya.

—¿Lista para ir a casa, pequeñita? —pregunté, levantándola en mis brazos.

Asintió con entusiasmo, sus brazos rodeando mi cuello. —¿Podemos comer helado?

Me reí, el sonido haciendo eco en la habitación del hospital ahora silenciosa. —Tal vez mañana si te sientes con fuerzas. Por ahora, concentrémonos en llevarte a casa y meterte en la cama.

Elena nos esperaba en su apartamento, habiendo ido antes para preparar todo para el regreso de Lily. Mientras arropaba a Lily en su cama, rodeada de sus peluches favoritos, sentí una punzada de anhelo. Así es como debería ser todo el tiempo: yo y mi hija, juntas.

Pero la realidad tenía otros planes.

—Tengo que irme —le dije a Elena a regañadientes una vez que Lily se había quedado dormida —. Hay... mucho que tengo que arreglar. La boda es en cuatro días y necesito empacar mis cosas.

Elena asintió, con comprensión en sus ojos. Por mucho que me encantaría tener una boda de cuento de hadas, se nos acababa el tiempo. Cuanto más nos demoráramos, más peligro corría mi

familia. No era sorpresa que me dijeran que mi boda sería en cuatro días. Así que estaba agradecida de tener a Elena de mi lado. Ella era una de las pocas personas que conocía toda la extensión de mi situación. —Ve. Yo me encargo de ella. Solo... cuídate tú también, ¿de acuerdo?

Logré esbozar una débil sonrisa. —Lo intentaré.

El viaje de regreso a la finca de mi familia se sintió irreal. Estaba dejando un mundo —un mundo de calidez, amor y maternidad— y volviendo a entrar en otro, un mundo de secretos, juegos de poder y matrimonios inminentes con hombres que no sabían que tenían una hija.

Mientras entraba en mi habitación, la realidad de mi situación me golpeó de nuevo. Esta habitación, llena de recuerdos y recuerdos de mi vida, pronto quedaría atrás. Me convertiría en la señora Marco Caruso, esposa del jefe mafioso más poderoso de la ciudad.

Con un profundo suspiro, saqué mis maletas y comencé a empacar. Cada artículo que doblaba y colocaba dentro se sentía como otra pieza de mi identidad siendo arrancada. Mis libros de derecho, antes un símbolo de mis sueños y ambiciones, ahora parecían burlarse de mí desde su lugar en el estante.

Mientras doblaba metódicamente mi ropa, mis manos rozaron algo suave en el fondo del cajón. Saqué una sudadera descolorida de la Facultad de Derecho de NYU, una reliquia de una vida que ahora parecía un sueño lejano. La acerqué a mi cara, inhalando profundamente. El aroma familiar de libros de biblioteca y café aún se aferraba a la tela, recordatorios de noches tardías pasadas estudiando leyes y precedentes legales.

Por un momento, me permití imaginar una vida diferente. Una donde solo era Ivory Russo, una aspirante a abogada, no una princesa de la mafia con una hija secreta y un matrimonio arreglado inminente. Casi podía verlo, yo graduándome con honores, consiguiendo un trabajo en una firma prestigiosa, haciéndome un nombre basado en mis propios méritos en lugar de la reputación de mi familia. Una recién casada esposa de mafioso no podía ser una aspirante a abogada, ni una estudiante universitaria. Ahora tenía nuevos deberes que cumplir.

Con una sonrisa melancólica, doblé la sudadera y la coloqué en la maleta. Los sueños eran un lujo que ya no podía permitirme.

Luego, mis manos encontraron una pequeña caja de terciopelo guardada en mi mesita de noche. La abrí, revelando un delicado medallón de plata. Marco me lo había regalado en mi decimoctavo cumpleaños, apenas unas semanas antes de nuestra fatídica noche juntos. Dentro

había una pequeña foto de nosotros, jóvenes y despreocupados, con su brazo alrededor de mis hombros mientras reíamos por alguna broma olvidada.

Una oleada de ira surgió dentro de mí ante el recuerdo. ¿Por qué tuvimos que enredarnos una segunda vez? Varios años separados no fueron suficientes para apagar el anhelo enterrado profundamente en mi corazón. Cerré el medallón de golpe, luchando contra el impulso de arrojarlo al otro lado de la habitación. En su lugar, lo coloqué cuidadosamente en la maleta. Serviría como un recordatorio de por qué estaba haciendo esto, por qué no podía bajar la guardia de nuevo.

Mientras seguía empacando, me encontré con otros recuerdos de mi pasado: un ramillete seco de mi baile de graduación, una pila de postales de los viajes de Elena, una copia desgastada de "Matar a un ruiseñor" que había inspirado mi amor por el derecho.

Pero entre estas reliquias de mi antigua vida, también empaqué símbolos de mi nueva realidad. Una foto enmarcada de Lily, disfrazada como una imagen de mi "ahijada" para explicar su presencia a los ojos curiosos. Un teléfono desechable, que contenía solo el número de Elena, mi conexión vital con mi hija.

Estos objetos eran mi armadura, mis armas en la guerra que estaba a punto de librar. Mientras cerraba la maleta, me preparé para las batallas que se avecinaban. Podría estar entrando en una jaula dorada, pero me condenaría si no tuviera un plan de escape.

Mi teléfono vibró en la mesita de noche. Suponiendo que era Elena con una actualización sobre Lily, lo alcancé sin pensarlo dos veces.

Pero el mensaje que me recibió me heló la sangre. Era de un número desconocido.

Conozco tu secreto. Reúnete conmigo, o Marco se entera de todo.

Se me heló la sangre mientras miraba la pantalla. ¿Quién podría haber enviado esto? ¿Quién sabía sobre Lily? Y, más importante aún, ¿qué planeaban hacer con esta información?

Por un momento, el pánico amenazó con abrumarme. Pero lo reprimí, obligándome a pensar racionalmente. Yo era Ivory Russo, hija de un jefe de la mafia, futura esposa de otro. Me había enfrentado a peores amenazas que esta.

Con manos firmes, escribí una respuesta.

¿Quién es? ¿Qué quiere?

La respuesta llegó casi de inmediato.

Mañana, 3 PM. El viejo almacén en 5ª y Main. Ven sola, o tu precioso Marco se entera de que es papá.

Borré los mensajes, mi mente ya formulando un plan. No me dejaría intimidar, no me dejaría amenazar. Quienquiera que fuese, no tenía idea de con quién se estaba metiendo.

Que pensaran que tenían la ventaja. Que creyeran que estaba acorralada, desesperada. Aprenderían, como tantos otros antes que ellos, que subestimar a Ivory Russo era un error peligroso.

CAPÍTULO DIEZ

MARCO

El día que nunca pensé que llegaría había llegado. Me encontraba en el altar, con las manos firmemente entrelazadas a mi espalda, observando a la multitud que llenaba la ornamentada iglesia. El aire estaba cargado de tensión, un polvorín de familias rivales forzadas a una tregua incómoda. Podía sentir el peso de cien miradas sobre mí, algunas curiosas, otras hostiles, todas esperando ver cómo se desarrollaría esta unión impía.

Mis ojos recorrieron los bancos, catalogando rostros y posibles amenazas. El clan Russo estaba sentado a mi izquierda, sus expresiones una mezcla de hostilidad apenas disimulada y aceptación a regañadientes. Lucas, el hermano de Ivory, me lanzaba miradas asesinas, su mano nunca se alejaba demasiado del bulto en su chaqueta que sabía que ocultaba un arma.

A la derecha, mi familia y aliados ocupaban los asientos. Noté la ausencia de algunos jugadores clave, sin duda posicionándose para cualquier consecuencia que esta boda pudiera traer. Angelo y su familia estaban allí. La familia Gambino, nuestros a veces aliados, a veces rivales, ocupaba una fila del medio, los ojos de su patriarca saltando entre yo y los Russo, sin duda calculando cómo esta nueva alianza cambiaría el equilibrio de poder.

Mi mano derecha, Isaac, estaba a mi lado como mi padrino. Su presencia era reconfortante, un recordatorio de que no estaba completamente solo en este nido de víboras. Crucé una mirada con él, y me dio un sutil asentimiento. Habíamos pasado por el infierno juntos. Nos habíamos conocido durante mi segundo año en Moscú. El hecho de que tuviéramos tanto en común nos había hecho congeniar de inmediato. Hasta cierto punto, diría que me recordaba a mí mismo y a Lucas antes de la ruptura, y no pude evitar reclutarlo. Ahora estaba siendo testigo de cómo me adentraba en lo que podría ser mi mayor desafío hasta el momento.

Mientras escaneaba la multitud una vez más, resurgió el recuerdo del micrófono oculto que encontré debajo de mi escritorio. Había sido hace apenas una semana. Le había hecho un gesto a Angelo para que guardara silencio mientras garabateaba en un trozo de papel: "Micrófono oculto debajo del escritorio. Actúa con normalidad". Sus ojos se habían abierto de par en par, pero se había recuperado rápidamente, continuando nuestra conversación como si nada pasara.

Nos había llevado menos de veinticuatro horas rastrear el micrófono hasta un sicario de bajo

nivel llamado Tony Gallo. El pobre bastardo había pensado que podría ganar dinero rápido vendiendo información a la familia Moretti. Había aprendido por las malas que la traición en nuestro mundo tenía un precio muy alto.

Recordé la mirada en los ojos de Gallo cuando lo confrontamos en ese almacén abandonado. El miedo, la desesperación, las súplicas fútiles de misericordia. Lo había usado como ejemplo, por supuesto. No era personal, solo negocios. Pero mientras veía la vida abandonar sus ojos, no pude sacudirme la sensación de que esto era solo el comienzo. ¿Cuántas otras ratas se escondían en la estructura, esperando la oportunidad de dar un mordisco al imperio Caruso?

El incidente me había dejado en alerta, hiperconsciente de cada sombra, cada conversación susurrada. Incluso ahora, de pie en el altar, no podía evitar preguntarme si habría más traidores entre nosotros, tal vez incluso en esta misma iglesia.

Aparté el recuerdo, obligándome a volver al presente. Esta boda era más que solo Ivory y yo. Era una declaración, una demostración de fuerza y unidad que haría que nuestros enemigos lo pensaran dos veces antes de cruzarnos. Pero también era un riesgo, reunir tantos elementos volátiles en un solo lugar era como encender una cerilla en una habitación llena de gasolina.

Los acordes familiares de la marcha nupcial llenaron el aire, y sentí que mi ritmo cardíaco se disparaba. Esto era. Me giré, con los ojos fijos en las puertas de la iglesia mientras se abrían de par en par.

Y allí estaba ella.

Ivory Russo, mi futura esposa, mi amor de infancia convertido en amargo arrepentimiento, caminaba por el pasillo del brazo de su padre. Era una visión de blanco, su vestido una obra maestra de encaje y seda que abrazaba sus curvas antes de fluir en una modesta cola. Su cabello oscuro estaba recogido, revelando la elegante línea de su cuello, y un delicado velo cubría su rostro.

Sus pasos eran medidos, deliberados. No había alegría en su andar, nada de la emoción de una novia en el día de su boda. En su lugar, se movía con la gracia calculada de un depredador, cada movimiento controlado y con un propósito.

Pero fueron sus ojos los que me cautivaron. Incluso desde la distancia, podía ver el acero en ellos, la postura rígida de sus hombros que hablaba por sí sola. Esta no era la chica con ojos soñadores que había dejado atrás. Esta era una mujer endurecida por la vida, por la traición, por

el deber. Una mujer que había aprendido a llevar su dolor como una armadura.

A medida que se acercaba, no pude evitar recordar la última vez que la había visto, en aquella fatídica gala. El dolor en sus ojos entonces había sido como una puñalada en el estómago. Ahora, ese dolor se había calmado en algo más duro, más frío. Me pregunté, no por primera vez, qué había sucedido en los años que había estado ausente para cambiarla tan profundamente.

Victor colocó la mano de Ivory en la mía, y sentí una sacudida ante el contacto. Su piel estaba fría al tacto, su agarre firme e impersonal. Mientras nos girábamos para enfrentar al sacerdote, me incliné ligeramente.

—Estás hermosa —murmuré, lo suficientemente bajo para que solo ella lo oyera.

Su respuesta fue apenas un susurro, sus labios apenas moviéndose.

—Ahórratelo, Marco. Ambos sabemos por qué estamos aquí.

Me enderecé, apretando la mandíbula. Cierto. Esto no era un cuento de hadas. Esto era negocios, puro y simple.

El sacerdote comenzó la ceremonia, sus palabras pasando sobre mí mientras estaba allí, hiperconsciente de la presencia de Ivory a mi lado. Los votos se sentían vacíos, un guion que ambos seguíamos para beneficio de nuestra audiencia. Cuando llegó el momento de intercambiar anillos, deslicé la banda en el dedo de Ivory, notando cómo se tensaba ante mi toque.

—Yo, Marco, te tomo a ti, Ivory, como mi legítima esposa —recité, las palabras sabiendo a ceniza en mi boca—. Para tenerte y conservarte, desde este día en adelante, en lo mejor y en lo peor, en la riqueza y en la pobreza, en la salud y en la enfermedad, hasta que la muerte nos separe.

Mientras Ivory repetía los votos, su voz firme y sin emoción, no pude evitar preguntarme si la muerte podría ser, de hecho, la única salida de este acuerdo para cualquiera de nosotros.

Miré a los ojos de Ivory, buscando... algo. Un atisbo de la chica que una vez conocí, tal vez. Pero todo lo que vi fue una determinación férrea, una máscara tan perfecta como la mía.

No pude evitar notar la ausencia de Elena, la amiga de la infancia de Ivory y supuesta dama de honor. Había estado allí al comienzo de la ceremonia, pero ahora no se la veía por ninguna parte. Era extraño, pero archivé esta información para más tarde. No era el momento de expresar mis

sospechas.

—Los declaro marido y mujer —entonó el sacerdote—. Puede besar a la novia.

Levanté el velo de Ivory, revelando completamente su rostro. Dios, era hermosa. Pero no había suavidad en su expresión, ni rastro de la pasión que una vez compartimos. Me incliné, presionando mis labios contra los suyos en un beso que era pura actuación: breve, formal, frío.

Mientras nos girábamos para enfrentar a nuestros invitados, forcé mi sonrisa más convincente. Ivory hizo lo mismo, su mano descansando ligeramente sobre mi brazo mientras comenzábamos nuestro recorrido de vuelta por el pasillo. La multitud se puso de pie, un mar ondulante de trajes y vestidos de diseñador, sonrisas falsas ocultando agendas reales.

Podía sentir la presencia de Isaac detrás de nosotros, alerta y listo para cualquier amenaza. Los rostros que pasábamos eran un borrón de falsas felicitaciones y curiosidad apenas disimulada. Todos querían saber qué significaba esto para el futuro de nuestras familias, para el delicado equilibrio de poder en nuestro mundo.

Estábamos a mitad del pasillo cuando sucedió.

El sonido de cristales rompiéndose llenó el aire, seguido inmediatamente por el inconfundible estallido de un disparo. El instinto se apoderó de mí. Agarré a Ivory, tirándola al suelo y cubriendo su cuerpo con el mío mientras el caos estallaba a nuestro alrededor.

—¡Todos al suelo! —rugí, mi voz sobreponiéndose a los gritos y chillidos de pánico.

Fragmentos de vidrio de colores llovieron sobre nosotros en una perversa burla de confeti. Podía sentir el acelerado latido del corazón de Ivory contra mi pecho, su respiración entrecortada en cortas y agudas bocanadas. El tiempo pareció ralentizarse, cada segundo extendiéndose en una eternidad mientras evaluaba la situación.

La ornamentada vidriera sobre el altar, una representación de San Miguel derrotando a Lucifer, yacía ahora en ruinas. La ironía no me pasó desapercibida. Allí yacía nuestro intento de paz, hecho añicos junto con el cristal.

—¿Estás herida? —exigí, mis ojos examinando a Ivory en busca de cualquier señal de lesión.

Ella negó con la cabeza, sus ojos abiertos pero enfocados. —No, estoy bien. ¿Tú? —Sus palabras eran firmes pero algo no encajaba. Por una fracción de segundo, creí ver que su máscara

cuidadosamente construida se deslizaba. ¿Era eso preocupación?

—Estoy bien —le aseguré, ya mirando alrededor, evaluando la situación.

La iglesia había descendido al pandemonio. Los invitados se apresuraban a buscar cobertura, algunos alcanzando armas ocultas. Divisé a Isaac, con su arma ya desenfundada, cubriendo nuestra posición. Victor Russo, Lucas y sus hombres habían formado un perímetro defensivo, sus espaldas hacia nosotros mientras escaneaban en busca de amenazas.

—¡Marco! —llamó Isaac—. ¡Necesitamos movernos, ahora!

Asentí, ayudando a Ivory a ponerse de pie. —Quédate cerca —ordené, manteniendo mi cuerpo entre ella y la ventana destrozada.

Nos dirigimos hacia la salida lateral, Isaac y algunos de nuestros hombres más confiables formando un círculo protector a nuestro alrededor. Podía oír a Victor Russo ladrando órdenes, sus hombres asegurando el perímetro.

Cuando irrumpimos en la luz del sol, el sonido de las sirenas llenó el aire. Genial. Justo lo que necesitábamos: policías invadiendo todo este lío.

—Traigan el coche —le espeté a uno de nuestros conductores—. Necesitamos salir de aquí.

La mano de Ivory en mi brazo me detuvo. —Marco, espera. Mi familia...

La interrumpí, mi voz más dura de lo que pretendía. —Ellos pueden cuidarse solos. Ahora mismo, nuestra prioridad es ponerte a salvo.

Parecía que quería discutir, pero el chirrido de neumáticos la interrumpió. Nuestro SUV blindado se detuvo, e Isaac abrió la puerta de un tirón.

—¡Adentro! ¡Ahora! —ladró.

Prácticamente empujé a Ivory dentro del vehículo, subiendo tras ella. Isaac saltó al asiento delantero, y nos alejamos de la acera, dejando atrás el caos de la iglesia.

Mientras acelerábamos por las calles de la ciudad, finalmente me permití tomar un respiro. Miré a Ivory, observando su apariencia desaliñada. Su velo estaba torcido, y había un pequeño corte en su mejilla por el vidrio que había volado. Estaba más atractiva, más madura, y en todos los

sentidos de la palabra, era una mujer adulta ahora. Nunca me había parecido más hermosa.

—¿Estás segura de que estás bien? —pregunté, mi voz más suave ahora que estábamos solos, bueno, tan solos como podíamos estar con Isaac y el conductor en la parte delantera del coche.

Ivory asintió, sus ojos encontrándose con los míos.

—Estoy bien —dijo, su voz firme—. Pero necesitamos averiguar quién está detrás de esto. Este no fue un ataque al azar.

No pude evitar sonreír sombríamente. Incluso en medio del caos, su mente estaba trabajando, analizando. Era una de las cosas que siempre había admirado de ella.

—De acuerdo —dije—. Pero primero, necesitamos llegar a un lugar seguro. Luego podemos empezar a unir las piezas.

Mientras la ciudad se desdibujaba tras nuestras ventanas tintadas, me encontré estudiando el perfil de Ivory. No era así como había imaginado comenzar nuestra vida de casados. Pero entonces, nada en esta situación era normal.

Pensé en aquella noche de hace siete años, en la pasión que habíamos compartido, en las promesas que había hecho. Y luego pensé en el micrófono oculto en mi oficina, en los ojos sin vida de Tony Gallo, en la vidriera destrozada.

Nuestro mundo era uno de violencia y traición, de alianzas cambiantes y agendas ocultas. Y ahora, Ivory era parte de todo ello, para bien o para mal. Mi esposa. Mi compañera. Potencialmente mi mayor debilidad, o mi mayor fortaleza.

Mientras entrábamos en el garaje subterráneo de una de nuestras casas de seguridad, hice un juramento silencioso. La protegería, quisiera ella mi protección o no. Descubriría quién estaba detrás de este ataque, y les haría pagar. Y tal vez, solo tal vez, encontraría una manera de derribar los muros que Ivory y yo habíamos construido a nuestro alrededor.

Porque una cosa era segura: nuestra historia estaba lejos de terminar. De hecho, apenas estaba comenzando.

La voz de Isaac interrumpió mis pensamientos. —Hemos llegado, jefe. Está asegurado.

Asentí, volviéndome hacia Ivory. —¿Lista?

Ella me sostuvo la mirada, con la barbilla alzada en desafío. —Siempre.

CAPÍTULO ONCE

IVORY

Los vitrales se hicieron añicos a mi alrededor como mis sueños de libertad. En un momento, era la novia a regañadientes de Marco Caruso; al siguiente, estaba tirada de espaldas, su cuerpo protegiéndome de una lluvia de balas y metralla. Menudo día de boda.

Ahora, horas después, caminaba de un lado a otro en nuestra habitación como una leona enjaulada, mi vestido de novia descartado en una esquina. La mansión Caruso —mi nuevo hogar, o tal vez prisión— estaba inquietantemente silenciosa. Mi mente corría, los pensamientos chocaban como coches en un accidente múltiple. Pensaba en mi familia, en Lily, en el tiroteo, en el maldito chantajista. Era demasiado.

Me encontré con mi reflejo en el espejo ornamentado, apenas reconociendo a la mujer que me devolvía la mirada. Mi cabello cuidadosamente peinado se había soltado, algunos mechones manchados de sangre por un corte que no recordaba haberme hecho. El delicado maquillaje que Elena había aplicado con tanto esmero estaba corrido, dándome un aspecto salvaje y feroz. Bien. Me sentía feroz.

Elena. Mi corazón se encogió. Había desaparecido antes de que Marco y yo intercambiáramos votos. No podía permitir que Lily estuviera con una niñera ni siquiera por una hora. Rezaba para que Elena estuviera con Lily, manteniendo a mi bebé a salvo. Dios, Lily. ¿A qué tipo de vida la había condenado?

Una mirada a mi teléfono no mostraba nuevos mensajes. Había estado en contacto con mi padre y Lucas: todos estaban a salvo, sin heridas graves. Pero la falta de información era enloquecedora. ¿Quién estaba detrás del ataque? ¿Qué significaba para nuestras familias? ¿Para Lily?

Tomé mi teléfono y recordé otra amenaza que había sido neutralizada apenas unos días antes. El recuerdo del mensaje de texto del chantajista aún me provocaba escalofríos.

Cuatro días atrás

Se me heló la sangre. Leí el mensaje de nuevo, mi mente ya analizando cada palabra, cada

implicación. ¿Quién podría haber enviado esto? ¿Cuánto sabían realmente?

Con manos temblorosas, llamé a la única persona en quien sabía que podía confiar implícitamente: Lucas.

—Necesitamos reunirnos —dije en el momento en que contestó—. Ahora.

Para su crédito, Lucas no hizo preguntas. Veinte minutos después, estábamos en su coche, dirigiéndonos a la dirección que el chantajista había enviado en un mensaje de seguimiento.

—Podría ser una trampa —dijo Lucas, con los nudillos blancos sobre el volante.

Asentí, con la mandíbula apretada. —Lo sé. Pero tenemos que correr el riesgo. Si existe la mínima posibilidad de que sepan sobre Lily...

Lucas me miró por el espejo retrovisor con comprensión en sus ojos. —Lo manejaremos, Ivy. Cueste lo que cueste.

El lugar de reunión era un almacén abandonado en las afueras de la ciudad. Mientras nos acercábamos, podía sentir mi corazón latiendo en mi pecho. Pero reprimí el miedo, reemplazándolo con la fría y dura determinación que se había convertido en mi armadura a lo largo de los años.

—Quédate oculto —le indiqué a Lucas cuando salimos del coche—. Déjame atraerlos primero.

Asintió, fundiéndose en las sombras con una facilidad que hablaba de años de práctica en nuestro mundo.

Di un paso al descubierto, mis tacones resonando contra el suelo de hormigón. —¡Estoy aquí! —grité, mi voz firme a pesar de la adrenalina que corría por mis venas—. Muéstrate.

Una figura emergió de detrás de una pila de cajas. Un hombre de estatura media con rasgos poco notables. Podría haber sido cualquiera, lo que lo hacía aún más peligroso.

—Señorita Russo —dijo, con una sonrisa burlona en los labios—. ¿O debería decir, la futura señora Caruso?

Mantuve mi rostro impasible, incluso mientras mi mente corría. ¿Cuánto sabía? ¿Se trataba de Lily, o de algo completamente diferente?

—¿Qué quieres? —exigí, yendo directo al grano.

Se rio, dando un paso más cerca. —Directo al negocio, ya veo. Bueno, empecemos con un millón de dólares. Eso debería mantenerme callado... por ahora.

Casi me reí. ¿Realmente pensaba que sería tan fácil? —¿Y si me niego?

Su sonrisa se ensanchó. —Entonces Marco Caruso se entera de que su radiante novia ha estado ocultando un secreto bastante grande. Me pregunto cómo reaccionaría al saber que tiene una hija.

Se me heló la sangre, pero no lo dejé ver. En su lugar, adopté un tono suplicante, dando un paso hacia él. —Por favor, no lo entiendes. Si esto sale a la luz, podría destruirlo todo. Mi familia, la seguridad de mi hija...

Mientras hablaba, vi una sombra moverse detrás del hombre. Era Lucas, justo a tiempo.

El chantajista estaba tan concentrado en mí, tan seguro de su victoria, que nunca lo vio venir. En un movimiento rápido, Lucas lo tenía en una llave al cuello. El hombre luchó, pero Lucas era más fuerte y hábil. En cuestión de segundos, el chantajista se desplomó inconsciente en sus brazos.

—Buena actuación, hermanita —dijo Lucas, con una sonrisa sombría en su rostro.

Me permití una pequeña sonrisa en respuesta. —Gracias. Ahora, averigüemos quién es y para quién trabaja.

Lo llevamos a una de las "salas de interrogatorio" de nuestra familia: un sótano insonorizado en un edificio sin identificar. Cuando recuperó el conocimiento, atado a una silla, la confianza arrogante había desaparecido de su rostro, reemplazada por un miedo descarnado.

No tardó mucho en quebrarse. Era un delincuente de poca monta que había escuchado una conversación de borrachos en un bar, dirigida por uno de los primos de Elena, con la lengua suelta después de unas copas de más, insinuando un secreto de la familia Russo. El chantajista había hecho algunas averiguaciones, ató cabos, y pensó que podría sacar provecho.

No sabía nada concreto, solo lo suficiente para ser peligroso. Por suerte, había estado trabajando solo, esperando un gran pago.

Una vez que tuvimos toda la información, Lucas "se encargó de él". No pedí detalles. En nuestro

mundo, algunas cosas era mejor dejarlas en paz.

Un golpe en la puerta me sacó de mis pensamientos en espiral. Me tensé, mi mano instintivamente alcanzando la pistola que había atado a mi muslo. Los viejos hábitos tardaban en morir, especialmente en días como este.

—¿Ivory? —Era la voz de Marco, baja y vacilante—. ¿Puedo entrar?

Consideré decirle que se fuera al diablo. Se suponía que esta era mi habitación, mi espacio. Pero los acontecimientos del día me habían sacudido más de lo que me gustaba admitir. —Es tu casa —respondí—. Haz lo que quieras.

La puerta se abrió y allí estaba. Marco Caruso, joder. Mi marido. El pensamiento me revolvió el estómago.

Parecía tan destrozado como yo me sentía, con el esmoquin arrugado y manchado de lo que esperaba no fuera sangre. Sus ojos, esos ojos azul acero que solían hacer que mi corazón adolescente se acelerara, estaban nublados de preocupación y algo más que no lograba identificar.

—¿Estás bien? —preguntó, dando un paso hacia mí.

Retrocedí, manteniendo la distancia entre nosotros. —De maravilla —escupí—. Nada dice "bienvenida a la familia" como un intento de asesinato, ¿verdad?

Marco hizo una mueca. —Ivory, yo...

—Ahórratelo —lo interrumpí—. Solo dime qué está pasando. ¿Mi familia está a salvo?

Asintió, pasándose una mano por el pelo desaliñado. —Están seguros. Tengo hombres vigilándolos las veinticuatro horas. Nadie se acercará a ellos, te lo prometo.

—Tus promesas no significan nada para mí, Marco —dije, las palabras sabían amargas en mi lengua. Pero incluso mientras las decía, una parte traidora de mí recordaba un tiempo en que sus promesas lo significaban todo.

La mandíbula de Marco se tensó, pero no cayó en la provocación. —Tenemos la mansión bajo llave —continuó—. Nadie entra ni sale sin mi autorización. Estás a salvo aquí, Ivory.

Me reí, un sonido áspero y sin humor. —¿A salvo? ¿En la guarida del león? Qué gracioso.

Mientras Marco hablaba, detallando medidas de seguridad y planes de contingencia, me encontré estudiándolo. Siete años lo habían cambiado, endurecido. El encanto juvenil había desaparecido, reemplazado por un filo peligroso que irradiaba poder. Pero a veces, en la forma en que jugueteaba con sus gemelos, en la preocupación que se mostraba en su rostro cuando creía que no lo estaba mirando, captaba vislumbres del Marco que una vez conocí. ¿Estaba el Marco que una vez había amado, y quizás aún amaba, en algún lugar dentro de él?

Aplasté esos pensamientos sin piedad. Ese Marco se había ido, si es que alguna vez había existido. Este hombre, este extraño con una piel familiar, no era de fiar. Tenía que recordar eso. Por el bien de Lily.

—Ivory, ¿estás escuchando? —la voz de Marco cortó mis pensamientos.

—Cada fascinante palabra —dije con sarcasmo, apartándome de él para mirar por la ventana. Los jardines cuidados abajo parecían burlarse de mí con su serenidad.

Un pesado silencio cayó entre nosotros. Podía sentir los ojos de Marco sobre mí. Casi podía oír los engranajes girando en su cabeza mientras intentaba descifrar cómo cerrar el abismo entre nosotros.

Buena suerte con eso.

La tensión se rompió misericordiosamente por el agudo timbre de mi teléfono. Lo agarré, el alivio inundándome al ver el nombre de mi padre en la pantalla.

—¿Papá? —contesté, dándole la espalda a Marco.

—Ivory, gracias a Dios —la voz ronca de mi padre llegó, tensa de preocupación—. ¿Estás bien? ¿Ese bastardo de Caruso te está cuidando?

Miré a Marco, que fingía no estar escuchando a escondidas. —Estoy bien, papá. ¿Qué está pasando? ¿Ya sabemos quién estaba detrás del tiroteo?

Hubo una pausa, cargada de significado. Cuando mi padre habló de nuevo, su voz era sombría.

—Fue una advertencia, Ivy. Del sindicato.

Se me heló la sangre. El sindicato internacional, al que mi familia debía una fortuna. La razón por la que estaba parada en esta habitación, casada con un hombre que amaba y odiaba a la vez.
—¿Qué quieres decir con una advertencia?

—Se están impacientando. El matrimonio... ya no es suficiente. Quieren su dinero, y lo quieren ahora.

—Mierda —respiré, mi mente acelerada—. ¿Qué vamos a hacer?

—Estamos trabajando en ello, cariño. Por ahora, quédate quieta. Mantente a salvo. Deja que tu... deja que Marco se encargue de las cosas por su lado.

La llamada terminó, dejándome sintiéndome más atrapada que nunca. Me volví para encontrar a Marco observándome intensamente, su expresión ilegible.

—¿El sindicato? —preguntó en voz baja.

Asentí, demasiado agotada para mantener la pretensión de fuerza. —No están satisfechos con nuestra alianza matrimonial. Quieren su libra de carne.

El rostro de Marco se endureció, un músculo palpitando en su mandíbula. —Que lo intenten —gruñó—. Aprenderán lo que pasa cuando te metes con los Caruso.

A pesar de mí misma, sentí un atisbo de... algo. No exactamente esperanza, pero tal vez el fantasma de ella. Marco podría ser un bastardo, pero era un bastardo poderoso. Y por ahora, al menos, estábamos del mismo lado.

Mientras Marco sacaba su teléfono, ladrando órdenes para aumentar la seguridad y reunir inteligencia, mi mente se desvió hacia más temprano ese día. Al momento en que me convertí en la Sra. Marco Caruso.

Había caminado por ese pasillo con plomo en el estómago y hielo en las venas. Cada paso se sentía como un clavo en el ataúd de mi libertad, mis sueños, mi propio ser. Los rostros que se volvían para verme pasar eran un borrón de sonrisas falsas y ojos calculadores. Esto no era una boda; era una transacción comercial, sellada con votos en lugar de firmas.

Y allí en el altar, luciendo como el pecado en esmoquin, estaba Marco. Mi amor de la infancia.

Mi primer y bueno... único... amor.

Las palabras del sacerdote me envolvieron, platitudes sin sentido sobre el amor y la devoción que no tenían lugar en nuestro mundo. Cuando llegó el momento de nuestros votos, los recité mecánicamente, cada palabra sabiendo a ceniza en mi boca.

—Yo, Ivory, te tomo a ti, Marco, como mi legítimo esposo...

Mentiras, todo mentiras. Pero mentiras necesarias. Mentiras para proteger a mi familia. Mentiras para proteger a Lily.

El peso del anillo de Marco en mi dedo se sentía como un grillete. Cuando se inclinó para besarme, sellando nuestra farsa de unión, me preparé contra la sacudida eléctrica que me recorrió ante su toque. No significaba nada. No podía significar nada.

Ahora, viendo a Marco pasearse por nuestra habitación, ladrando órdenes en su teléfono, la realidad de mi situación me golpeó de nuevo. Era la Sra. Marco Caruso. Esposa de la mafia. Un peón en un peligroso juego de poder y dinero.

Pero también seguía siendo Ivory Russo. Madre. Superviviente. Y que me condenaran si dejaba que alguien —el sindicato o cualquier otro— me quitara eso.

CAPÍTULO DOCE

MARCO

El persistente olor a pólvora y cristales rotos del ataque del día de la boda se aferraba a mis sentidos mientras recorría la longitud de mi oficina. Joder. Menudo día de boda. Los acontecimientos se repetían en mi mente en un bucle interminable: el disparo, la ventana destrozada, los ojos abiertos de Ivory mientras protegía su cuerpo con el mío.

—¿Jefe? —La voz de Isaac interrumpió mis cavilaciones. Mi mano derecha estaba en la puerta, su rostro normalmente impasible arrugado de preocupación—. Los capitanes están reunidos.

Asentí, cuadrando los hombros. Era hora de ser el don que necesitaban, a la mierda los asuntos personales. —Vamos.

La sala de conferencias quedó en silencio cuando entré, una docena de pares de ojos fijos en mí. Estos hombres habían servido a mi padre lealmente durante años. Ahora era mi turno de demostrar que era digno de su lealtad.

—Caballeros —comencé, mi voz firme a pesar de la tormenta de emociones que se agitaba dentro de mí—. El ataque de ayer fue una declaración de guerra. Hoy, empezamos a contraatacar.

Durante la siguiente hora, estrategizamos. Di órdenes, asigné territorios para vigilar y puse en marcha una compleja red de recopilación de inteligencia. Para cuando la reunión terminó, el imperio Caruso se estaba movilizando para la guerra.

Mientras el último de los capitanes salía, Isaac se quedó atrás. —¿Qué hay de tu esposa? —preguntó en voz baja.

La palabra aún se sentía extraña. Esposa. Ivory. La chica que había amado, la mujer con la que me había casado, la extraña que ahora dormía al final del pasillo.

—¿Qué pasa con ella? —gruñí, sin ganas de tener esta conversación.

Isaac arqueó una ceja. —Ella también es un objetivo ahora, Marco. Y no se está adaptando precisamente bien aquí.

Resoplé. Eso era quedarse corto. Ivory había estado más fría que un invierno siberiano desde que habíamos regresado a la mansión. Cada intento que había hecho por hablar había sido recibido con comentarios cortantes o un silencio pétreo. Su actitud fría, los muros que había construido a su alrededor, no podía culparla, no realmente. La había dejado sin decir una palabra, desaparecido durante años. Pero joder, dolía. Cada mirada helada, cada respuesta cortante, era como una puñalada en el estómago.

—Se adaptará —murmuré, más para convencerme a mí mismo que a Isaac—. Tiene que hacerlo.

Isaac parecía escéptico pero no insistió. Hombre inteligente. —Hay algo más —dijo en su lugar, su tono cambiando a negocios—. Puede que tengamos una pista sobre los tiradores de la boda.

Mi cabeza se levantó de golpe. —¿Dónde?

—Un almacén en el lado este. Uno de nuestros chicos escuchó algo de charla.

Una sonrisa feroz se extendió por mi rostro. Por fin, algo de acción. —Voy a ir. Solo.

Los ojos de Isaac se abrieron. —Jefe, eso no es...

—No era una petición, Isaac —lo corté, mi tono no admitía discusión—. Necesito enviar un mensaje. Esto es personal. —Y era personal. Habían intentado herir a la única mujer que me había importado y los iba a hacer pagar.

Me sostuvo la mirada por un largo momento antes de asentir a regañadientes. —Al menos déjame establecer vigilancia. Si las cosas se ponen feas...

—De acuerdo —concedí—. Pero te quedas atrás. Lo digo en serio, Isaac. Esta es mi pelea.

Una hora después, estaba estacionado a una manzana del objetivo. El almacén se alzaba adelante, una sombra imponente contra el cielo del crepúsculo. Revisé mi arma una última vez, la adrenalina ya corriendo por mis venas.

El almacén estaba en silencio cuando me deslicé dentro. Demasiado silencio. Mis instintos gritaban que algo no andaba bien. Me moví silenciosamente entre las sombras, todos mis sentidos en alerta máxima.

Una tabla del suelo crujió detrás de mí. Me giré, arma en alto, solo para encontrarme mirando el cañón de otra arma.

—Vaya, vaya —se rió una voz áspera—. Mira lo que trajo el gato. El recién nombrado Don Caruso en persona.

Lo reconocí inmediatamente. Luca Ivan, uno de los viejos rivales de mi padre. Un bastardo astuto que había estado intentando meterse en nuestro territorio durante años.

—Ivan —gruñí—. Dejaste que el sindicato te usara. Debí haber sabido que una escoria como tú podía ser fácilmente comprada.

Sonrió, todo dientes y malicia. —Tu viejo lo habría visto venir. Parece que la manzana cayó lejos del árbol, ¿eh?

La mención de mi padre me provocó una sacudida de culpa. El recuerdo de aquella noche, la lucha, el disparo... Lo aparté. No era el momento.

—Cometiste un gran error —dije, mi voz baja y peligrosa—. Venir tras de mí, tras mi familia.

La sonrisa de Ivan se ensanchó. —¿Lo hice? Me parece que tengo la ventaja aquí, chico.

Como si fuera una señal, escuché movimiento a nuestro alrededor. Más hombres de Ivan, sin duda. Estaba superado en número y en armas. Joder.

Pero no iba a caer sin pelear. En un movimiento fluido, me agaché y disparé, tomando a Ivan por sorpresa. La bala rozó su brazo, haciendo que su disparo se desviara.

El infierno se desató.

El tiroteo estalló a mi alrededor mientras me lanzaba a cubrirme detrás de una pila de cajas. Devolví el fuego, mis disparos precisos a pesar del caos. Dos de los hombres de Ivan cayeron antes de que tuviera que recargar.

Una bala pasó silbando junto a mi cabeza, demasiado cerca para mi gusto. Sentí un ardor en la mejilla donde me había rozado. La adrenalina bombeaba por mis venas, amortiguando el dolor.

Capté un movimiento a mi izquierda y giré, disparando dos veces. Otro de los matones de Ivan cayó al suelo, pero no antes de acertar un tiro afortunado.

Un dolor ardiente atravesó mi muslo. Tropecé, sosteniéndome contra la pared. Joder, eso dolía. Pero no había tiempo para pensar en ello. La pelea no había terminado.

Por primera vez en años, un destello de miedo real me atravesó. No por mí. Había hecho las paces con la muerte hace mucho tiempo. Pero ahora... ahora tenía responsabilidades. Una esposa. Un imperio familiar que proteger.

El pensamiento de Ivory, de dejarla sola en este mundo de tiburones y buitres, convirtiéndola en viuda, me dio un impulso de fuerza desesperada. Apreté los dientes contra el dolor y seguí adelante.

Vi a Ivan intentando escapar. *Oh no, no lo harás, bastardo*. Cojeé tras él, ignorando el ardor en mi pierna.

Terminamos en el techo del almacén, la ciudad extendida debajo de nosotros como una alfombra. Ivan estaba acorralado. No había donde correr.

—Se acabó, Ivan —dije, manteniendo mi arma apuntada hacia él—. Llama a tus hombres.

Se rió, un sonido áspero y amargo. —¿Crees que es tan fácil? Estás fuera de tu liga, Caruso. No tienes idea de lo que se avecina.

Antes de que pudiera responder, se abalanzó sobre mí. Forcejeamos, tambaleándonos peligrosamente cerca del borde del techo. Mi pierna herida cedió y, por un momento que me heló el corazón, pensé que ambos íbamos a caer.

Entonces, con un estallido de fuerza que no sabía que me quedaba, me retorcí, estampando a Luca contra el muro bajo que protegía el borde del techo. Sus ojos se abrieron de par en par por la conmoción y el miedo al perder el equilibrio.

Intenté agarrarlo, algún instinto de salvarlo activándose a pesar de todo. Pero era demasiado tarde. Con un grito ahogado, Luca Ivan se desplomó por el borde.

Me quedé allí, jadeando, mientras el sonido de su cuerpo golpeando el pavimento resonaba en la noche. Había terminado. Pero, ¿a qué precio?

El viaje de regreso a la mansión estuvo lleno de dolor y pensamientos acelerados. Las palabras de Ivan resonaban en mi cabeza. —*No tienes idea de lo que se avecina.* ¿Qué mierda significaba eso?

Mientras entraba en el garaje, una ola de agotamiento me golpeó. La adrenalina se estaba disipando, dejando tras de sí un cansancio profundo y el dolor sordo de mis heridas. Tropecé al

salir del coche, teniendo que apoyarme en él para sostenerme.

—¡Jefe! —la voz de Isaac resonó. Debía haber estado esperándome—. Joder, estás sangrando.

Rechacé su preocupación con un gesto.

—Estoy bien. Están todos muertos. Luca Ivan estaba liderando el ataque. Pero esto no ha terminado, Isaac. Algo más grande se avecina.

Asintió con gravedad.

—Vamos a curarte. Luego hablaremos de estrategia.

Pero al entrar en la mansión, vimos una imagen inesperada. Ivory, de pie al pie de la gran escalera, con los ojos abriéndose de par en par al ver mi ropa manchada de sangre.

Por un momento, nos quedamos mirándonos el uno al otro.

—Estás sangrando —dijo ella con voz neutra.

No pude evitar la risa sardónica que se me escapó.

—Nada se te escapa, ¿verdad?

Los ojos de Ivory se estrecharon, y me preparé para otro enfrentamiento verbal. Pero para mi sorpresa, suspiró y se movió a mi lado.

—Vamos —dijo, deslizando un brazo alrededor de mi cintura—. Vamos a limpiarte.

Estaba demasiado cansado para discutir, demasiado aliviado por esta tregua momentánea para cuestionarla. Juntos, subimos las escaleras, su pequeña figura sorprendentemente fuerte mientras soportaba mi peso.

Al entrar en mi dormitorio, capté un aroma de su perfume: flores y vainilla. Despertó recuerdos de tiempos más felices, de besos robados y deseos sucios. Aparté esos pensamientos. Eso fue hace una vida. Ahora éramos personas diferentes.

Ivory me ayudó a llegar a la cama, luego desapareció en el baño. Volvió momentos después con un botiquín de primeros auxilios y un paño húmedo.

—Pantalones fuera —ordenó, toda profesional.

Levanté una ceja hacia ella.

—Un poco atrevida, ¿no crees? Ni siquiera hemos tenido una cita apropiada todavía.

Me lanzó una mirada que podría haber congelado el infierno.

—¿Quieres mi ayuda o no?

Reprendido, me quité torpemente los pantalones arruinados, haciendo una mueca cuando el movimiento tiró de mi herida. El toque de Ivory era clínico mientras limpiaba el corte en mi pierna, pero no pude evitar la forma en que mi cuerpo respondía a su proximidad.

—No es muy profunda —murmuró, más para sí misma que para mí—. Pero necesitarás puntos.

La observé trabajar, maravillándome de la seguridad constante de sus manos. Esta no era la princesa de la mafia mimada que había dejado atrás todos esos años atrás. Esta era una mujer que había aprendido a ser fuerte, a ser autosuficiente.

¿Qué más había cambiado en ella? ¿Qué secretos escondía detrás de esos ojos cautelosos?

Como si sintiera mi escrutinio, Ivory levantó la mirada. Nuestras miradas se encontraron, y por un latido, vi un atisbo de la chica que una vez conocí. La chica que había amado.

Luego el momento pasó, y ella volvió a ser toda eficiencia fría.

—Listo —dijo, pegando un vendaje en su lugar—. Intenta no que te disparen de nuevo. Soy tu esposa, no tu enfermera. Sería terrible si me quedara viuda solo días después de mi boda.

Atrapé su muñeca cuando comenzaba a alejarse.

—Ivory —dije suavemente—. Gracias.

Por un momento, Ivory no se movió. Sus ojos escudriñaron los míos, la máscara deslizándose lo suficiente para que yo viera la emoción cruda debajo. Liberó su mano pero no retrocedió. En cambio, se inclinó más cerca, su aliento cálido contra mi mejilla.

—No me agradezcas todavía —susurró, su voz temblando ligeramente—. Todavía estoy enojada contigo.

—Bien —murmuré, con el corazón latiendo con fuerza—. La ira te sienta bien.

Sus ojos brillaron, y por un latido, pensé que me golpearía. Pero entonces hizo algo mucho más peligroso. Me besó.

Fue un beso feroz y exigente que no dejaba lugar a dudas. Respondí instintivamente, mis manos enredándose en su cabello mientras la acercaba más. Siete largos años habían pasado y, sin embargo, sus labios eran todo lo que recordaba que eran.

Ivory rompió el beso primero, su respiración entrecortada.

—Eres imposible —murmuró, pero sus palabras no tenían verdadero calor.

—Y tú eres exasperante —respondí, mis labios curvándose en una sonrisa—. Pero aquí estamos.

Me empujó contra las almohadas, sus manos luchando con los botones de su camisa. Observé, hipnotizado, mientras se la quitaba, revelando la piel pálida debajo. Su sujetador era de encaje delicado, el suave rosa contrastando bellamente con su piel. Mi respiración se entrecortó cuando alcanzó detrás y lo desabrochó, dejándolo caer. Sus pechos eran perfectos, llenos e invitantes, y tuve que apretar los puños para evitar alcanzarla.

Ivory se montó a horcajadas sobre mis caderas, sus dedos trazando las líneas de mi pecho.

—Esto no significa nada —dijo, su voz inestable—. Es solo... una liberación.

—Lo que tú digas —respondí, mis manos deslizándose por sus muslos—. No pensemos demasiado en ello.

Nuestros labios se encontraron de nuevo, el beso volviéndose más profundo, más urgente. Las manos de Ivory estaban en todas partes, explorando, reclamando, como si no pudiera tener suficiente. Gemí cuando se movió contra mí, la fricción enviando chispas de placer por mi cuerpo.

Ivory se apartó lo suficiente para mirarme a los ojos.

—Bajo ninguna circunstancia hablaremos de esto, ¿de acuerdo? —exigió.

—Sí —dije, con la voz ronca—. Sí, señora.

Eso fue todo el estímulo que necesitó. Se deslizó por mi cuerpo, sus manos tirando hábilmente de la cintura de mis calzoncillos. Sus ojos se abrieron cuando me los quitó, y jadeó suavemente.

—Es más grande de lo que recordaba —murmuró, con asombro y deseo en su voz. Me tomó en sus manos, acariciándome lentamente, enviando escalofríos de placer por mi cuerpo.

—Siete años es mucho tiempo para recordar algo así.

—Tonto —escupió—. Lo medía con mis manos cuando tenías los ojos cerrados —me informó —. Antes llegaba hasta mi muñeca. Ahora, va incluso más allá.

Negué con la cabeza con incredulidad. El recuerdo me invadió. No me gustaba pensar en ello con demasiada frecuencia debido al efecto que siempre tenía en mí. Hace siete años, Ivory y yo éramos la pareja más traviesa. Teníamos sexo oral en todas partes y en cualquier lugar. Los sirvientes de ambas casas debieron habernos pillado al menos cinco veces.

—¿Recuerdas aquella vez en el estudio? —preguntó, su voz trayéndome de vuelta al presente—. Casi tiras ese jarrón antiguo que tu abuelo dejó a la familia.

Me reí al recordarlo. —Lo recuerdo. Llevabas ese vestido blanco y parecías tan inocente. Nadie hubiera imaginado lo que estabas haciendo debajo del escritorio.

Sonrió con picardía, sus manos aún moviéndose en lentas y deliberadas caricias. —Me encantaba verte intentar mantener la compostura mientras te la chupaba. Estabas tan cerca de perder el control.

Se inclinó hacia adelante, su aliento cálido contra mi oído. —¿Sabes cuántas veces me corrí pensando en ti? ¿En nosotros? Cerraba los ojos e imaginaba tus dedos dentro de mí, tu boca en mis pechos.

Su confesión envió una nueva oleada de excitación por mi cuerpo. Alcancé su pecho, acunándolo en mi mano, mi pulgar acariciando su pezón. —Este también es más grande que la última vez — dije, maravillándome ante la transformación de su cuerpo. Mi pulgar rozó su pezón y ella gimió suavemente, su cuerpo arqueándose hacia mi toque.

La mano de Ivory se movió más rápido, su agarre apretándose. La sensación era casi demasiado, y luché por mantener el control. Me incliné hacia adelante, mi boca cerrándose alrededor de su otro pezón, succionando suavemente. Ella jadeó, sus manos vacilando por un momento mientras

el placer la invadía.

Podía oler el tenue aroma de su perfume, mezclado con el embriagador aroma de nuestra excitación. El sabor de su piel era intoxicante, y me encontré perdido en el momento, saboreando cada sonido que hacía, cada temblor que recorría su cuerpo.

La cabeza de Ivory cayó hacia atrás, un suave jadeo escapando de sus labios mientras continuaba mis atenciones. Sus manos se apretaron a mi alrededor, sus caricias volviéndose más erráticas mientras se perdía en la sensación. Me moví de un pecho al otro, prodigando atención a cada uno, mis manos y boca trabajando en tándem para volverla loca.

Su aroma llenaba mis sentidos, su perfume floral y de vainilla del que quería más. Era embriagador, aumentando mi excitación con cada respiración. Los sonidos que hacía, los suaves jadeos y gemidos, solo avivaban el fuego que ardía entre nosotros.

La mano libre de Ivory se deslizó en mi cabello, sus dedos enredándose en los mechones mientras me mantenía cerca. Su toque era insistente, su necesidad evidente en cada movimiento. Podía sentirla temblar, la tensión acumulándose en su cuerpo, y eso solo me impulsaba más.

Sus respiraciones se volvieron cortas y entrecortadas mientras continuaba provocando sus pechos con mi boca, mis manos explorando cada centímetro de ella. Podía sentir su calor, la humedad resbaladiza entre sus piernas presionándose contra mí, y me volvía loco de deseo.

Ivory se puso de pie brevemente, enganchando sus pulgares en la cintura de su ropa interior y deslizándola por sus piernas. Se paró frente a mí, gloriosamente desnuda, y mi respiración se entrecortó ante la vista de su centro afeitado y brillante.

Se posicionó sobre mí, y no pude evitar bromear: —No esperaba que nuestra primera vez después de la boda fuera conmigo inmóvil y herido.

Sonrió con picardía, sus ojos brillando con desafío. —No tienes que hacer ningún trabajo. Soy capaz de montar a un hombre hasta que se corra. ¿Has olvidado que fuiste tú quien me enseñó a hacerlo?

—Bueno, en teoría —respondí, mi voz ronca de necesidad—. Nunca tuvimos realmente mucha oportunidad de practicarlo.

—Sí, porque te fuiste a Moscú después de nuestra primera noche juntos... —comenzó a decir.

—Shhh —la interrumpí, mis manos agarrando sus caderas mientras se hundía lentamente sobre mí. La sensación de su calor apretado y húmedo envolviéndome era casi demasiado para soportar. Jadeé, mi agarre apretándose mientras ella comenzaba a moverse.

—No arruinemos el momento. Ahora, solo somos nosotros.

Ivory comenzó a montarme, sus movimientos lentos y deliberados. Mi miembro se deslizaba dentro y fuera de ella, cada embestida enviando oleadas de placer por mi cuerpo. Mi mano se movió hacia su clítoris, acariciándolo al ritmo de sus movimientos. Sus respiraciones eran entrecortadas, mezclándose con las mías en el espacio íntimo.

—¿Alguna vez dejaste de pensar en mí? —preguntó, su voz entrecortada y llena de anhelo mientras se movía.

Detuve mi asalto a su clítoris y acuné su rostro, obligándola a mirarme. —Nunca —dije, mi voz cargada de emoción—. Nunca he dejado de hacerlo.

Se inclinó, capturando mis labios en un beso abrasador. —Entonces demuéstramelo —susurró contra mi boca, sus caderas aumentando el ritmo. Con sus palabras, todo el control que tenía se desvaneció mientras igualaba su ritmo con embestidas profundas y fuertes.

Nuestra conversación continuó en tonos bajos, nuestros cuerpos moviéndose en perfecta sincronía. —Ivory —murmuré, mis manos recorriendo sus costados, sintiendo el temblor de sus músculos bajo mi toque—. Te sientes increíble.

—Marco —jadeó, sus movimientos volviéndose más urgentes—. Eres... eres perfecto.

Podía sentir sus paredes apretándose a mi alrededor, su clímax construyéndose. Mi propio orgasmo era inminente, y luché por aguantar, para hacer que esto durara.

—Ivory —gemí—. Estoy cerca.

—Yo también —susurró, su cuerpo temblando—. Solo un poco más.

Con una última e intensa embestida, ambos caímos al abismo. El clímax fue como una ola estrellándose sobre nosotros, dejándonos a ambos temblando y agotados. Ivory se derrumbó contra mi pecho, su aliento caliente contra mi piel. La abracé fuerte. Mi lesión quedó olvidada mientras mis dedos trazaban círculos perezosos en su espalda.

—Sigues siendo imposible —murmuró, su voz amortiguada por mi hombro.

—Y tú sigues siendo exasperante —respondí, una sonrisa tirando de mis labios—. Pero tal vez eso sea lo que haga que este matrimonio funcione.

Levantó la cabeza, sus ojos suavizándose mientras me miraba. —Tal vez —dijo, sus dedos apartando un mechón de cabello de mi frente—. Pero no te acostumbres. Esto no cambia nada.

—Por supuesto que no —asentí, sabiendo perfectamente que todo había cambiado.

CAPÍTULO TRECE

IVORY

Los primeros rayos del amanecer se colaban por las pesadas cortinas, bañando la figura dormida de Marco con una suave luz dorada. Yo yacía a su lado, completamente despierta, con la mente hecha un torbellino de emociones contradictorias. ¿Cómo había llegado hasta aquí? Estaba en la cama con el hombre que había jurado odiar, el padre de mi hijo secreto, y ahora, mi nuevo esposo.

La última vez que estuve con un hombre fue hace cuatro años cuando Elena me sugirió que saliera con otras personas. Esto fue porque, en sus palabras, "No vas a estar sola para siempre".

Su nombre era Hank, y tuvimos sexo en la segunda cita. Fue terrible en todos los sentidos. Fue tan malo que juré mantenerme célibe hasta encontrar a la persona adecuada. Lo que no sabía era que mi cuerpo anhelaba a su primer amor. Mi cuerpo simplemente sabía que Marco era el único que podía llenarme.

Nuestra noche juntos demostró que Marco era la pieza que faltaba. Aun así, todavía no podía creer que hubiera bajado la guardia, que hubiera dejado ganar a esos pensamientos intrusivos. Que hubiera dejado entrar a Marco. Los recuerdos de la noche anterior inundaron mi mente, enviando una oleada de calor a mis mejillas. Su tacto, su beso, la forma en que me había mirado como si fuera la única mujer en el mundo. Había sido embriagador, una droga que me había estado negando durante siete largos años.

Mis ojos recorrieron las líneas de su cuerpo, notando los cambios que el tiempo había provocado. Nuevas cicatrices, músculos más definidos y... ¿era eso un tatuaje? Me incliné más cerca, con cuidado de no despertarlo. Allí, a lo largo de sus costillas, había palabras que no recordaba de antes y que definitivamente no había notado la noche anterior. Italiano, en una elegante caligrafía. *"L'amore perso non torna mai."*

El amor perdido nunca regresa.

La ironía no me pasó desapercibida. Suspiré, pasando un dedo por mis propias costillas donde se ocultaba mi primer tatuaje. Una pequeña luna creciente, para hacer juego con el tatuaje del sol de Lucas, grabado en mi piel en mi decimosexto cumpleaños.

Ahora, a los veintiséis años, mi cuerpo era un lienzo de recuerdos. La delicada enredadera que rodeaba mi tobillo, la constelación en mi omóplato, la cita con la caligrafía de mi madre a lo largo de mi columna vertebral. Cada uno contando una historia, cada uno reflejando una parte de mí.

Recordé a Marco a los veintiséis años, su piel inmaculada excepto por el escudo de la familia Caruso en su pecho. En aquel entonces, bromeaba diciendo que los tatuajes eran demasiado permanentes para un hombre que vivía al límite. ¿Qué había cambiado? ¿A quién había perdido?

Estos pensamientos eran peligrosos. No podía permitirme humanizar a Marco, verlo como algo más que una alianza necesaria. Pero mientras lo observaba dormir, con el rostro relajado y vulnerable, sentí que los muros que había construido alrededor de mi corazón comenzaban a desmoronarse.

Sabía que las cosas no podían ser iguales. No podía seguir fingiendo que lo odiaba, no después de lo que habíamos compartido. La pasión, la conexión, todo seguía ahí, enterrado bajo años de dolor y desconfianza. Pero ¿cómo podía dejarlo entrar cuando aún guardaba un secreto tan enorme?

Lily. Mi hermosa e inocente hija. El pensamiento de ella me provocó una punzada en el pecho. Ella merecía algo mejor que esta vida de secretos y peligros. Tenía que protegerla, sin importar el costo para mi propia felicidad.

Como si fuera invocado por mis pensamientos, mi teléfono vibró en la mesita de noche. Me liberé cuidadosamente del enredo de sábanas, caminando silenciosamente para recogerlo. Dos mensajes parpadeaban en la pantalla, acelerando mi corazón.

—*¡He estado intentando contactarte en tu teléfono desechable! ¿Lo perdiste?*

Seguido inmediatamente por: —*Lily te está pidiendo. Desde hace días.*

El pánico me atenazó la garganta. Miré a Marco, todavía dormido pacíficamente, y luego me deslicé al baño, cerrando la puerta con un suave clic. Mis manos temblaban mientras marcaba el número de Elena, presionando el teléfono contra mi oreja.

—Vamos, vamos —susurré, deseando que contestara.

—¿Ivory? —La voz de Elena sonó, teñida de preocupación—. Gracias a Dios. He estado

intentando contactarte toda la noche.

—Lo siento —respiré, manteniendo la voz baja—. Las cosas han sido... complicadas. ¿Cómo está Lily? ¿Está bien?

—Está bien, solo te extraña. Anoche tuvo una pesadilla y no paraba de pedir a su mamá. —Elena hizo una pausa, y pude escuchar la pregunta no formulada en su silencio.

—Intentaré visitarla pronto —prometí, con el corazón dolorido—. Solo necesito averiguar cómo...

La puerta del baño se abrió, y casi salté de mi piel. Marco estaba en la entrada, con el pelo revuelto por el sueño, los ojos agudos e inquisitivos.

—¿Todo bien? —preguntó, con la voz ronca.

Terminé la llamada abruptamente, forzando una sonrisa que se sintió más como una mueca. —Solo estaba llamando a un amigo —mentí, mi mente corriendo para encontrar una explicación plausible.

Los ojos de Marco se entrecerraron ligeramente. —¿Elena? —preguntó, con la voz baja y áspera por el sueño.

—Oh, no —dije rápidamente, quizás demasiado rápido—. Alex. ¿Recuerdas al chico de la cafetería de la universidad?

Observé el rostro de Marco, notando la ligera tensión alrededor de sus ojos. Tal vez sabía que estaba mintiendo y tal vez no, pero entonces la realización de que tenía que proteger a Lily me golpeó, y cambié de estrategia, dejando que la irritación se filtrara en mi voz.

—Espera, ¿por qué me estás haciendo preguntas? Solo porque tuvimos... un momento... no te da derecho a cuestionar lo que hago y con quién hablo por teléfono.

—No pretendía entrometerme. Solo me preocupé cuando desperté y no estabas allí.

La genuina preocupación en su voz me tomó por sorpresa. Por un momento, vi un atisbo del Marco que solía conocer, el que se preocupaba profundamente, el que llevaba el corazón en la mano.

Estaba a punto de pasar junto a él cuando mis ojos se posaron en el vendaje de su pierna, una pequeña mancha roja empapando la gasa blanca. Los eventos de la noche anterior antes del asombroso sexo volvieron a mi mente: la herida, la sangre, mis manos temblando mientras limpiaba su herida.

—Tu pierna —dije, con la voz más suave de lo que pretendía—. No deberías estar de pie.

Marco miró hacia abajo, como si se hubiera olvidado de la herida.

—Está bien. He tenido peores.

Puse los ojos en blanco, la exasperación reemplazando mi irritación anterior.

—Siéntate —ordené, señalando la tapa del inodoro—. Necesito cambiar ese vendaje.

Por un momento, Marco pareció que iba a discutir, pero luego cojeó hasta el inodoro y se sentó con un gemido apenas reprimido. Me ocupé de reunir vendas frescas y antiséptico, aprovechando el momento para recomponerme. Aun así, en mi cabeza, pensaba en todas las formas posibles de irme y estar con Lily, aunque fuera por unas horas, sin levantar sospechas.

Mientras me arrodillaba a su lado y comenzaba a quitar suavemente el vendaje viejo, podía sentir sus ojos sobre mí. La intensidad de su mirada hacía que mis manos temblaran ligeramente.

—Esto puede arder —advertí mientras limpiaba la herida. Marco no se inmutó, pero vi cómo apretaba la mandíbula.

—Tienes que tener más cuidado —murmuré, concentrándome en volver a vendar su pierna—. No siempre estaré por aquí para curarte.

—¿No lo estarás? —preguntó Marco suavemente, posando su mano sobre la mía.

Me detuve, con el corazón acelerado por su contacto.

—Ya está —dije, asegurando el vendaje e ignorando su pregunta—. Intenta no recibir otro disparo. Soy tu esposa, no tu enfermera.

—Gracias —dijo él.

—De nada —respondí.

Cuando me levanté para irme, Marco me agarró la muñeca. En dos zancadas largas, estaba de pie, con sus manos descansando en mi cintura. El contacto envió electricidad por todo mi cuerpo, trayendo recuerdos de la noche anterior a mi mente.

—Ivory —murmuró, su aliento cálido contra mi piel—. Sobre anoche...

Sabía que debía apartarme, mantener la fachada de indiferencia que tanto me había costado construir. Pero cuando los labios de Marco encontraron los míos, todos los pensamientos de resistencia se desvanecieron. Me perdí en su beso, en el calor de su abrazo, en la ilusión de que tal vez, solo tal vez, podríamos volver a lo que una vez tuvimos.

Cuando finalmente nos separamos, ambos sin aliento, la realidad volvió de golpe. Di un paso atrás, rodeándome con mis brazos como si pudiera mantener físicamente unidas las piezas de mi corazón fracturado.

—Esto no cambia nada —dije, odiando lo poco convincente que sonaba incluso para mis propios oídos.

—Lo que tú quieras, Ivory —dijo él con un tono despreocupado que hizo que mi corazón se revolviera—. Lo que tú quieras.

Me di la vuelta, incapaz de soportar el peso de su mirada.

—Deberíamos prepararnos —dije, cambiando de tema—. Seguro que tienes un día ocupado por delante.

Podía sentir la vacilación de Marco, su deseo de insistir en el tema. Pero después de un momento, suspiró.

—Tienes razón. Tengo algunos asuntos que atender. ¿Me acompañarás a desayunar primero?

La normalidad de la pregunta me desconcertó. Desayunar con mi marido. Sonaba tan ordinario, tan doméstico. Nada parecido a la vida que había imaginado para mí. Pero me encontré asintiendo, a pesar de mi buen juicio.

Mientras nos dirigíamos al comedor, no pude evitar sentirme abrumada por una avalancha de recuerdos. La mansión Caruso no era solo una muestra de opulencia y poder; era una bóveda de secretos que había intentado desesperadamente olvidar.

Había pasado incontables horas aquí mientras crecía, sin imaginar jamás que un día saldría de la habitación principal con Marco como su esposa.

Cada rincón de la mansión guardaba un pedazo de mi historia con Marco. Habíamos sido salvajes e imprudentes, encontrando lugares apartados para robarnos besos y tocarnos por todas partes. Los muebles antiguos, las obras de arte invaluables, todos habían sido testigos de nuestras indiscreciones.

Pero no era nada comparado con lo que habíamos compartido anoche. Mi mente volvió a lo que había pasado. Cómo me había dejado llevar por la lujuria y había condenado todas las consecuencias solo para probar un poco de él. Me pregunto cómo se sentiría Lucas si se lo dijera. Él había llegado a odiar a Marco con los años mientras yo fingía estar de acuerdo con él. Lucas se sentiría decepcionado. No, nunca debe saberlo.

El personal se movía silenciosamente a nuestro alrededor, preparando un festín digno de la realeza. El aroma del café recién hecho flotaba en el aire. Sorbí mi café, observando a Marco por encima del borde de mi taza. Estaba leyendo algo en su tableta, con el ceño fruncido en concentración. Por un momento, se sintió casi normal, como cualquier otra mañana.

La mirada de Marco se levantó de su dispositivo, fijándose en la mía, y por primera vez, me sorprendió darme cuenta de cuánto se parecía Lily a él. Él nunca debe enterarse de ella. Una mirada a Lily y descubriría la verdad, sin necesidad de explicaciones. Necesitaba ver a Lily, abrazarla y asegurarme de que estuviera a salvo. ¿Cómo podría escabullirme sin levantar más sospechas?

—¿Recuerdas aquella vez que nos escabullimos aquí en medio de la noche? —la voz de Marco cortó mis pensamientos en espiral, de repente, con un toque de picardía en su tono—. Justo allí, junto a la chimenea.

El calor subió a mis mejillas mientras el recuerdo volvía. Habíamos sido tan imprudentes, impulsados por una necesidad que se sentía abrumadora.

—Marco —comencé, luchando por mantener mi voz firme—, eso fue hace toda una vida.

—Tal vez —dijo, inclinándose más cerca, bajando su voz a un susurro conspiratorio—. Pero no he olvidado ni un solo detalle. ¿Qué dices si recreamos ese momento? Por los viejos tiempos.

Lo miré fijamente, con la boca ligeramente abierta. Momentáneamente me sorprendió su

atrevimiento.

—¿Estás loco? —siseé, con un tono más áspero de lo que pretendía—. Las cosas son diferentes ahora. Nosotros somos diferentes.

Marco se rio, un sonido genuino y cordial que pareció iluminar la habitación. Era un raro momento de emoción real de su parte, y hizo que mi corazón se acelerara a pesar de mí misma.

—Solo quería ver esa expresión en tu cara —dijo, con los ojos brillantes—. Es bueno saber que algunas cosas nunca cambian.

El jugueteo hizo poco para aliviar el nudo de ansiedad en mi estómago. Todavía estaba desesperada por ver a Lily, por asegurarme de que estuviera a salvo. Como madre, mi preocupación por ella era una presencia constante y corrosiva. Sin embargo, tenía que fingir que todo estaba bien, mantener esta frágil fachada que habíamos construido.

El teléfono de Marco sonó, rompiendo nuestro momento de alegría. Su expresión se endureció mientras escuchaba al interlocutor, y mi corazón comenzó a acelerarse. ¿Y ahora qué? ¿Qué nueva amenaza se cernía en el horizonte?

Cuando terminó la llamada, sus ojos estaban fríos y calculadores mientras se fijaban en mí.

—¿Te importaría explicar —dijo— por qué alguien ha estado haciendo preguntas sobre ti por la ciudad?

Se me cayó el alma a los pies. Abrí la boca para responder, pero no salieron palabras. ¿Cuánto sabía él? ¿Cuánto podía revelar sin poner a Lily en peligro?

CAPÍTULO CATORCE

MARCO

El sol de la mañana se filtraba a través de las pesadas cortinas de mi despacho en casa, proyectando largas sombras sobre el pulido escritorio de caoba. Me senté allí, con los dedos entrelazados bajo la barbilla, perdido en mis pensamientos. Los acontecimientos de los últimos días se repetían en bucle en mi mente, como una película que no podía apagar.

No había querido contarle los detalles de la llamada telefónica, pero ella había insistido hasta que los compartí.

La explicación de Ivory resonaba en mi cabeza cuando le conté el resumen de la llamada.

—Soy la hija de un señor de la mafia que finge ser un hombre de negocios y político —había dicho, con voz firme pero evitando mi mirada—. También soy la recién casada esposa de otro señor de la mafia. Mi familia tenía una enorme deuda que ahora ha sido saldada con tu ayuda. ¿Y quién sabe a qué princesa de la mafia puede haber enfadado mi hermano mujeriego ahora? Podría ser cualquiera de esas razones.

Era una explicación perfectamente razonable. Quizás demasiado razonable. Casi podía ver los muros que había construido a su alrededor, manteniéndome a distancia aunque compartiéramos el mismo apellido. Tenía la fuerte sensación de que había algo más, algo que estaba ocultando.

Alcancé el vaso de whisky sobre mi escritorio, haciendo girar el líquido antes de dar un sorbo. El ardor en mi garganta era una distracción bienvenida del tumulto en mi cabeza. ¿Me estaba engañando Ivory? El pensamiento envió una oleada de ira por mis venas, mi mano libre cerrándose en un puño.

Pero no, eso no parecía correcto. Había visto cómo me miraba cuando creía que no la observaba. El calor en sus ojos, el ligero separar de sus labios. No, esto era algo más. Algo más grande.

Un golpe en la puerta interrumpió mis cavilaciones.

—Adelante —dije, enderezándome en mi silla.

Isaac entró, con el rostro sombrío.

—Bien, ¿cuáles son los detalles completos? ¿Qué tipo de preguntas están haciendo sobre mi esposa?

—Principalmente quieren saber sobre su rutina diaria. Adónde va, con quién se reúne. Nada demasiado específico, pero lo suficiente para levantar sospechas. Simplemente parecen estar muy interesados en su rutina diaria.

Me levanté, paseando por la habitación. Esto era lo último que necesitábamos ahora mismo.

—¿Alguna pista sobre quién está detrás?

Isaac negó con la cabeza.

—Aún no. Podría ser el sindicato al que tu suegro le debe dinero. O tal vez alguien con rencor contra los Russo.

—O podría ser algo completamente distinto —murmuré, más para mí que para Isaac.

—¿Jefe?

Lo descarté con un gesto.

—Olvídalo. Duplica nuestra vigilancia sobre Ivory. Quiero saber cada movimiento que haga, cada persona con la que hable. Pero mantenlo sutil. No quiero que se asuste.

Isaac asintió, un destello de preocupación cruzando su rostro.

—Marco, ¿estás seguro de que esto es necesario? Después de todo, es tu esposa.

Le lancé una mirada dura.

—También está ocultando algo, Isaac. Y en nuestro mundo, los secretos matan a la gente.

No discutió más.

—Avísame si está ocultando algo. Si encuentras algo anormal, infórmame.

—Por supuesto, jefe —dijo y salió de la habitación. Cuando la puerta se cerró tras él, me hundí de nuevo en mi silla y me froté las sienes, preguntándome cuántos problemas podría tener ella.

De repente, el recuerdo de nuestra apasionada noche juntos cruzó por mi mente, enviando una oleada de calor por mi cuerpo. Ivory, con la piel sonrojada y brillante de sudor, la cabeza echada hacia atrás en éxtasis mientras me cabalgaba. Por un momento, todas las barreras entre nosotros se habían derrumbado, dejando solo una necesidad cruda y primitiva.

Pero al llegar la mañana, esos muros estaban de vuelta, más altos y gruesos que nunca.

Sacudí la cabeza, tratando de aclarar mis pensamientos. No podía dejar que mi deseo por Ivory nublara mi juicio. Había demasiado en juego.

El resto del día transcurrió con reuniones y llamadas telefónicas. Seguí con la rutina, con la mente siempre medio centrada en el misterio que rodeaba a mi esposa. Cuando llegó la noche, no estaba más cerca de las respuestas.

Mientras subía las escaleras, casi choqué con Angelo.

—Marco, muchacho —dijo Angelo, con voz cálida pero ojos afilados—. No esperaba verte merodeando a estas horas.

Me molestó su elección de palabras.

—No estaba merodeando, Angelo. Esta es mi casa, ¿recuerdas? —Empezaba a irritarme lo fácilmente que Angelo podía acceder a mi hogar y espacio personal. Sin embargo, no podía mostrar mi desagrado. Usando un tono más casual, añadí—: Has vuelto pronto. Pensé que estarías fuera al menos un mes.

Las cejas de Angelo se elevaron ligeramente.

—Ah, sí. Bueno, una semana en el Mediterráneo fue... suficiente. —Hizo una pausa, estudiándome—. Agradezco que insistieras en que me tomara un tiempo libre, Marco, pero no podía estar lejos por mucho tiempo. No con todo lo que ha pasado.

Asentí, tratando de ocultar mi inquietud por su inesperado regreso.

—Por supuesto. Solo pensé que podrías necesitar más tiempo para... procesar. —Hice un gesto vago, como si eso lo explicara todo—. ¿Qué tal el viaje? ¿Al menos lo disfrutaste?

—Fue hermoso como siempre —respondió Angelo, su rostro suavizándose ligeramente—. El sol, el mar... fue una distracción bienvenida. Pero mi mente seguía vagando de vuelta aquí. —Su

mirada se agudizó de nuevo—. A asuntos pendientes.

Sentí un escalofrío recorrer mi espalda, pero mantuve la compostura.

—Entiendo. Ha sido difícil para todos nosotros.

—En efecto —dijo Angelo, con tono mesurado—. Lo que me lleva a mi siguiente pregunta. ¿Cómo han progresado las cosas aquí? ¿Algún avance en la investigación sobre la muerte de tu padre?

La pregunta, aunque esperada, aún me golpeó como un puñetazo en el estómago. La culpa y el miedo luchaban dentro de mí al recordar aquella noche: la pelea con mi padre, el disparo de la pistola. Lo había matado, accidente o no, y ahora estaba trabajando activamente para encubrirlo.

Tomé una profunda respiración, ganando un momento para estabilizar mi voz.

—Nada concreto aún —dije, esforzándome por un tono de frustración teñido de determinación —. Pero estamos siguiendo cada pista, por pequeña que sea.

Los ojos de Angelo se estrecharon ligeramente, su mirada taladrándome.

—¿Es así? Porque si no te conociera mejor, diría que la investigación parece haberse estancado bastante convenientemente.

La acusación quedó suspendida en el aire entre nosotros. Sentí mi temperamento estallar, mezclando ira genuina con miedo. Mis manos se cerraron en puños a mis costados mientras daba un paso hacia Angelo.

—Esa es una acusación muy seria —gruñí, dejando que se mostraran algunas de mis emociones reales—. Era mi padre, Angelo. Compartíamos la misma sangre. ¡Quiero encontrar al responsable más que nadie!

Angelo mantuvo mi mirada durante un largo y tenso momento antes de asentir lentamente.

—Está bien, Marco —dijo, su tono dejando claro que no estaba del todo convencido—. Espero que tengas razón. Sigue investigando. Ambos sabemos que tu padre merece justicia.

Mientras Angelo se alejaba, me apoyé contra la pared, con el corazón acelerado. Por un breve y aterrador momento, consideré tomar medidas más drásticas para asegurar el silencio de Angelo.

Pero aparté ese pensamiento tan rápido como había llegado. No, no podía ir por ese camino. No podía permitirme más ojos sobre mí ahora. Especialmente los de los ancianos Caruso.

Regresé a mi oficina, necesitando otro trago de mi botella favorita, que guardaba allí. El whisky me quemó al bajar, pero hizo poco para calmar mis nervios. Estaba caminando sobre una cuerda floja, haciendo malabares con más secretos y mentiras de lo que jamás hubiera creído posible. La muerte de mi padre, el misterioso comportamiento de Ivory, la amenaza inminente de familias rivales.

Esta era la vida para la que había nacido, el destino para el que me habían preparado desde la infancia. Pero en ese momento, me encontré anhelando algo más simple. Una vida sin secretos ni violencia, donde pudiera ser simplemente un hombre enamorado de su esposa.

Pero esa no era mi realidad. Yo era Don Marco Caruso, y tenía una familia que proteger, un imperio que dirigir. Después de un rato, subí las escaleras, listo para dar por terminado el día, esta vez definitivamente. Oí la ducha corriendo en la habitación de Ivory. Perfecto. ¿Y si me unía a ella allí?

Entré en la habitación silenciosamente, mis ojos inmediatamente atraídos por el escritorio de Ivory. Estaba ordenado y organizado, muy parecido a la mujer misma. Con cada paso que daba hacia el baño, luchaba con mi conciencia. Esto era una invasión de la privacidad, una violación de la confianza. Pero entonces, ¿no era exactamente eso lo que Ivory estaba haciendo al guardar secretos?

Decisión tomada, me moví rápidamente hacia el escritorio, abriendo cajones y revolviendo papeles. Nada fuera de lo común. Justo cuando estaba a punto de rendirme, mi mano rozó algo escondido en la parte trasera del cajón inferior.

Lo saqué, con la respiración entrecortada. Era el dibujo de un niño, todo figuras de palitos y colores brillantes. Pero fue la palabra garabateada sobre una de las figuras lo que me heló la sangre.

"Mami".

Mi mente daba vueltas, las posibilidades se descontrolaban. ¿Podría Ivory tener un hijo? ¿Una hija o un hijo secreto, oculto del mundo? ¿De mí?

El sonido de la ducha apagándose me devolvió a la realidad. Maldiciendo entre dientes,

rápidamente volví a colocar el dibujo y cerré el cajón. Acababa de enderezarme cuando escuché la voz de Ivory detrás de mí.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Me giré lentamente, componiendo mis facciones en una máscara de indiferencia casual. Ivory estaba de pie en la puerta, envuelta en una toalla, con el pelo mojado pegado a sus hombros. Sus ojos estaban entrecerrados con sospecha, su cuerpo tenso.

—Vivo aquí, ¿recuerdas? —dije, inyectando una nota de humor en mi voz—. ¿O acaso olvidaste que ahora estamos casados?

Ivory no sonrió. —Eso no es lo que quise decir, y lo sabes. ¿Por qué estás en mi escritorio?

Me encogí de hombros, moviéndome hacia ella con deliberada naturalidad. —Estaba buscando un bolígrafo. Pensé que podrías tener uno que pudiera pedir prestado.

—¿En el cajón inferior?

Mierda. Era observadora, tenía que reconocerlo. —Qué puedo decir, soy minucioso.

Los ojos de Ivory escrutaron los míos, y por un momento, pensé que podría desenmascarar mi mentira. Pero entonces suspiró, sus hombros hundiéndose ligeramente. —Como sea. Solo... pregunta la próxima vez, ¿de acuerdo?

Asentí, extendiendo la mano para colocar un mechón de pelo mojado detrás de su oreja. Se estremeció casi imperceptiblemente ante mi toque, pero no se resistió. ¿Cuándo nos habíamos vuelto tan distantes? Incluso con nuestro difícil comienzo, pensé que estábamos progresando.

—Ivory —dije suavemente, mi mano demorándose en su mejilla—. Sabes que puedes confiar en mí, ¿verdad? Sea lo que sea que esté pasando, lo que sea que estés enfrentando... estoy aquí.

—Lo sé —dijo, apartándose de mí—. Estoy bien, Marco. De verdad.

La observé mientras se dirigía a su armario, la conversación claramente terminada. La frustración burbujeaba dentro de mí, amenazando con desbordarse. Quería confrontarla, exigirle respuestas sobre el dibujo, sobre su comportamiento secreto. Pero sabía que presionar demasiado solo la haría retroceder más.

No, necesitaba ser inteligente en esto. Paciente. Descubriría los secretos de Ivory, de una forma u otra. Y cuando lo hiciera... bueno, cruzaría ese puente cuando llegara a él.

CAPÍTULO QUINCE

IVORY

Me senté al borde de la cama, mis dedos trazando los intrincados patrones en las sábanas de seda. Mi mente divagó hacia la noche anterior, al momento en que sorprendí a Marco en mi escritorio. Su excusa de buscar un bolígrafo había sido débil en el mejor de los casos, y la culpa en sus ojos había sido imposible de pasar por alto. Sabía, con una certeza desalentadora, que había visto el dibujo de Lily. El pensamiento me provocó un escalofrío por la espalda. ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que uniera todas las piezas?

Alcancé mi teléfono, revisándolo por lo que parecía ser la centésima vez esa mañana. Un mensaje de Elena iluminó la pantalla. —La fiebre de Lily ha desaparecido hace unos días. Está preguntando por ti.

Elena me había informado sobre su fiebre hace aproximadamente una semana. Ahora, habían pasado dos semanas y todavía no había tenido la oportunidad de verla. Mi corazón se encogió. Casi podía escuchar la voz de mi hija y ver sus ojos brillantes mirándome. El anhelo de abrazarla, de acariciar su cabello y besar su frente, era casi físico. Pero aquí estaba yo, atrapada, interpretando el papel de la esposa perfecta de la mafia mientras mi pequeña se preguntaba por qué su madre no la había visitado en más de una semana, como si no fuera ya bastante malo que no viviéramos en la misma casa.

Me levanté, caminando de un lado a otro de la habitación. Necesitaba salir, ver a Lily, aunque fuera solo por un momento. Pero ¿cómo? Las sospechas de Marco ya estaban despertadas, y sabía que estaría vigilando cada uno de mis movimientos.

Mientras vagaba por los pasillos de la mansión Caruso, cada paso se sentía más pesado que el anterior. Los grandes corredores, adornados con pinturas invaluables y jarrones antiguos, se sentían más como una prisión que un hogar. Pasé mi mano por el frío mármol de una columna cercana, intentando anclarme en el momento presente.

Me encontré en el jardín, la fragancia de las rosas en flor hacía poco para calmar mis nervios. El césped perfectamente cuidado se extendía ante mí. Era hermoso, pero no estaba de humor para admirar la naturaleza. Me senté en un banco de piedra, cerrando los ojos y respirando profundamente.

Un plan comenzó a formarse en mi mente. Era arriesgado, quizás incluso imprudente, pero el pensamiento de ver a Lily me dio coraje. Tomé una respiración profunda, tranquilizándome, y volví adentro.

Encontré a Marco en su estudio, inclinado sobre una pila de papeles. Levantó la mirada cuando entré, sus ojos cautos. —Ivory —dijo, su voz cuidadosamente neutral—. ¿Qué puedo hacer por ti?

Forcé una sonrisa, esperando que pareciera natural. —Necesito volver a casa —dije, la mentira saliendo de mi boca con sorprendente facilidad—. Hay algunas cosas personales que necesito recuperar. Mi padre me va a recoger.

Tenía que usar a Papá. Lucas estaba fuera de la ciudad.

Los ojos de Marco se estrecharon ligeramente, y por un momento que me paralizó el corazón, pensé que vería a través de mí. Pero luego asintió, su expresión suavizándose. —Por supuesto —dijo—. Solo asegúrate de llevar a uno de los guardias contigo.

Asentí, el alivio inundándome. —Gracias —dije, girándome para irme.

Una vez que estuve fuera del alcance de su oído, saqué mi teléfono y marqué el número de mi padre. Contestó al segundo timbre. —¿Ivory? ¿Está todo bien?

—Papá —dije, con voz baja—. Necesito un favor.

Para su crédito, mi padre no hizo preguntas. Simplemente escuchó mientras le explicaba lo que necesitaba, luego aceptó sin dudarlo. —Estaré allí en veinte minutos —dijo antes de colgar.

Mientras esperaba junto a la puerta principal, con el corazón latiendo fuertemente en mi pecho, no pude evitar reflexionar sobre la complejidad de mi relación con mi padre. Victor Russo era muchas cosas: un hombre de negocios despiadado, un temido jefe de la mafia, un hombre capaz de una violencia indescriptible. Pero también era el hombre que me había abrazado cuando lloraba, que había movido cielo y tierra para protegernos a Lily y a mí cuando le conté sobre mi embarazo.

Era en momentos como estos que entendía la dualidad de su naturaleza. A pesar de todas sus deficiencias, a pesar del mundo oscuro en el que me había introducido, seguía siendo mi padre. Y a su manera, me amaba ferozmente.

El sonido de un coche acercándose me sacó de mis pensamientos. Salí, asintiendo al guardia que se puso a mi lado. Mi padre estaba esperando, su rostro impasible mientras me deslizaba en el asiento del pasajero.

El guardia estaba a punto de ir con nosotros, pero Papá lo detuvo. —Soy capaz de cuidar a mi propia hija —le dijo.

El guardia asintió y retrocedió, probablemente asustado por su propia vida.

Tan pronto como estuvimos fuera de la vista de la mansión, mi padre habló. —¿A casa de Elena?

Asentí, el nudo en mi garganta haciendo difícil hablar. La mano de mi padre encontró la mía, dándole un suave apretón. —Todo estará bien, *piccola* —dijo suavemente, usando el apodo que me había dado cuando era niña.

El viaje a casa de Elena pareció interminable. Cada semáforo en rojo era una eternidad, cada giro traía una nueva ola de ansiedad. ¿Y si Marco nos había seguido? ¿Y si alguien de una familia rival me reconocía? Las posibilidades giraban en mi mente, cada una más aterradora que la anterior.

Miré por la ventana, viendo la ciudad pasar borrosa. Las calles familiares de mi infancia adquirieron un nuevo aspecto siniestro. Cada sombra podía ocultar a un observador, cada transeúnte una amenaza potencial. Me encontré hundiéndome más en mi asiento, como si pudiera desaparecer en la tapicería de cuero.

Mi padre conducía en silencio, sus ojos constantemente escaneando nuestro entorno. Sabía que estaba tomando una ruta indirecta, dando vueltas y haciendo giros aleatorios para despistar a cualquier posible seguidor.

Mientras conducíamos, mi mente divagó hacia tiempos más felices, hace mucho tiempo cuando Marco estaba a miles de kilómetros de distancia. Aunque en ese entonces todavía tenía que ser cuidadosa, no era tan peligroso como lo es ahora. Recordé las tardes de domingo perezosas pasadas en el patio trasero de Elena, viendo a Lily tambalearse con sus piernas regordetas. Pensé en las conversaciones nocturnas sobre tazas de té. Elena había sido mi roca a través de todo: mi embarazo inesperado, los desafíos de la maternidad soltera, y ahora esta situación imposible con Marco.

El dolor en mi pecho se intensificó. ¿Cómo se había vuelto mi vida tan complicada? ¿Cuándo las

simples alegrías de la amistad y la maternidad se habían enredado en esta telaraña de mentiras y peligro? Lo peor era que ni siquiera llevaba dos semanas casada y ya era miserable.

Finalmente, misericordiosamente, llegamos. La vista del edificio frente a nosotros me llenó de una calidez que no había sentido en días. Hogar. Esto era hogar.

Elena abrió la puerta antes de que siquiera llegáramos al porche, sus ojos llenos de preocupación. —Ivory —suspiró, atrayéndome a un fuerte abrazo—. Gracias a Dios que estás aquí. Lily no ha dejado de preguntar por ti.

Me aferré a ella por un momento, extrayendo fuerza de su presencia familiar. Cuando nos separamos, pude ver las preguntas en sus ojos, pero no las hizo. Ella entendía la necesidad de discreción mejor que la mayoría.

—Hola, señor Russo —saludó a mi padre.

—Hola, Elena —mi padre le dio una sonrisa tranquila—. No puedo agradecerte lo suficiente por cuidar de mi nieta.

—Ella también es mi familia —dijo Elena.

Los tres entramos y ahí estaba, mi hermosa niña acurrucada en el sofá con su peluche favorito. Sus ojos se iluminaron cuando me vio, y de repente, nada más importaba.

—¡Mami! —gritó, lanzándose a mis brazos.

La atrapé, abrazándola fuerte, respirando su aroma familiar. Las lágrimas picaban en mis ojos mientras pasaba mis dedos por su suave cabello. —Hola, cariño —susurré—. Te he extrañado tanto.

Los pequeños brazos de Lily se apretaron alrededor de mi cuello. —Yo también te extrañé, mami —dijo, su voz amortiguada contra mi hombro—. ¿Vas a volver a casa ahora?

La inocente pregunta fue como una puñalada en mi corazón. ¿Cómo podía explicarle a mi niña de siete años que su madre estaba atrapada en un peligroso juego de engaños? ¿Que cada momento que pasábamos juntas la ponía en riesgo?

—Todavía no, cariño —dije, luchando por mantener mi voz firme—. Mami tiene que trabajar un poco más. Pero prometo que volveré tan pronto como pueda.

Lily se apartó, su labio inferior temblando. —¿Pero por qué? —preguntó, sus ojos grandes y confundidos—. ¿No quieres estar conmigo?

Acuné su rostro en mis manos, mirando esos ojos que eran tan parecidos a los míos. —Claro que sí, bebé —dije—. No hay nada en el mundo que quiera más. Pero a veces los adultos tienen que hacer cosas que no quieren hacer. Es solo por un tiempo, lo prometo.

Lily asintió solemnemente, aunque pude ver que no entendía del todo. —Está bien, mami —dijo —. Seré valiente.

Respiré su aroma, grabando cada detalle en mi memoria. Los suaves rizos de su cabello, el calor de su pequeño cuerpo contra el mío, el sonido de su respiración. Sabía que estos momentos eran robados, que cada segundo que pasaba nos acercaba más al momento en que tendría que irme.

Sonreí, aun cuando las lágrimas amenazaban con derramarse. —Esa es mi niña —dije, presionando un beso en su frente—. Mira quién está aquí conmigo —me volví hacia mi padre, que estaba parado silenciosamente en el fondo—. Es el abuelo.

—¡Abuelo! —Lily se lanzó hacia mi viejo.

Él la atrapó en un abrazo, haciéndola girar en el aire.

—¡Mi *niñita*! ¡Has crecido tanto!

Charlaban mientras yo observaba a mi padre, un señor de la mafia, interactuar dulcemente con su nieta de seis años. Una lágrima se deslizó por mi mejilla. No todos los días podía experimentar algo tan entrañable.

Por unos preciosos momentos, el mundo desapareció. No había mafia, ni matrimonio arreglado, ni secretos que amenazaran la vida. Solo éramos yo, mi hija y su abuelo, todos en la misma habitación.

Elena se movía silenciosamente a nuestro alrededor, trayendo una bandeja con jugo y galletas. Los ojos de Lily se iluminaron al ver sus golosinas favoritas, y sentí una punzada de gratitud por la consideración de mi amiga. Nos sentamos en el sofá, con Lily acurrucada a mi lado, mientras parloteaba sobre sus días con la "tía Elena".

Escuché atentamente, absorbiendo cada palabra. Me contó sobre los dibujos que había hecho, los juegos que había jugado, las historias que Elena le había leído. Con cada relato, sentí más

agudamente el peso de mi ausencia. ¿Cuánto de la vida de mi hija me estaba perdiendo?

Mientras Lily hablaba, crucé miradas con Elena por encima de su cabeza. La mirada de mi amiga estaba llena de comprensión y preocupación. Sabía que era mejor no hacer preguntas, pero podía ver la inquietud grabada en las líneas de su rostro. Le di una pequeña sonrisa, tratando de transmitir que estaba bien, aunque ambas sabíamos que era mentira.

La realidad se entrometió demasiado pronto. Mi padre se aclaró la garganta suavemente, un gentil recordatorio de que nuestro tiempo era limitado. Me aparté, acunando el rostro de Lily en mis manos. —Mami tiene que irse por un tiempo más —dije, con el corazón roto al ver la decepción en sus ojos—. Pero prometo que volveré tan pronto como pueda. ¿Puedes ser valiente por mí?

Lily asintió solemnemente, su pequeño rostro arrugándose con determinación. —Seré la más valiente, mami —dijo—. ¡Y te haré muchos dibujos!

Sonreí, aun cuando las lágrimas amenazaban con derramarse. —Esa es mi niña —dije, presionando un beso en su frente—. Te amo tanto, Lily. Nunca lo olvides.

La despedida fue agonizante. Cada paso lejos de Lily se sentía como un dolor físico, como si me arrancaran un pedazo del corazón. Abracé a Elena fuertemente, susurrando un agradecimiento por todo lo que estaba haciendo. Ella puso un pequeño paquete en mis manos. Eran más dibujos de Lily, me di cuenta con una punzada de dolor.

Para cuando volvimos al coche, apenas podía mantener la compostura. Mi padre condujo en silencio, dándome espacio para recomponerme. Miré por la ventana, viendo la ciudad pasar en un borrón de colores y formas. El paquete de dibujos descansaba pesadamente en mi regazo, un recordatorio tangible de todo por lo que estaba luchando. No podía colgarlos, pero aún podía disfrutarlos y atesorarlos.

Mientras nos acercábamos a la mansión Caruso, mi padre finalmente habló. —No podemos mantener esto para siempre, Ivory —dijo suavemente—. Marco lo descubrirá, eventualmente.

Mi padre suspiró, un sonido cargado con el peso de años de decisiones difíciles. —Pase lo que pase —dijo—, sabe que siempre estaré aquí. Lo enfrentaremos juntos.

Asentí, incapaz de hablar debido al nudo en mi garganta. Mientras nos acercábamos a la mansión, me armé de valor, reprimiendo el torbellino de emociones que amenazaba con

abrumarme. Ahora era Ivory Caruso, la esposa del hombre más poderoso de la ciudad. No podía permitirme mostrar debilidad.

Respiré hondo, alisando mi ropa y revisando mi reflejo en el espejo lateral del auto. Mis ojos estaban enrojecidos, pero esperaba que no fuera muy notorio. Agradecí a mi padre, apretando su mano antes de salir del coche.

Marco me esperaba en el vestíbulo cuando entré, sus ojos escrutándome intensamente.

—¿Encontraste todo lo que necesitabas? —preguntó, con un tono casual pero una mirada penetrante.

Asentí, forzando una sonrisa.

—Sí, gracias —dije, intentando pasar a su lado. El paquete de dibujos parecía quemar un agujero en mi bolso. Necesitaba subir, esconderlos antes de que pudiera verlos.

Pero la mano de Marco salió disparada, agarrando mi muñeca con suavidad pero firmeza.

—¿Tú y tu padre fueron a algún otro lugar? —preguntó, con voz peligrosamente baja.

Mi corazón se agitó en mi pecho. ¿Nos había seguido? ¿Lo sabía? Abrí la boca, buscando desesperadamente una respuesta, cuando la salvación llegó de una fuente inesperada.

CAPÍTULO DIECISÉIS

IVORY

Los siguientes días se sintieron como una tortura. Caminaba sobre cascarones de huevo y apenas dormía por las noches, con la mente llena de pensamientos sobre Lily y el encuentro cercano con Marco. Cuando llegaba la mañana, estaba exhausta pero aliviada de descubrir que Marco se había ido a una reunión temprana o algún otro tipo de negocio. Me daba la oportunidad de respirar y planear cuidadosamente mi próximo movimiento.

Mientras bebía mi café en la tranquila cocina, repasaba mentalmente los eventos de hacía unos días. Marco había estado tan cerca de descubrirlo todo. Si no hubiera sido por esa llamada urgente de uno de sus asociados, no estoy segura de que hubiera podido mantener la compostura bajo su interrogatorio porque no sabía qué tanto conocía él.

Sabía que tenía que ser más cuidadosa. Mis visitas a Lily tendrían que ser aún menos frecuentes, por mucho que me doliera. No podía arriesgarme a que Marco, o cualquier otra persona, la encontrara. La idea de reducir mi tiempo con mi hija me partía el corazón, pero su seguridad tenía que ser lo primero.

Terminando mi café, me dirigí a mi estudio. Tenía algunos expedientes legales que revisar para mis clases, y esperaba que el trabajo me distrajera de mis preocupaciones.

Como ya no podía asistir a la escuela en persona, había hecho la transición a clases en línea. Era un pobre sustituto de las vibrantes discusiones y los desafíos intelectuales del aula, pero era todo lo que me quedaba. Sabía que era solo cuestión de tiempo antes de que tuviera que detenerme por completo, pero estaba decidida a salvar el poco tiempo que me quedaba en el mundo del derecho y la justicia, un mundo tan diferente al que ahora habitaba.

Mi teléfono vibró, la pantalla se iluminó con un mensaje de Alex.

"No has estado en clase durante el último mes. ¿ESTÁS BIEN?"

Suspiré, un sonido pesado en la habitación silenciosa. Alex había estado comunicándose cada dos semanas. Y yo prácticamente lo había ignorado. Pobre chico. Era la única persona en mi vida que no tenía idea del mundo del que yo venía. El mundo de lealtades familiares, alianzas

peligrosas y secretos que podían matar a la gente.

Ignorarlo era lo mejor para él, me recordé a mí misma, pero había un límite. Alex era capaz de tomar acciones imprudentes cuando se preocupaba, y nuestro tiempo estudiando juntos lo había demostrado. Quería que estuviera a salvo y no había forma de saber qué haría Marco si siquiera sospechara que algo estaba pasando entre Alex y yo. Un inocente compañero de estudios podría terminar pagando el precio máximo simplemente por preocuparse por mí si no tenía cuidado.

Compuse un largo mensaje. Cada palabra se sentía como una traición, una negación de la persona que había sido y los sueños que había alimentado. Pero era necesario.

"Alex, lamento haber estado incomunicada. Muchas cosas han cambiado en mi vida. Me casé recientemente y estoy esperando un bebé. Pronto dejaré la facultad de derecho para centrarme en mi familia. Solo pretendo terminar los cursos de este semestre en línea antes de retirarme por completo. Sé que esto debe ser un shock, pero es el camino que he elegido. Por favor, entiende que no puedo mantener nuestra amistad. Estoy bien y no necesito ayuda. Cuídate y buena suerte con tus estudios."

Miré fijamente el mensaje, mi dedo flotando sobre el botón de enviar. Era lo más inimaginable que podía decir, un abandono completo de todo por lo que había trabajado. Pero tenía que funcionar. Era necesario.

Con un profundo suspiro, presioné enviar. El mensaje se fue volando, llevándose consigo los últimos vestigios de mi antigua vida. Esperé unos minutos su respuesta. Pero no llegó ninguna. La marca azul era la única prueba de que había recibido mi mensaje. Era un reconocimiento silencioso del fin de nuestra amistad.

Guardé mi teléfono, enterrándolo en un cajón como si pudiera enterrar la culpa junto con él. Volviéndome hacia mi escritorio, me forcé a concentrarme en la pila de documentos legales frente a mí. La jerga familiar y los complejos estudios de casos que una vez me habían emocionado ahora parecían sin importancia, como artefactos de otra vida.

Un par de horas más tarde, justo cuando estaba considerando tomar un descanso para almorzar, escuché que se abría la puerta principal. La voz de Marco resonó por los pasillos, junto con la de Isaac.

—...necesitamos reforzar la seguridad —decía la voz desconocida—. No podemos permitirnos más errores.

—De acuerdo —respondió Marco, su tono grave—. Empieza por aumentar la vigilancia en nuestras ubicaciones clave. Y quiero un informe completo de cualquier actividad inusual en el último mes.

Se me heló la sangre. ¿Estaban hablando de mí? ¿Habían notado mis cuidadosas maniobras para visitar a Lily? Me obligué a respirar lenta y profundamente. Entrar en pánico no ayudaría. Necesitaba mantener la calma y pensar racionalmente.

Las voces se desvanecieron mientras Marco e Isaac se adentraban en la casa. Esperé unos minutos antes de aventurarme fuera de mi estudio, con pasos cuidadosos y silenciosos.

Encontré a Marco en la cocina, solo ahora, sirviéndose un vaso de agua. Levantó la mirada cuando entré, su expresión indescifrable.

—Ivory —dijo, con voz neutral—. ¿Cómo estuvo tu mañana?

—Productiva —respondí, manteniendo un tono ligero—. Mucha lectura para la clase. ¿Cómo estuvo tu reunión?

Los ojos de Marco se estrecharon ligeramente, y por un momento que me detuvo el corazón, pensé que iba a interrogarme de nuevo. Pero luego simplemente asintió.

—Negocios importantes —dijo vagamente—. Nada de qué preocuparte.

Forcé una sonrisa, mientras mi mente trabajaba a toda velocidad. ¿Qué no me estaba diciendo? Y más importante aún, ¿qué sospechaba?

—Estaba pensando en salir esta tarde —dije, tanteando el terreno—. Tal vez ir de compras.

La mirada de Marco se agudizó.

—Llévate a Rodríguez contigo —sugirió.

—En realidad, voy a llevar a Harold conmigo. Será agradable tener a alguien que considero familia a mi alrededor por un rato —Marco alzó las cejas—. Alguien además de ti, por supuesto —añadí.

Un atisbo de sonrisa jugó en sus labios antes de desaparecer en un instante.

—Bien —gruñó—. Diviértete.

Asentí y salí de la habitación. Una hora más tarde, estaba en el asiento trasero de un elegante auto negro con Harold al volante. Mientras nos acercábamos al spa, puse mi plan en acción.

—Harold —dije—, ¿podrías parar en la farmacia? Necesito comprar algunos... artículos personales.

—Por supuesto, señora Caruso —respondió—. Tómese todo el tiempo que necesite, estaré aquí esperándola.

—Gracias, Harold —dije con una sonrisa, agradecida por la comprensión mutua de lo que estaba a punto de hacer.

Era arriesgado revelar abiertamente mi ubicación en el coche. Por lo que sabía, Marco podría haber instalado dispositivos en mi coche que le permitieran escuchar cómodamente mis conversaciones.

Una vez dentro, me dirigí rápidamente a la parte trasera de la tienda y salí por la puerta trasera. Mi corazón latía con fuerza mientras paraba un taxi y le daba al conductor la dirección de Elena.

Mientras el taxi serpenteaba por las calles de la ciudad, un coche negro parecía imitar cada uno de nuestros giros. Las palmas de mis manos empezaron a sudar.

Me incliné hacia adelante, dirigiéndome al conductor.

—¿Puede dar unas cuantas vueltas al azar? —pregunté, tratando de mantener la voz firme—. Creo que nos están siguiendo.

Los ojos del conductor se abrieron de par en par, pero asintió, girando bruscamente por una calle lateral. El coche negro nos siguió. Mi corazón se aceleró mientras nos abríamos paso por callejones estrechos y avenidas concurridas. Finalmente, después de un giro particularmente brusco, el coche negro desapareció de la vista.

Dejé escapar un suspiro tembloroso, desplomándome en el asiento.

—Gracias —le dije al conductor—. Ahora puede llevarme a mi destino original.

Cuando llegamos a casa de Elena, mis nervios estaban destrozados. Pagué generosamente al

conductor y luego me apresuré por el camino de entrada, mirando constantemente por encima del hombro.

Elena abrió la puerta antes de que pudiera llamar, con los ojos abiertos de preocupación.

—Ivory —dijo, tirando de mí hacia dentro—. ¿Qué pasa? Parece que hubieras visto un fantasma.

Negué con la cabeza, tratando de calmar mi corazón acelerado.

—Creo que me han seguido —dije, con la voz apenas por encima de un susurro—. ¿Dónde está Lily?

—En el patio trasero —dijo Elena, guiándome por la casa—. Ivory, tal vez esto no sea seguro. Si alguien te está siguiendo...

—Tengo que verla —interrumpí, con la voz firme a pesar de mis manos temblorosas—. Por favor, Elena. No sé cuándo tendré otra oportunidad.

Elena asintió de mala gana, abriendo la puerta trasera. Y ahí estaba ella. Mi hermosa niña, persiguiendo mariposas bajo el sol de la tarde. Por un momento, todos mis miedos se desvanecieron.

—¡Mami! —gritó Lily, corriendo hacia mí con los brazos extendidos.

La cogí en brazos, abrazándola con fuerza y respirando su aroma familiar.

—Hola, cariño —susurré, conteniendo las lágrimas—. Te he echado mucho de menos.

En ese momento, el sonido de un coche pasando me hizo tensarme de nuevo.

—Vamos adentro —sugerí, tratando de mantener la calma en mi voz. Elena asintió, comprendiendo mi miedo no expresado.

Una vez en la sala de estar, Lily me miró con preocupación en sus ojos.

—Mami, ¿qué pasa? Pareces asustada.

Forcé una sonrisa, acariciando su pelo.

—Estoy bien, cariño. ¿Por qué no vas a buscar ese nuevo dibujo del que me hablaste antes? ¿El

de la escuela?

Mientras Lily se escabullía a su habitación, me volví hacia Elena, con la voz apenas por encima de un susurro.

—Creo que me han seguido hasta aquí. No estoy segura, pero...

Mis palabras fueron interrumpidas por el repentino chirrido de los frenos fuera. Con el corazón acelerado, me acerqué a la ventana, mirando con cautela.

Allí, aparcado de cualquier manera frente a la casa de Elena, estaba el coche negro de antes. Mientras observaba, la puerta del conductor se abrió de golpe y una figura salió.

Se me cortó la respiración. Era Marco.

Nuestras miradas se cruzaron a través de la ventana y, por un momento, el mundo se detuvo. Entonces la voz de Lily resonó desde el pasillo.

—¡Mami! ¡He encontrado mi dibujo!

Los ojos de Marco se abrieron de par en par al reconocerla. Dio un paso adelante.

Me quedé paralizada, viendo cómo mi mundo cuidadosamente construido se desmoronaba a mi alrededor. Marco había descubierto mi secreto, nuestro secreto. Y ahora, de pie en el jardín de Elena, me di cuenta de que ya no podía seguir huyendo de la verdad.

CAPÍTULO DIECISIETE

MARCO

Apreté el volante con fuerza, mis nudillos tornándose blancos mientras seguía el taxi de Ivory por las sinuosas calles de Nueva York. Mi mente daba vueltas, repasando la conversación que había tenido con Issac más temprano ese día.

Flashback

Estaba sentado en mi oficina, examinando algunos informes, cuando Issac irrumpió con el rostro sombrío.

—Jefe, tenemos un problema —dijo en voz baja—. Hay rumores en el círculo interno sobre la muerte de tu padre. Algunos creen que estuviste involucrado.

La noticia me golpeó como un puñetazo en el estómago. Estaba bien que Angelo me acosara constantemente por información sobre la muerte de mi padre, pero que se corriera la voz sobre mi participación en ella, eso era malo.

—¿Qué están diciendo exactamente? —pregunté, manteniendo la voz firme.

Issac se pasó una mano por el pelo.

—No es específico, pero hay susurros. Preguntas sobre cómo sobreviviste al ataque ileso. Insinuaciones de que el momento fue... conveniente.

Me levanté y comencé a caminar por la habitación. Si esta información se difundía más, podría significar el fin de todo lo que había construido. La familia Caruso no era indulgente cuando se trataba de casos de asesinato. ¿Asesinato? Contrólate, Marco. Fue en defensa propia. Defensa propia.

—¿Quién está detrás de esto? —exigí saber.

—No estamos seguros —respondió Issac—. Pero Angelo Amato ha estado haciendo muchas preguntas. Era cercano a tu padre y nunca ha confiado plenamente en ti.

Asentí; por supuesto, tenía que ser él. Debía haber iniciado todo esto.

—Necesitamos acabar con esto —dije con voz dura—. Aumenta la vigilancia sobre Angelo. Quiero saber cada movimiento que haga y cada persona con la que hable.

Issac asintió.

—Ya estoy en ello, jefe. Pero hay más. La familia Moretti ha estado haciendo movimientos. Han estado contactando a algunos de nuestros asociados, insinuando alianzas.

—Mantenlos vigilados también —le indiqué a Issac—. Pero sé discreto. No quiero que Ivory se entere de nada de esto.

Justo cuando estaba formulando un plan, un movimiento afuera llamó mi atención. Ivory estaba saliendo de la casa, dirigiéndose hacia su coche con Harold. Había mencionado que iría de compras, pero no podía quitarme la sensación de que era una mentira. Habían pasado años. No pude evitar preguntarme si tenía un amante secreto. Eso significaría que todo lo que hice para protegerla había sido en vano, incluyendo matar a mi padre. De repente, sentí el impulso de seguirla. Esa era la única forma de obtener las respuestas que buscaba. Sin dudarlo, agarré mi pistola y las llaves.

—Terminaremos esto más tarde —le dije a Issac—. Necesito ocuparme de algo.

Presente

Ahora, mientras seguía el taxi de Ivory, mis sospechas eran abrumadoras. Ella había dejado convenientemente su coche en la farmacia y había tomado un taxi desde la parte trasera de la tienda. Había estado actuando de manera extraña últimamente, desapareciendo durante horas, siempre con una excusa endeble. ¿Qué estaba ocultando?

El taxi dio una serie de giros bruscos, claramente intentando perderme. Tenía que admitir que quien estaba conduciendo sabía lo que hacía. Pero no iba a dejar que Ivory se me escapara, no ahora.

Finalmente, después de una maniobra particularmente complicada, perdí de vista el taxi. Maldiciendo entre dientes, escaneé las calles, buscando desesperadamente alguna señal de adónde podrían haber ido.

Fue entonces cuando lo vi: un nombre de calle familiar. Ivory lo había mencionado antes. Era el

barrio de Elena.

Me detuve frente a la casa de Elena, con el corazón acelerado. Al salir del coche, mi atención se dirigió hacia un movimiento en la ventana. Allí estaba ella, luciendo asustada al verme.

Me acerqué a la puerta principal, mi mente era un torbellino de preguntas y acusaciones. Antes de que pudiera tocar, la puerta se abrió de golpe. Ivory estaba allí, su rostro era una máscara de shock y miedo. Las lágrimas ya se estaban acumulando en sus ojos.

—Marco —susurró, con la voz temblorosa—. Puedo explicarlo...

Apenas la escuché. Mi atención estaba completamente en la niña pequeña que se asomaba detrás de las piernas de Ivory. Me miró con ojos curiosos... mis ojos.

El tiempo pareció detenerse mientras miraba a la niña. No podía tener más de seis o siete años. Sus ojos, de un azul impactante que reflejaba los míos, me miraban con curiosidad. Su cabello oscuro caía en suaves ondas, igual que el de Ivory. Pero era su rostro —la forma de su nariz, la línea de su mandíbula— lo que me hizo contener la respiración.

Me vi a mí mismo en sus rasgos.

La realización me golpeó como un golpe físico. Esta era mi hija. Mi niña. Una niña cuya existencia desconocía.

Ivory se movió instintivamente, tratando de ocultar a la niña de mi vista. Pero era demasiado tarde. La había visto, y en ese momento, mi mundo cambió su eje.

—Ivory —dije, con la voz apenas por encima de un susurro—. ¿Qué es esto?

Las lágrimas de Ivory fluían libremente ahora. Se arrodilló, hablando suavemente con la niña.

—Lily, cariño, ¿puedes ir adentro con la tía Elena por un momento? Mamá necesita hablar con este hombre.

Lily. El nombre de mi hija era Lily.

La niña —Lily— asintió y desapareció dentro de la casa. Elena apareció, lanzándome una mirada cautelosa antes de seguir a Lily adentro.

Ivory se enderezó, cuadrando los hombros como si se preparara para la batalla.

—Marco, yo... lo siento mucho. Debería habértelo dicho...

—¿Decirme? —interrumpí, elevando la voz—. ¿Decirme qué, Ivory? ¿Que tengo una hija? ¿Que me la has estado ocultando durante años?

Ivory se estremeció ante mi tono, pero mantuvo su posición.

—Estaba asustada, Marco. Después de aquella noche, desapareciste. Me enteré de que estaba embarazada y no sabía qué hacer. Mi familia...

—Tu familia —escupí—. ¿Ellos sabían de esto? ¿Me ocultaron a mi hija?

Ivory asintió, las lágrimas aún corriendo por su rostro.

—¡Te habías ido sin decir una palabra! Era mejor mantenerla oculta. Para protegerla de... de nuestro mundo.

—¡Elena! —llamé, con voz cortante. Todo tenía tanto sentido ahora. Especialmente la razón por la que tuvo que irse tan temprano de la boda.

La mejor amiga de Ivory apareció en la puerta, sus ojos cautelosos.

—Tú también lo sabías, ¿verdad? Has estado ayudando a Ivory a mantener a mi hija oculta de mí.

Elena se irguió, levantando el mentón desafiante.

—¡Baja la voz! ¡Vas a asustar a tu propia hija! —me regañó.

—Está en el dormitorio dibujando. ¡Esta era una de las muchas razones por las que Lily tenía que mantenerse alejada de ti! Hice lo mejor para Lily y para Ivory. Son mi familia.

—¿Y qué hay de mí? —gruñí—. ¿No merecía saber que tenía una hija?

—Esa no era mi decisión, Marco —respondió Elena.

De repente, la ira ardió en los ojos de Ivory. —¡Qué descaro tienes! ¡Venir aquí y actuar como si no me hubieras abandonado, Marco! Durante siete años, ni una palabra tuya. ¿Cómo te atreves a

actuar traicionado cuando tú fuiste quien se marchó?

Su acusación me golpeó como un golpe físico. —No te abandoné, Ivory. Sí, me fui esa noche, pero solo porque era joven y estúpido. Mi padre quería que me fuera lo más rápido posible. Intenté llamarte en cuanto llegué a Moscú. Te escribí cientos de cartas. Te llamé innumerables veces. Nunca dejé de intentar contactarte, y si hubiera sido posible regresar después de la primera semana fuera, lo habría hecho, pero estaba en un callejón sin salida. Moscú era difícil y tuve que mantenerme firme. ¡Te extrañé todos los días, Ivory!

La confusión cruzó su rostro. —¿De qué estás hablando? Nunca recibí ninguna carta ni llamada tuya. ¡Ni una sola!

La miré fijamente, mi mente acelerada. —Eso es imposible. Envié cartas y llamé y llamé. Te lo juro.

Ivory negó con la cabeza, su voz amarga. —Bueno, nunca las recibí. Durante siete años, Marco. Siete años de silencio.

Algo no cuadraba. Si había enviado todos esos mensajes e Ivory nunca los recibió, entonces...

—Alguien los interceptó —dije lentamente, cayendo en la cuenta—. Alguien no quería que estuviéramos en contacto.

Los ojos de Ivory se agrandaron al llegar a la misma conclusión. —¿Pero quién haría algo así? ¿Mi familia? Ellos no harían tal cosa porque se esforzaron mucho por encontrarte cuando me quedé embarazada.

Negué con la cabeza, formándose una sombría sospecha. —No, tu familia no. Tal vez mi padre, pero nunca sabremos la verdad porque está muerto.

Las piezas encajaban. La insistencia de mi padre en enviarme al extranjero, su constante intromisión en mi vida personal.

—Dios mío —susurró Ivory, cubriéndose la boca con la mano—. Todo este tiempo...

Nuestro mundo. El mundo de violencia y crimen en el que ambos habíamos nacido. Un mundo del que había estado tratando de proteger a Ivory, sin saber que ella ya estaba protegiendo a nuestra hija de él.

—¿Y después de que nos casamos? —pregunté. Mi voz salió como un susurro mientras pensaba en todas las oportunidades que había tenido para decirme la verdad—. ¿Aún así no pensaste en decírmelo?

—Quería hacerlo —suplicó Ivory—. Pero tenía miedo... miedo de cómo reaccionarías, miedo de lo que significaría para Lily.

Me pasé una mano por el pelo, tratando de procesar todo. Mi ira luchaba contra una creciente sensación de asombro. Tenía una hija. Una hermosa niña que tenía mis ojos.

—Necesito verla —dije de repente—. Apropiadamente. Necesito hablar con ella.

Ivory dudó, luego asintió. —De acuerdo. Pero Marco, por favor... ella no sabe nada sobre nuestro mundo. Sobre quiénes somos realmente.

Asentí, entendiendo la implicación. Para Lily, yo era solo un extraño. No su padre. No el jefe de una poderosa familia mafiosa.

Mientras Ivory se giraba para volver adentro, me asaltó un pensamiento repentino. Con todo lo que estaba pasando con Angelo y las sospechas sobre la muerte de mi padre, Ivory y Lily podrían estar en peligro.

—Espera —dije—, no podemos quedarnos aquí. No es seguro.

Los ojos de Ivory se agrandaron. —¿Qué quieres decir? ¿Qué está pasando, Marco?

—Necesito que prepares algunas maletas para Lily —dije—. Vamos a una de mis casas de seguridad. Te explicaré todo allí.

Ivory parecía querer discutir, pero algo en mi expresión debió haberla convencido de la urgencia. Asintió y entró con Elena para recoger sus cosas.

Me quedé en el porche, con la mente dando vueltas. En cuestión de minutos, toda mi vida había cambiado. Tenía una hija. Una hermosa hija secreta que ahora estaba en peligro por mi culpa.

Mientras esperaba que Ivory y Lily regresaran con Lily, hice un juramento silencioso: las protegería a ambas, sin importar el costo, y compensaría todos los años que había perdido con mi hija.

Cuando Ivory regresó con Lily y Elena, y mientras nos preparábamos para irnos, Ivory me agarró del brazo.

—Marco —dijo, con voz baja y urgente—. No te seguiré ciegamente. ¿Qué es lo que no me estás diciendo? ¿Por qué necesitamos ir a una casa de seguridad?

Dudé, luego decidí que necesitaba saber toda la verdad. —Ivory —dije, con la voz apenas por encima de un susurro—, yo fui quien mató a mi padre. Y ahora, vienen por nosotros.

El shock en su rostro era palpable, pero no había tiempo para explicaciones. Necesitábamos movernos para poner a Lily a salvo. Mientras nos apresurábamos hacia el auto, no pude evitar maravillarme de lo rápido que podía cambiar la vida. Esta mañana, era un hombre con sospechas sobre su esposa. Ahora, era un padre en fuga, decidido a proteger a la familia que nunca supo que tenía.

CAPÍTULO DIECIOCHO

IVORY

Las palabras de Marco resonaban en mi cabeza mientras acelerábamos por las oscuras calles de Nueva York. —*Maté a mi padre. Y ahora, vienen por nosotros.*

Miré de reojo a Marco, con sus ojos fijos en la carretera. En el espejo retrovisor, Elena acunaba a Lily dormida. Mi hija —nuestra hija— estaba felizmente ajena al caos que nos rodeaba.

Nos detuvimos frente a un edificio sin identificación. La casa segura de Marco. Al entrar, su teléfono vibró. Lo miró, con tensión visible en cada línea de su cuerpo.

Sentí una extraña calma apoderarse de mí. Esta era nuestra realidad ahora, y necesitaba ser fuerte. Por Lily. Por Marco. Por todos nosotros.

Marco ayudó a Elena y a Lily a salir del coche mientras yo agarraba las maletas apresuradamente empacadas. Al entrar en el edificio, el teléfono de Marco vibraba incesantemente. Lo miró, apretando la mandíbula.

—Necesito hacer algunas llamadas —dijo, con voz baja y urgente—. Acomoda a Elena y a Lily. Volveré pronto.

Asentí, observando cómo desaparecía por un pasillo, ya dando órdenes por teléfono. Volviéndome hacia Elena, forcé una sonrisa.

—Vamos a ponerlas cómodas —dije, guiándolas a una espaciosa habitación. Mientras arropaba a Lily en la cama, no pude evitar maravillarme ante la expresión pacífica de mi hija. Cómo deseaba poder protegerla de las duras realidades de nuestro mundo para siempre.

—Ivory —la voz de Elena me sacó de mis pensamientos—. Parece que finalmente te quitaste la venda de los ojos.

Asentí. —Eso parece. Me siento mucho más ligera ahora, como si un gran peso se hubiera quitado de mis hombros.

Elena abrió sus brazos y fui a abrazarla. —Estoy tan feliz por ti —dijo. Al separarnos, preguntó

—: ¿Qué pasará ahora? ¿Lily vivirá contigo y Marco?

—No —le dije con firmeza, sin querer comprometerme con algo así—. Lily tiene una vida estable contigo, y no quiero arruinar eso. —Suspiré, hundiéndome en el borde de la cama—. Es complicado, Elena. Las cosas están... cambiando. Rápido.

Elena se sentó a mi lado, tomando mi mano. —Sabes que puedes confiar en mí, ¿verdad? Con cualquier cosa.

Apreté su mano, agradecida por su apoyo inquebrantable. —Lo sé. Y prometo explicártelo todo pronto. Pero ahora mismo, necesito que te concentres en mantener a Lily a salvo. ¿Puedes hacer eso por mí?

Elena asintió, sus ojos llenos de determinación. —Siempre.

Con Elena y Lily acomodadas, me dirigí de vuelta a la sala de estar, mi mente dando vueltas con preguntas. Encontré a Marco allí, caminando de un lado a otro, con su teléfono fuertemente agarrado en la mano.

—Marco —dije suavemente, haciendo que se girara—. Creo que es hora de que me cuentes todo.

Me miró fijamente por un largo momento, el conflicto evidente en sus ojos. Finalmente, asintió, haciéndome un gesto para que me sentara. Mientras me hundía en el lujoso sofá, Marco comenzó a hablar, su voz baja e intensa.

—Mi padre... estaba planeando eliminar a toda tu familia —comenzó, las palabras parecían causarle dolor—. Veía a los Russo como una amenaza.

Con razón, pero sentí que la sangre se me iba del rostro.

—¿Qué? ¡Eso es una locura! Yo nunca...

Marco levantó una mano, silenciándome. —Lo sé. Intenté decírselo, pero no quiso escuchar. Estaba paranoico, convencido de que todos estaban en su contra. Cuando escuché sus planes... no podía permitirlo. No podía dejar que te hiciera daño.

A pesar de todo, a pesar de los años de separación y malentendidos, había estado dispuesto a matar a su propio padre para protegerme.

—¿Qué pasó? —susurré, temiendo y necesitando escuchar la respuesta al mismo tiempo.

El rostro de Marco se torció de dolor. —Discutimos. La cosa se calentó. Él... sacó una pistola. Forcejeamos, y... —se detuvo, con la mirada distante—. Fue un accidente, pero sabía que nadie lo creería. Así que lo encubrí. Lo hice parecer un ajuste de cuentas.

Me quedé sentada en un silencio atónito, tratando de procesar esta información. Marco había matado a su padre... por mí. Para protegerme a mí y a mi familia. La enormidad de sus acciones, de su sacrificio, me golpeó como un golpe físico.

—¿Y ahora? —pregunté, casi con miedo de escuchar la respuesta.

—Ahora, la gente está empezando a hacer preguntas —dijo Marco, su voz sombría—. Angelo Amato, el viejo amigo de mi padre, ha estado investigando. Si descubre la verdad...

—Seremos blanco —terminé por él, asimilando la realidad de nuestra situación.

Marco asintió. —Por eso te traje aquí. Tú y Lily necesitan permanecer ocultas mientras yo me encargo de esto.

Sentí que surgía en mí una oleada de indignación. —No —dije con firmeza, sorprendiéndome incluso a mí misma por el acero en mi voz—. No me voy a esconder mientras tú te enfrentas a esto solo.

Los ojos de Marco se abrieron de sorpresa. —Ivory, no es seguro...

—Sé que no es seguro —lo interrumpí, poniéndome de pie para enfrentarlo—. Pero esto también me involucra a mí. Mataste a tu padre para protegerme a mí y a mi familia. No te dejaré enfrentar las consecuencias solo.

—Pero Lily...

—Estará a salvo con Elena —terminé por él—. Está oculta y protegida aquí. Pero tú y yo? Estamos juntos en esto ahora.

Marco me miró fijamente, las emociones jugando en su rostro. Sorpresa, admiración y algo más... algo que hizo que mi corazón se acelerara.

—No tienes que hacer esto —dijo suavemente.

Me acerqué a él, sosteniendo su mirada. —Sí, tengo que hacerlo. Somos familia, Marco. Y la familia permanece unida.

—De acuerdo —dijo, con una pequeña sonrisa tirando de sus labios—. Juntos.

Marco y yo regresamos a la mansión Caruso después de despedirnos de Elena y de nuestra Lily dormida. Necesitábamos volver a casa, para hacer que las cosas parecieran lo más normales posible.

Al entrar en nuestra habitación, me quedé quieta, mirando por la ventana las luces parpadeantes de la ciudad. Tanto había cambiado en tan poco tiempo. Sentí la presencia de Marco detrás de mí antes de oírlo, un calor que irradiaba de su cuerpo.

—Ivory —dijo suavemente mientras me envolvía gentilmente con sus brazos desde atrás.

En el pasado, tal vez me habría tensado ante su toque. Pero ahora, me sentí derretirme en su abrazo, mi cuerpo reconociendo una seguridad que no sabía que me faltaba. Me recosté contra su pecho, dejando escapar un suspiro tembloroso.

—Está bien —murmuró Marco, sus labios cerca de mi oído—. Estamos bien.

Me volví entre sus brazos, mirándolo a los ojos. Por primera vez desde que Marco había regresado, no vi muros ni fachadas cuidadosamente construidas. Solo Marco, crudo y vulnerable.

—¿Cómo llegamos aquí? —susurré, llevando mi mano a su mejilla—. Después de todos estos años...

Marco se inclinó hacia mi tacto, cerrando los ojos brevemente.

—No lo sé —admitió—. Pero me alegro de que lo hayamos hecho.

Sentí que una sonrisa tiraba de mis labios, pequeña pero genuina.

—Yo también.

Nos quedamos allí un momento, simplemente abrazándonos. Se sentía como volver a casa después de un largo y agotador viaje.

—Lo siento —dijo Marco de repente—, por todo. Por no confiar en ti, por mantenerte a distancia

todos estos años.

Negué con la cabeza, sintiendo que las lágrimas picaban en mis ojos.

—Ambos cometimos errores, Marco. Yo también lo siento. Por no esforzarme más en entenderte, por dejar que mis propios miedos nos mantuvieran separados.

Marco me acercó más, apoyando su frente contra la mía.

—No más secretos —prometió—. No más muros entre nosotros.

Asentí, mi corazón hinchándose con una esperanza que no me había atrevido a sentir en años.

—No más secretos —repetí.

Sus manos se deslizaron por mi espalda, acercándome hasta que no quedó espacio entre nosotros. Me hizo girar, sus manos suaves pero firmes en mis hombros. Podía sentir su aliento en mi cuello, cálido y tentador. Cerré los ojos, saboreando la sensación mientras sus labios rozaban mi piel.

—Con todo lo que está pasando —susurró—, quiero follarte tanto.

Solté una risita, ignorando la sensación de hormigueo entre mis piernas.

—Necesitas poner en orden tus prioridades, Marco.

—Lo sé, pero a veces no puedo pensar con claridad cuando estás cerca de mí. Por ejemplo, estoy duro como una roca solo por estar cerca de ti —dijo mientras besaba suavemente mi cuello, sus labios enviando escalofríos por mi columna. Dejé escapar un suave suspiro, reclinándome en él, mis manos agarrando sus brazos en busca de apoyo. Besó a lo largo de mi mandíbula, sus manos moviéndose a mi cintura, guiándome hacia el baño.

—Entonces haz lo que quieras conmigo, Marco. Soy toda tuya —declaré.

—Gracias, Ivory —murmuró, el sonido de su voz perdiéndose en mi respiración pesada.

Nuestra ropa comenzó a caer al suelo en nuestra urgente necesidad de que nuestros cuerpos estuvieran más cerca. Su camisa fue la primera en irse, sus dedos desabotonándola hábilmente antes de deslizarla de sus hombros. Mi blusa siguió mientras sus manos expertamente la

removían y la arrojaban a un lado. Nos movimos en una danza lenta y acalorada, despojándonos de las barreras entre nosotros hasta que quedamos desnudos el uno frente al otro.

Una vez dentro del baño, Marco abrió la ducha, el sonido del agua cayendo mezclándose con el ritmo de nuestras respiraciones. Me atrajo bajo el cálido chorro, sus manos recorriendo mi piel mojada, explorando cada centímetro de mí.

Su boca encontró la mía, y nos besamos profundamente, nuestras lenguas enredándose con desesperado deseo. Mis manos se enrollaron alrededor de su cuello, acercándolo más, mi cuerpo presionándose contra el suyo. Él respondió con un gruñido, su agarre apretándose en mis caderas mientras me empujaba contra la pared de la ducha.

Los labios de Marco bajaron por mi cuello, sus dientes rozando mi piel, provocando que un jadeo escapara de mis labios. Continuó su descenso, su boca encontrando mis pechos, su lengua girando alrededor de cada pezón, haciendo que mi espalda se arqueara contra la pared.

—Marco —respiré, mi voz temblando de necesidad.

Me miró, sus ojos oscuros de deseo. Sin decir una palabra, se dejó caer de rodillas, sus manos separando mis muslos. Me apoyé contra la pared, mis piernas temblando de anticipación. Su boca encontró mi centro, su lengua hundiéndose en mí con un hambre que me dejó sin aliento.

—Quiero oírte gritar mi nombre —gruñó Marco contra mí, su aliento caliente enviando escalofríos por mi cuerpo.

Me aferré a la pared, mis dedos clavándose en los azulejos mientras me devoraba, su lengua y labios trabajando en perfecta armonía. Olas de placer me invadían, mis gemidos mezclándose con el sonido del agua. Podía sentir la tensión acumulándose, un apretado resorte de deseo listo para romperse.

Las grandes manos de Marco no permanecieron ociosas. Una de sus manos se deslizó por mi cuerpo, encontrando mi pecho y apretando suavemente, su pulgar rozando mi pezón, enviando descargas de placer a través de mí. Su otra mano se movió a mi clítoris, sus dedos hábilmente circulando y provocándome.

—Estás tan mojada para mí, Ivory —susurró, su voz baja y seductora—. No puedo tener suficiente de ti.

Gemí, sintiendo que el abrumador placer se apoderaba de mí. Instintivamente, levanté una pierna, envolviéndola alrededor de su hombro para darle mejor acceso. Su rostro se conectó más perfectamente con mi centro, su lengua adentrándose más profundamente, volviéndome loca.

—Marco —lloriqueé, mi voz apenas audible sobre el agua golpeando.

No se detuvo, su boca implacable, su lengua y dedos trabajando en tándem, llevándome cada vez más alto hasta que estuve al borde del abismo. Su mano en mi pecho apretaba y provocaba, sus dedos en mi clítoris frotando más rápido, más fuerte.

—Córrete para mí, nena —ordenó, su voz un profundo rugido que hizo que mi cuerpo obedeciera sin cuestionar.

Grité, mi cuerpo estremeciéndose mientras el clímax me atravesaba, dejándome débil y temblorosa. Me aferré a la pared, mis uñas clavándose en los azulejos mientras olas de placer me invadían, mis gemidos haciendo eco en el vaporoso baño.

Marco continuó lamiendo y provocando, su boca extrayendo cada último bit de placer, haciendo que mis piernas temblaran y mi respiración se entrecortara. Finalmente, se puso de pie, sus ojos fijándose en los míos, una sonrisa satisfecha en sus labios.

—Te ves tan hermosa cuando te corres —dijo, su voz llena de adoración y lujuria. Me levantó sin esfuerzo, mis piernas envolviéndose alrededor de su cintura mientras me llevaba a la pared de la ducha, nuestros cuerpos presionados juntos.

Marco se puso de pie, sus ojos nunca dejando los míos mientras me levantaba, mis piernas envolviéndose alrededor de su cintura. Entró en mí con un empuje rápido y poderoso, llenándome completamente. Jadeé, mis uñas clavándose en sus hombros mientras comenzaba a moverse, su ritmo constante y seguro.

—Me encanta lo apretada que estás —gimió, su voz llena de placer—. Fuiste hecha para mí, Ivory.

—Sí, Marco. Sí —aseguré sin aliento—. Fui hecha para ti.

Cada embestida enviaba una descarga de placer a través de mí, nuestros cuerpos moviéndose en perfecta sincronía. Me aferré a él, mi cabeza descansando contra su hombro, mis respiraciones volviéndose jadeantes. Mis gemidos eran fuertes y despreocupados. No me importaba quién

escuchara. Marco era mi esposo. Estábamos haciendo lo correcto.

Las manos de Marco agarraron mis caderas, sus embestidas volviéndose más urgentes, más exigentes. Igualé su ritmo, mi cuerpo respondiendo a cada uno de sus movimientos.

—Ivory —gimió, su voz espesa de necesidad.

Podía sentir la tensión acumulándose de nuevo, el placer aumentando con cada embestida. Me aferré a él, mi cuerpo temblando. Marco aceleró el ritmo, sus movimientos volviéndose más frenéticos, más desesperados.

Con una última y poderosa embestida, ambos nos deshicimos, nuestros gemidos resonando en el baño lleno de vapor. Me aferré a él, mi cuerpo sacudiéndose por la fuerza de nuestro clímax, nuestras respiraciones mezclándose en el aire caliente y húmedo.

Nos quedamos así por un momento, nuestros cuerpos entrelazados, el agua lavando los restos de nuestra pasión. El agarre de Marco sobre mí se suavizó, sus manos acariciando gentilmente mi espalda. Apoyó su frente contra la mía, sus ojos cerrados, una sonrisa satisfecha jugando en sus labios.

—Te amo tanto, Ivory —susurró, su voz suave pero resuelta.

—Yo también te amo, Marco —respondí. Era la primera vez que declarábamos nuestro amor abiertamente en siete años.

Nos quedamos en la ducha, dejando que el agua calmara nuestros cuerpos cansados antes de enjabonarnos y lavarnos.

Más tarde, mientras yacíamos entrelazados en la cama, tracé las líneas del rostro de Marco con mis dedos. Él atrapó mi mano, presionando un beso en mi palma.

—¿En qué piensas? —preguntó suavemente.

Sonreí, sintiendo una calidez extenderse por mi pecho. —Estoy pensando que esta es la primera vez que realmente me he sentido como tu esposa.

Los ojos de Marco se suavizaron. —Sé a qué te refieres. Es como si... finalmente estuviéramos en la misma página.

—¿Más vale tarde que nunca? —sugerí, y ambos reímos.

Nos quedamos dormidos en medio de nuestras conversaciones. Tuve sueños de una vida feliz y satisfecha en la que Lily y Marco formaban parte.

El estridente sonido del teléfono de Marco fue lo que nos despertó a la mañana siguiente.

Marco maldijo por lo bajo, buscando su teléfono en la mesita de noche.

—Es Isaac —dijo, su expresión volviéndose seria una vez más. Contestó la llamada, poniéndola en altavoz.

—Jefe —la voz urgente de Isaac llenó la habitación—. Se están movilizando. No tenemos mucho tiempo.

CAPÍTULO DIECINUEVE

IVORY

Me incorporé, aferrándome a la sábana contra mi pecho, con la mente ya dando vueltas. La mandíbula de Marco se tensó mientras escuchaba la rápida actualización de Isaac, su mano libre buscando instintivamente la mía. Entrelacé nuestros dedos.

Marco terminó la llamada.

—Necesitamos un plan —dije, con la voz más firme de lo que me sentía.

Marco asintió, sus ojos encontrándose con los míos. —¿Alguna idea, abogada? —El fantasma de una sonrisa jugó en sus labios, recordándome al Marco del que me había enamorado hace tantos años.

Tomé una respiración profunda, activando mi entrenamiento de la facultad de derecho. —Los enfrentaremos directamente —dije, sorprendiéndome incluso a mí misma por lo audaz de la idea —. La nueva posición política de mi padre... podemos usarla a nuestro favor.

Las cejas de Marco se alzaron, pero pude ver los engranajes girando en su cabeza. —Continúa —me instó.

Mientras esbozaba mi estrategia, observé cómo la expresión de Marco pasaba del escepticismo a la admiración a regañadientes. Pasamos la siguiente hora refinando el plan, nuestras mentes trabajando de una manera que nunca antes lo habían hecho. Era emocionante y aterrador al mismo tiempo.

—Es arriesgado —dijo Marco finalmente, pasándose una mano por el pelo—. Pero podría funcionar.

—Necesitamos hablar con mi padre —dije, con la voz más firme de lo que me sentía—. Y con Lucas. Deben saber todo antes de que enfrentemos al círculo interno.

Marco asintió, sus ojos encontrándose con los míos. —¿Estás segura de esto? —preguntó, con preocupación grabada en su rostro—. No quiero tener que arrastrar a tu familia a esto.

—Eso es una tontería, Marco. Estás en esta posición porque intentabas proteger a la familia Russo.

—Eres la única que cree eso ahora, Ivory. ¿Y si no me creen?

Apreté su mano. —Tenemos que intentarlo al menos. No tenemos elección. Necesitamos su apoyo si vamos a superar esto.

Alcancé mi teléfono en la mesita de noche. Mis dedos se detuvieron sobre el número de mi padre momentáneamente antes de presionar el botón de llamada. El teléfono sonó tres veces antes de que su voz áspera contestara.

—¿Ivory? ¿Está todo bien? —La preocupación de mi padre era evidente, incluso a través del teléfono.

—Papá —comencé, tratando de mantener la calma en mi voz—. Necesito verlos a ti y a Lucas. Es importante. ¿Pueden venir ambos a la casa de los Caruso lo antes posible?

Hubo una pausa al otro lado de la línea. —¿De qué se trata esto, Ivory?

—No puedo explicarlo por teléfono —dije, mirando a Marco—. Por favor, papá. Es crucial.

Otra pausa, luego un suspiro pesado. —Estaremos allí en una hora.

Mientras terminaba la llamada, los brazos de Marco me rodearon por detrás. —Todo va a estar bien —murmuró en mi pelo—. Lo enfrentaremos juntos.

Me recliné en su abrazo, extrayendo consuelo de su calor. —Espero que tengas razón —susurré.

La siguiente hora pasó en un borrón de energía nerviosa. Marco y yo nos duchamos y vestimos, nuestros movimientos sincronizados como si hubiéramos estado haciendo esta danza durante años. Mientras bajábamos las escaleras, vislumbré mi reflejo en un espejo del pasillo. La mujer que me devolvía la mirada parecía más fuerte, más determinada de lo que me había sentido en años.

El timbre sonó justo cuando llegamos al pie de las escaleras. Tomé una respiración profunda, apretando la mano de Marco una última vez antes de abrir.

Mi padre estaba en el umbral, su imponente figura bloqueando la mayor parte de la luz de la

mañana. Detrás de él, el rostro de Lucas estaba fruncido en un ceño, sus ojos moviéndose entre Marco y yo.

—Pasen —dije, haciéndome a un lado para dejarlos entrar.

La tensión en el aire era palpable mientras nos dirigíamos a la sala de estar. La hostilidad de Lucas hacia Marco era evidente en cada línea de su cuerpo, sus puños apretados a los costados.

—¿De qué se trata esto, Ivory? —preguntó mi padre cuando todos tomamos asiento. Él y Lucas se sentaron frente a Marco y a mí, la mesa de café entre nosotros como un campo de batalla.

Tomé una respiración profunda, organizando mis pensamientos. —Hay mucho que necesitan saber —comencé—, sobre Marco, sobre mí, sobre Lily.

La cabeza de Lucas se levantó de golpe al mencionar el nombre de Lily, sus ojos entrecerrados. —¿Qué pasa con Lily? —exigió.

—Marco lo sabe —dije suavemente—. Sobre Lily. Sobre todo.

La habitación estalló en caos. Lucas se puso de pie de un salto, su rostro contorsionado de rabia. —¿Se lo dijiste? —gritó—. ¿Te torturó para obligarte a decir la verdad? Dímelo y lo acabaré aquí mismo.

—Marco no hizo nada para obtener la verdad. Simplemente me descubrió visitándola, pero esa es una discusión para otro día —respondí.

Marco se puso de pie, su postura protectora. —Entiendo tu enojo —dijo, su voz calmada pero firme—. Pero hay más en la historia de lo que sabes.

—Siéntense, los dos —la voz autoritaria de mi padre cortó la tensión. A regañadientes, ambos hombres volvieron a sus asientos.

Durante la siguiente hora, expuse todo. Expliqué que el padre de Marco lo había enviado en una misión encubierta a largo plazo. Cómo había intentado innumerables veces contactarme.

Lucas se burló, la incredulidad escrita en todo su rostro. —¿Y se supone que debemos creer esto? —se mofó.

—Es la verdad —dijo Marco—. He cometido muchos errores, pero nunca dejé de preocuparme

por Ivory. Y ahora que sé sobre Lily, haré cualquier cosa para protegerlas a ambas.

Luego, con la mano de Marco firmemente en la mía, revelé la verdad sobre la muerte de Don Caruso.

—Estaba planeando eliminar a toda nuestra familia —dije, observando cuidadosamente el rostro de mi padre—. Marco intentó razonar con él, pero al final, se pelearon y murió a manos de Marco. Fue en defensa propia, pero corren rumores de que lo hizo a sangre fría. Los ancianos de la familia Caruso lo están descubriendo, lo cual nunca puede terminar bien. Marco hizo lo que tenía que hacer para protegernos. Elena y Lily están en una de sus casas de seguridad.

Mi padre se sentó en silencio, su expresión indescifrable. Finalmente, habló. —¿Por qué nos estás contando esto ahora?

Intercambié una mirada con Marco antes de responder. —Porque la verdad va a salir a la luz —dije—. Hay una reunión con el círculo interno mañana. Necesitamos enfrentar esto de frente, y... necesitamos su apoyo.

Siguió otro largo silencio. Lucas recorría la habitación de un lado a otro, su agitación evidente en cada movimiento. Mi padre permaneció inmóvil, con la mirada fija en un punto distante.

—Lucas —dijo mi padre al fin—. ¿Qué opinas?

Mi hermano dejó de caminar, su mirada pasando de Marco a mí, y luego de vuelta a nuestro padre.

—Creo que es una locura —dijo—. Pero... si lo que dicen es cierto, no tenemos muchas opciones.

—Bueno, está la opción del divorcio. Tú y Marco pueden divorciarse y el vínculo entre las familias Caruso y Russo se rompería.

—Papá, ¿estás loco? —pregunté antes de poder contenerme—. Nosotros somos la razón por la que él está en este lío.

—Ah, *cara mia* —papá sonrió—. Niña ignorante.

—Con todo respeto, señor —habló Marco—. El divorcio no está en los planes para Ivory y para mí. En papel, quizás, pero tendría que estar muerto para alejarme de Ivory otra vez. La amo y

quiero estar con ella por el resto de mi vida. Espero que esto quede claro.

La declaración abierta de amor de Marco casi me deja sin aliento.

—Yo también te amo —le susurré, sin importarme la presencia de mi padre y mi hermano—. Papá —dije, volviéndome hacia mi padre—. Me quedaré con él. Con o sin tu ayuda.

—Oh, al diablo con el amor joven —suspiró papá—. Pensar que hace unos meses te rogábamos que te casaras con él. —Mi padre se puso de pie, lo que nos hizo levantarnos también a los demás. Se acercó a Marco, con expresión severa—. Si alguna vez vuelves a lastimar a mi hija o a mi nieta —dijo—, no habrá lugar en este mundo donde puedas esconderte de mí. ¿Entendido?

Marco sostuvo su mirada sin pestañear.

—Sí, señor —dijo—. Tiene mi palabra.

Mi padre asintió, luego se volvió hacia mí.

—Los apoyaremos en la reunión —dijo—. Pero ten cuidado, Ivory. Este mundo... no perdona los errores.

Mientras se preparaban para irse, Lucas me llevó aparte.

—¿Estás segura de esto, Ivory? —preguntó, con voz más suave que antes—. Después de todo...

Lo abracé con fuerza.

—Estoy segura, Lucas —susurré—. Gracias por protegerme siempre. Pero ahora es mi turno de proteger a mi familia.

Después de que se fueron, sin decir una palabra, Marco me atrajo a sus brazos, abrazándome con fuerza.

—Gracias —murmuró en mi cabello—. Por creer en mí. Por darme la oportunidad de enmendar las cosas.

Me eché hacia atrás, mirándolo a los ojos.

—Estamos juntos en esto ahora —dije suavemente—. Sin importar lo que pase mañana.

Planeamos nuestro siguiente movimiento, asegurándonos de que todo estuviera en orden.

Una hora más tarde, encontré a Marco en nuestra habitación. Estaba de pie cerca del tocador, sosteniendo algo. Era una foto que yo había escondido. Mi corazón dio un vuelco cuando la reconocí: Lily, riendo en el parque, sus ojos brillando de alegría.

La expresión de Marco era indescifrable cuando se volvió hacia mí, su voz apenas por encima de un susurro.

—¿Crees que alguna vez me perdonará por no haber estado allí?

La vulnerabilidad en su pregunta me tomó por sorpresa. Me acerqué a él, poniendo mi mano en su brazo.

—Marco —dije con suavidad—, no lo sabías. Y ahora que lo sabes, estás haciendo todo lo posible por protegerla.

Asintió, con los ojos aún fijos en la foto.

—Es hermosa —murmuró—. Igual que su madre.

Sentí que un rubor subía por mis mejillas, un calor extendiéndose por mi pecho.

—Tiene tu sonrisa —dije suavemente.

—Y tu terquedad.

Marco se rio, mirándome por fin.

—Pobre niña —bromeó, pero pude ver la emoción en sus ojos.

CAPÍTULO VEINTE

MARCO

Justo ayer, antes de que nuestro mundo volviera a ponerse patas arriba, había ido a ver cómo estaban Lily y Elena en la casa de seguridad. Recordé cómo se me había encogido el corazón al aparcar calle abajo, escudriñando con la mirada cualquier señal de problemas. Pero solo había paz, esa clase de paz que hacía mucho tiempo había olvidado que existía en nuestro mundo.

La vi entonces, un manojo de energía corriendo por el pequeño patio trasero. Su risa llegaba con la brisa, despreocupada e inocente. Me encontré conteniendo la respiración, absorbiendo cada detalle. La forma en que sus rizos oscuros rebotaban mientras corría. El hoyuelo en su mejilla izquierda cuando sonreía. La determinación de su mandíbula mientras trepaba por el pequeño juego. Se parecía tanto a Ivory que me dolía el pecho.

Elena me vio y me hizo señas para que me acercara. Oh, mierda. Iba a estar cerca de mi hija por primera vez, y de repente me sentí nervioso.

—Hola, Elena —saludé mientras me acercaba a ella y a Lily.

—Hola, Marco. Lily ha estado preguntando por el amable caballero que nos dio un nuevo hogar y muchos juguetes para jugar.

Mi corazón latió con fuerza. Lily se acercó y me agaché a su nivel. Mirándola de cerca, no había duda en mi mente de que esta era mi hija. Incluso tenía algunos rasgos de mi padre. No eran evidentes, pero podía verlos.

—Hola, pequeña —dije, extendiendo mi mano para un apretón. Ella lo recibió, su manita perdiéndose en la mía.

—Gracias, señor, por dejarnos quedarnos en su hermosa casa —dijo antes de alejarse corriendo para seguir jugando.

La miré con anhelo, listo para dar cualquier cosa para que me llamara "Papá".

—Con el tiempo, Marco —susurró Elena—. Todo estará bien con el tiempo.

En ese momento, viendo a mi hija jugar sin preocupaciones en el mundo, me di cuenta de que nunca había sabido que era posible amar a alguien tan feroz y completamente. La necesidad de protegerla, de asegurarme de que nunca perdiera esa inocencia, me consumió por completo.

No sabía que era capaz de sentir algo así. Durante años, había enterrado mis emociones profundamente, convencido de que el amor era una debilidad en nuestro mundo. Pero Lily... ella lo cambió todo. Era la pieza que faltaba y que nunca supe que necesitaba, la razón para luchar por un futuro mejor.

La reunión de hoy con el círculo interno podría cambiarlo todo. Si teníamos éxito, podría significar un nuevo comienzo para todos nosotros. Si fallábamos... Aparté ese pensamiento. El fracaso no era una opción. No cuando tenía una hija a la que aún no me habían presentado adecuadamente.

Bajé las escaleras y encontré a Ivory en la cocina. Ella levantó la mirada cuando entré.

—¿Listo? —preguntó, con voz apenas por encima de un susurro.

Asentí, cruzando la habitación para tomarla en mis brazos. —Más que nunca —respondí, pensando en la risa de Lily, en el futuro que podríamos construir para ella—. No puedo esperar a que todo esto termine. Para que seamos una familia de verdad.

Los brazos de Ivory se apretaron a mi alrededor. —Lo seremos —dijo con firmeza—. Superaremos esto, Marco. Por Lily.

Nos dirigimos al coche. El viaje al lugar de la reunión fue silencioso. Este era el momento. Todos nuestros preparativos hasta ahora habían llevado a este instante.

Mientras nos acercábamos al edificio, no pude evitar recordar las innumerables veces que había estado aquí de niño, siguiendo a mi padre. La imponente estructura siempre me había llenado de asombro y miedo. Ahora, como adulto, esos sentimientos se amplificaban diez veces.

Cuando llegamos al edificio que albergaba el círculo interno de nuestro mundo, me volví hacia Ivory, bebiendo su imagen. —¿Lista? —pregunté.

Ella asintió, extendiendo la mano para apretar la mía. —Juntos —dijo, con voz apenas audible.

Salimos del coche, el fresco aire nocturno golpeando nuestra piel. Coloqué mi mano en la parte baja de la espalda de Ivory mientras caminábamos hacia la entrada. El guardia en la puerta

asintió en reconocimiento al dejarnos pasar.

El viaje en ascensor hasta el último piso fue interminable. Podía escuchar la respiración controlada de Ivory a mi lado. Sostuve sus manos, brindándole el mejor consuelo que pude en ese momento. Cuando las puertas se abrieron, el bajo murmullo de voces nos llegó, cortándose abruptamente cuando entramos en su campo de visión.

La habitación era exactamente como la recordaba de mi infancia: paneles de madera oscura, cortinas pesadas y el persistente aroma a puros. Alrededor de la larga mesa estaban sentados los hombres más poderosos de nuestro mundo.

A la cabecera de la mesa estaba Victor Russo, el padre de Ivory, con toda la apariencia del político en que se había convertido. Sus ojos se encontraron con los míos.

—Ah, Marco, Ivory —la voz de Victor cortó el silencio—. Los estábamos esperando.

Todas las miradas se volvieron hacia nosotros mientras nos dirigíamos a las dos sillas vacías al final de la mesa. Aparté la silla de Ivory para ella, un gesto automático que no pasó desapercibido para los ojos atentos a nuestro alrededor.

Mientras nos sentábamos, examiné los rostros alrededor de la mesa. Algunos los reconocía: viejos amigos de la familia y socios comerciales. Incluso Gloria estaba allí. Otros eran caras nuevas y más jóvenes, hambrientas de poder y reconocimiento. Y allí, tres asientos más allá de Victor, estaba Angelo Amato. Sus ojos se clavaron en mí, indescifrables y fríos.

Victor se aclaró la garganta. —Caballeros, como decía, los acontecimientos recientes han hecho necesarios algunos... cambios en nuestra organización. Marco e Ivory están aquí para abordar estos cambios y proponer un camino a seguir.

La sala quedó en silencio, toda la atención centrada en nosotros. Sentí la mano de Ivory encontrar la mía bajo la mesa, una muestra silenciosa de apoyo. Respirando profundamente, me puse de pie.

—Gracias a todos por venir —comencé—. Sé que han estado circulando rumores sobre los acontecimientos recientes, particularmente sobre la muerte de mi padre. Estoy aquí para aclarar las cosas.

Un murmullo recorrió la sala. Continué, con el corazón latiendo fuertemente en mi pecho.

—Mi padre, Don Caruso, era un gran hombre en muchos aspectos. Pero en sus últimos días, se había vuelto paranoico, viendo enemigos donde no los había —hice una pausa, mis ojos encontrándose con los de Ivory. Ella asintió alentadoramente.

—Según él, la familia Russo era una amenaza que debía ser eliminada. Todos ellos.

—No sabíamos nada de esto —replicó uno de los ancianos—. ¿Cómo podemos estar seguros de que no nos estás mintiendo? Después de todo, un muerto no puede defenderse.

—El chico no está mintiendo —habló Gloria por primera vez, poniéndose de pie—. No actuemos como si fuéramos ignorantes y jodidamente ingenuos. No desconocemos los innumerables errores de Don Caruso. Lo había hecho una y otra vez. Organizaba ataques sin aprobación, aumentaba el precio de las acciones cuando le daba la gana. Podría seguir y seguir si alguien en esta mesa parece estar sufriendo un lapso de memoria. Porque, créanme, lo recuerdo todo con claridad.

Angelo se dirigió a ella:

—Esperaría que una de las aventuras de Don Caruso hablara mal de él, pero no tú, Gloria. No tú. Él te amaba.

—Guárdate tus expectativas para ti mismo, Angelo. Yo también amaba a Don Caruso, pero el amor no debe cegarnos cuando la verdad está frente a nosotros. Ya es hora de que dejes de lamerle el culo a un muerto.

La sala quedó en silencio después de eso. Angelo miró alrededor, buscando a alguien, cualquiera que pudiera contradecir a Gloria, pero no hubo nadie. Observé cómo el shock y el reconocimiento se extendían por los rostros alrededor de la mesa. Gracias a Gloria, podría tener una oportunidad de ganar esto.

Continué:

—Intenté razonar con él, hacerle ver que este curso de acción llevaría a una guerra total. Pero no quiso escuchar. Al final, hubo una lucha y... —tragué saliva, el recuerdo de esa noche aún fresco —. Les pregunto, mis mayores, ¿qué habrían hecho ustedes en mi lugar? Fue un tiroteo entre dos hombres. ¡Era matar o morir! Tuve que tomar una decisión imposible. Elegí proteger vidas inocentes, evitar una guerra que habría destrozado nuestro mundo.

La sala estalló en caos. Gritos de incredulidad y enojo llenaron el aire. Me mantuve firme, esperando que pasara la tormenta.

—¡Mentiroso! —gritó alguien—. ¡Mataste a tu propio padre por poder!

—¡Basta! —la voz de Victor cortó el alboroto como un latigazo. La sala volvió a quedar en silencio—. Dejen que termine.

Asentí agradecido a mi suegro antes de continuar:

—Sé que muchos de ustedes dudan de mis palabras. Pero pregúntense esto: ¿cuáles han sido las consecuencias de la muerte de mi padre? ¿He hecho un intento por tomar el poder? ¿He desmantelado nuestras operaciones o traicionado a nuestros aliados?

Dejé que las preguntas flotaran en el aire por un momento antes de continuar:

—No. En cambio, he trabajado para estabilizar nuestra posición, para forjar nuevas alianzas. Y ahora, estoy aquí para ofrecerles a todos una visión de nuestro futuro. Un futuro donde no solo sobrevivimos, sino que prosperamos.

Hice un gesto hacia Victor.

—Mi suegro ahora ocupa una posición de influencia política significativa. Con su ayuda, tenemos una oportunidad sin precedentes de operar con una interferencia mínima de las fuerzas del orden.

La atmósfera en la sala cambió sutilmente. Podía ver el brillo de interés en muchos ojos, las ruedas girando mientras consideraban las posibilidades.

—Imaginen un mundo donde nuestros negocios funcionen sin problemas, donde tengamos advertencia anticipada de cualquier posible problema legal. Donde tengamos voz en el mismo sistema que durante mucho tiempo ha sido nuestro adversario —me incliné hacia adelante, con voz baja e intensa—. Ese mundo está a nuestro alcance, caballeros. Pero solo si permanecemos unidos.

Mientras hablaba, podía sentir cómo cambiaba la energía en la sala. La hostilidad aún estaba presente, pero ahora estaba templada con curiosidad, incluso emoción. Aproveché mi ventaja.

—No les estoy pidiendo que olviden el pasado. Les estoy pidiendo que miren hacia el futuro. Un

futuro donde seamos más fuertes que nunca.

Me volví hacia Ivory, extendiendo mi mano. Ella se puso de pie, su presencia a mi lado era una fuente de fuerza.

—Mi esposa y yo estamos comprometidos con esta visión. Estamos preparados para hacer lo que sea necesario para hacerla realidad. Pero necesitamos su apoyo.

La sala quedó en silencio por un largo momento mientras mis palabras se asentaban. Contuve la respiración, consciente de que todo dependía de lo que sucediera a continuación.

Fue Don Falcone, uno de los miembros más antiguos, quien habló primero:

—Es una propuesta intrigante, Caruso —dijo lentamente—. Pero ¿cómo podemos confiar en ti después de lo que has hecho?

Sostuve su mirada con firmeza.

—Les estoy ofreciendo algo que mi padre nunca hizo: transparencia. No más secretos, no más paranoia. Trabajamos juntos, abierta y honestamente. Unimos nuestros recursos, compartimos información. Nos volvemos más fuertes de lo que jamás fuimos solos. Así que no necesitan confiar en mí. Solo necesitan confiar en un futuro con muchos más beneficios de los que están obteniendo ahora.

Más murmullos, pero esta vez, podía escuchar notas de acuerdo. Me permití un pequeño destello de esperanza.

Entonces Angelo Amato se puso de pie, su silla raspando ruidosamente contra el suelo. La sala volvió a quedar en silencio, todos los ojos volviéndose hacia él. Sentí que mis músculos se tensaban, recordando el arma que siempre llevaba en el bolsillo de su chaqueta. Me moví ligeramente, posicionándome frente a Ivory.

La cara de Angelo era una máscara de furia, sus ojos ardiendo con un odio que me quitó el aliento.

—Estás ahí parado —gruñó—, soltando bonitas palabras sobre el futuro. Pero olvidas una cosa, Marco.

Dio un paso hacia mí, su mano moviéndose hacia su chaqueta. Me tensé, listo para moverme.

—Mataste a tu padre por una mujer, lo que te convierte en un traidor. Y por eso, tienes que pagar.

El tiempo pareció ralentizarse. Vi la mano de Angelo desaparecer en su chaqueta y escuché la brusca inhalación de Ivory detrás de mí. En ese momento, todo lo que podía pensar era que tenía que protegerla, tenía que mantenerla a salvo.

Me lancé hacia adelante justo cuando la mano de Angelo emergía, el brillo del metal captando la luz. Hubo gritos, el raspado de sillas mientras la gente se apresuraba a cubrirse. Choqué con Angelo, luchando por el arma. Caímos al suelo, el sonido de la lucha ahogado por el caos que nos rodeaba.

Oí a Ivory gritar mi nombre, escuché el sonido de pasos apresurados. Pero toda mi atención estaba en el hombre debajo de mí, en el arma que podría acabar con todo por lo que habíamos luchado. No había manera en este mundo de que permitiera que eso sucediera.

CAPÍTULO VEINTIUNO

IVORY

Mi corazón latía con fuerza mientras veía la mano de Angelo desaparecer dentro de su chaqueta. El tiempo pareció ralentizarse, cada segundo se estiraba hasta la eternidad. El odio en sus ojos era palpable. En ese momento, supe con escalofriante certeza que tenía la intención de terminar lo que el padre de Marco había comenzado.

Todos los argumentos y planes cuidadosamente preparados que habíamos hecho se desvanecieron como humo. Este era el mundo crudo y violento del que siempre había intentado escapar, el mundo que había moldeado a Marco y que ahora amenazaba con consumirnos a ambos.

El destello del metal captó mi atención cuando Angelo sacó una pistola, su cañón apuntando directamente hacia mí. Mi respiración se atascó en mi garganta, mi cuerpo congelado en el lugar. Quería correr, agacharme o hacer algo, pero no podía moverme. Era como si mis pies estuvieran arraigados al suelo.

Justo cuando me preparaba para el impacto, Marco se movió a la velocidad del rayo. Su cuerpo se difuminó en mi visión mientras se abalanzaba hacia adelante, chocando con Angelo. El ensordecedor estallido de un disparo llenó la habitación, y me estremecí, esperando instintivamente que el dolor me golpeara.

Pero el dolor nunca llegó.

En su lugar, vi con asombro cómo Angelo se desplomaba en el suelo, sus ojos abiertos de sorpresa. Marco estaba de pie sobre él, con la pistola aún levantada y humeante. La habitación cayó en un silencio atónito, el eco del disparo aún resonando en mis oídos.

Por un momento, nadie se movió. Era como si todos estuviéramos congelados en un cuadro, una pintura grotesca de violencia y poder. Entonces, como una presa rompiéndose, estalló el caos.

Gritos y maldiciones llenaron el aire mientras la gente se apresuraba a buscar refugio. Las sillas rasparon contra el suelo, y la pesada mesa de roble gimió cuando alguien intentó usarla como escudo. A través de todo esto, Marco permaneció de pie, su arma ahora apuntando al resto de la

habitación.

—¡Basta! —Su voz cortó el pandemónium como un cuchillo. La autoridad en su tono era inconfundible, y gradualmente, la habitación volvió a quedar en silencio.

Observé, con el corazón aún acelerado, cómo Marco tomaba el control de la situación. Su rostro era una máscara de calma determinación, pero podía ver la tensión en sus hombros y el ligero temblor en su mano mientras bajaba su arma.

—Lo hecho, hecho está —dijo, con voz firme y constante—. Angelo tomó su decisión, y yo tomé la mía. Ahora, todos tenemos una elección que hacer. Podemos desgarrarnos luchando viejas batallas, o podemos avanzar juntos hacia una nueva era de prosperidad y seguridad.

Vi a los otros líderes intercambiar miradas, algunos escépticos, otros intrigados. Papa estaba de pie a la cabecera de la mesa, su rostro impasible pero sus ojos brillando con aprobación.

—Mi padre —continuó Marco— creía que la fuerza venía del miedo y la división. Yo les estoy ofreciendo algo diferente. Unidad. Transparencia. Un asiento en la mesa donde se toman las decisiones reales.

Hizo una pausa, dejando que sus palabras calaran. Contuve la respiración, consciente de que todo por lo que habíamos trabajado pendía de un hilo.

—Así que les pregunto ahora —dijo Marco, con voz baja e intensa—. ¿Están con nosotros? ¿O están contra nosotros?

El silencio que siguió fue ensordecedor. Casi podía oír los engranajes girando en la mente de cada líder, sopesando los riesgos y beneficios de la propuesta de Marco.

Fue Don Falcone quien rompió el silencio. El anciano se puso de pie lentamente, su rostro arrugado fruncido en reflexión. —Hablas de una nueva era, Marco —dijo, su voz ronca por la edad—. ¿Por qué deberíamos confiar en tu capacidad para llevarnos al futuro del que hablas?

Me tensé, lista para saltar en defensa de Marco, pero él levantó una mano, silenciándome antes de que pudiera hablar.

—Una pregunta justa, Don Falcone —respondió Marco—. Y la responderé con total honestidad. —Hizo una pausa, sus ojos recorriendo la sala una vez más—. No les estoy pidiendo su confianza basada solo en palabras. Les estoy ofreciendo acciones. Transparencia en nuestras

operaciones. Una voz en nuestra toma de decisiones. Y lo más importante, la protección política que viene con la nueva posición de mi suegro —repitió por lo que pareció la séptima vez esa noche.

Ante esto, todas las miradas se volvieron hacia mi padre. Victor Russo se puso de pie, su presencia exigiendo atención incluso en esta sala llena de hombres poderosos.

—Lo que mi yerno propone no está exento de riesgos —dijo, con voz medida y calmada—. Pero nos ofrece una oportunidad sin precedentes. Con mi posición en el gobierno local, podemos operar con un nivel de seguridad que nunca antes hemos tenido. No más miedo constante a redadas o investigaciones. No más pérdida de valiosos recursos en batallas legales.

Observé cómo el ambiente en la sala comenzaba a cambiar. El escepticismo todavía estaba ahí, pero ahora estaba templado con interés, incluso entusiasmo.

—Por supuesto —continuó mi padre, con una sonrisa astuta jugando en sus labios—, este acuerdo beneficiaría a aquellos que decidan alinearse con nosotros. Aquellos que no... bueno, podrían encontrar que el panorama legal se vuelve cada vez más hostil.

La implicación era clara, y vi a varios de los líderes asentir en comprensión. Este era el lenguaje que entendían: el delicado equilibrio de amenaza y oportunidad que siempre había gobernado nuestro mundo.

Mientras la discusión continuaba, me encontré estudiando a Marco. Este era un lado de él que nunca había visto completamente antes. Se movía por la habitación con fácil confianza, abordando preocupaciones, haciendo promesas, negociando términos. Me di cuenta de repente de que este era Marco en su elemento. Era un líder nato, capaz de tomar las decisiones difíciles necesarias para la supervivencia en este mundo.

Por un momento, sentí algo de duda. ¿Era este el hombre del que me había enamorado? ¿El padre de mi hijo? Pero entonces los ojos de Marco se encontraron con los míos a través de la habitación, y vi el calor allí, el amor que me había atraído hacia él en primer lugar. Sí, este era mi Marco; complejo, a veces despiadado, pero siempre impulsado por el deseo de proteger lo que era suyo.

Mientras la reunión llegaba a su fin, pude sentir el cambio en la habitación. La hostilidad se había disipado en gran medida, reemplazada por un optimismo cauteloso. Uno por uno, los líderes se acercaron a Marco, estrechando su mano y prometiendo su apoyo. No era universal.

Noté algunos rebeldes, sus rostros oscuros con resentimiento apenas disimulado, pero era suficiente. Habíamos ganado, al menos por ahora.

Cuando los líderes comenzaban a salir de la habitación, Gloria se acercó a Marco y a mí.

—Lo hiciste bien hoy, Marco —dijo, sus ojos llenos de calidez que me trajo recuerdos de nosotros cuando éramos niños. Ella había sido una figura materna para mí hasta que ella y Don Caruso rompieron.

—Todo fue gracias a ti, Gloria. Fuiste invaluable. Si no fuera por ti, no sé cómo los habría convencido a todos —dijo Marco, su voz llena de genuino aprecio.

—Solo quiero lo mejor para todos —dijo y se volvió hacia mí—. Cuídate, Ivory.

—Gracias, Gloria.

Ella asintió y salió de la habitación.

—Qué mujer tan fenomenal —me susurré a mí misma.

Cuando el último de los líderes se hubo marchado, dejándonos solo a Marco, a mi padre y a mí, finalmente me permití respirar. La tensión que me había mantenido rígida durante toda la reunión se liberó de repente, y sentí que mis rodillas flaqueaban.

Marco estuvo a mi lado en un instante, con su brazo alrededor de mi cintura, sosteniéndome. —¿Estás bien? —murmuró, sus ojos escrutando mi rostro.

Asentí, logrando esbozar una sonrisa temblorosa. —Solo estoy... procesando —dije—. Eso fue...

—Intenso —terminó por mí, con una sonrisa irónica en su rostro—. Bienvenida a mi mundo.

Mi padre se acercó a nosotros, con el rostro grave. —Lo han hecho bien, los dos —dijo—, pero esto es solo el comienzo. Habrá desafíos por delante.

Marco asintió, apretando su brazo alrededor de mí. —Estamos listos para ellos —dijo con firmeza.

Mientras salíamos del edificio, el aire fresco de la noche golpeó mi rostro, trayendo consigo una sensación de irrealidad. ¿Todo eso realmente acababa de suceder? ¿De verdad acabábamos de

remodelar toda la estructura de poder de nuestro mundo en una sola noche?

Marco me ayudó a entrar en el coche y luego se deslizó a mi lado. Cuando nos alejamos de la acera, noté que sus manos temblaban ligeramente mientras agarraba el volante.

—¿Marco? —dije suavemente, extendiendo la mano para tocar su brazo—. ¿Estás bien?

Respiró profundamente, con los nudillos blancos sobre el volante. —Lo maté, Ivory —dijo, con voz apenas por encima de un susurro—. A Angelo. Era como un tío para mí, y lo maté sin dudarlo.

Sentí una punzada en el pecho por el dolor en su voz. Este era el Marco que yo conocía; el hombre que sentía profundamente, que cargaba el peso de sus acciones sobre sus hombros.

—Hiciste lo que tenías que hacer —dije suavemente—. Nos habría matado a los dos si no hubieras actuado.

Marco asintió, pero pude ver el conflicto en sus ojos. —Lo sé —dijo—. Pero eso no lo hace más fácil. Esta vida... a veces me pregunto si vale la pena el costo.

Tomé su mano entre las mías, entrelazando nuestros dedos. —Vale la pena si significa que podemos construir un futuro mejor —dije—. Para nosotros. Para Lily.

Al mencionar el nombre de nuestra hija, vi que parte de la tensión de Marco abandonaba sus hombros. —Lily —repitió suavemente, con una pequeña sonrisa jugando en sus labios—. Dios, Ivory, no puedo esperar a que seamos una verdadera familia, para darle la vida que se merece.

Mientras conducíamos por las calles tranquilas, pensé en el futuro por el que habíamos luchado tanto esta noche. No era perfecto, nuestro mundo nunca estaría completamente libre de peligro o conflicto. Pero ahora teníamos una oportunidad, una oportunidad de dar forma a las cosas en nuestros propios términos.

Estábamos casi en casa cuando Marco de repente se tensó a mi lado. —Ivory —dijo, con voz tensa por la alarma—. Mira.

Seguí su mirada y sentí que se me helaba la sangre. Un coche negro estaba estacionado al otro lado de la calle de la mansión Caruso, sus ventanas tan oscuras que eran casi opacas. Mientras observábamos, la puerta del conductor se abrió y una figura salió.

Incluso desde esta distancia, lo reconocí. Don Vittorio, uno de los pocos líderes que no habían jurado su apoyo en la reunión. Su rostro estaba oculto en las sombras, pero podía sentir el peso de su mirada mientras observaba nuestro coche acercándose.

Marco se detuvo, con el cuerpo tenso y alerta. —Quédate en el coche —dijo, su mano ya alcanzando su arma.

Pero negué con la cabeza, mi propia determinación endureciéndose. —No —dije con firmeza—. Estamos en esto juntos, ¿recuerdas? Sea lo que sea que quiera, lo enfrentaremos juntos.

Marco dudó por un momento, luego asintió. Juntos, salimos del coche, listos para enfrentar cualquier desafío que esta nueva amenaza pudiera traer. La noche aún no había terminado, y tenía la sensación de que nuestra lucha estaba lejos de haber terminado.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

MARCO

Cuando vi a Don Vittorio de pie frente a la mansión, supe que la batalla estaba lejos de terminar. Mientras Ivory y yo nos acercábamos, mis músculos se tensaron, listos para la acción. Su rostro era una máscara de fría indiferencia, pero podía ver el cálculo en sus ojos.

—Marco —dijo, con voz engañosamente casual—. Menudo espectáculo el que has montado allí atrás.

Asentí, manteniendo mi expresión neutral.

—Solo hacía lo que había que hacer, Don Vittorio. Por todos nosotros.

Soltó una risita, pero sin humor alguno.

—¿Por todos nosotros? ¿O por ti mismo? —Sus ojos se desviaron hacia Ivory y luego volvieron a mí—. Me pregunto cuántos de nuestros asociados realmente creen eso.

La amenaza en sus palabras era clara. Sentí a Ivory tensarse a mi lado, pero su voz era firme cuando habló.

—Si tiene preocupaciones, Don Vittorio, quizás deberíamos discutirlas. Dentro, donde es más... privado.

Por un momento, pensé que podría negarse. Pero luego asintió, siguiéndonos al interior de la casa. Mientras nos acomodábamos en la sala de estar, supe que esto estaba lejos de terminar. Esto era solo el comienzo.

—Hable con franqueza, Don Vittorio —dije, sirviéndonos a cada uno un vaso de whisky—. ¿Qué es lo que realmente le preocupa?

Don Vittorio tomó un sorbo lento, sin apartar sus ojos de los míos.

—Has hecho grandes promesas, Marco. Protección política, negocios legítimos... todo suena maravilloso. Pero algunos nos preguntamos si puedes cumplirlo. ¿Y qué hay de nuestro pasado?

—contraatacó—. ¿Nuestras tradiciones? Algunos temen que estés demasiado ansioso por cambiar las cosas, Marco.

Ivory intervino, su mente legal poniéndose en marcha.

—El cambio es necesario para sobrevivir, Don Vittorio. No estamos abandonando nuestro pasado. Estamos evolucionando. Adaptándonos a un nuevo mundo.

Don Vittorio asintió lentamente, pero pude ver que no estaba completamente convencido.

—Bonitas palabras. Pero las palabras no dirigen una organización. Las acciones sí.

Me puse de pie, paseando por la habitación.

—Tiene razón. Por eso estoy pidiendo una votación. Que todos decidan si quieren avanzar con nosotros o quedarse atrapados en el pasado.

Las cejas de Don Vittorio se alzaron.

—¿Una votación? Pareces confundirnos con miembros de la junta directiva de un trabajo de cuello blanco.

—Es un método justo —dije con firmeza—. Y es definitivo. Dentro de tres días, reuniremos a todos. Exponga su caso, y yo expondré el mío. Que la familia decida.

Después de un largo momento, Don Vittorio asintió.

—Muy bien, Marco. Tendrás tu votación. Pero prepárate para el resultado, sea cual sea.

Cuando se fue, Ivory se volvió hacia mí, con los ojos muy abiertos.

—¿Una votación? Marco, ¿estás seguro de esto?

La atraje hacia mí, sintiendo el calor de su cuerpo contra el mío.

—Es la única manera, Ivory. Necesitamos saber dónde se posiciona cada uno. Y necesitamos actuar rápido.

Ella asintió, su mente ya trabajando a toda velocidad.

—Necesitaremos asegurar el apoyo. Cobrar favores. Recordarle a la gente lo que estamos ofreciendo.

—Exactamente —dije, ya alcanzando mi teléfono—. Pongámonos a trabajar.

Los siguientes tres días fueron un torbellino de actividad. Ivory y yo trabajamos incansablemente, contactando a cada persona que conocíamos. Cobramos favores, hicimos promesas y pintamos una vívida imagen del futuro que estábamos ofreciendo.

—Marco —dijo Ivory en la segunda noche mientras repasábamos listas de nombres y lealtades —. ¿Qué hay de la generación más joven? Podrían estar más abiertos al cambio.

Asentí, impresionado por su perspicacia.

—Buen pensamiento. Nos enfocaremos en ellos mañana. Y podemos usar las conexiones políticas de tu padre como ventaja. Prometerles la protección que nunca antes han tenido. Es el comienzo de una nueva era para ellos. Una oportunidad de sobrevivir a la vieja generación.

Mientras trabajábamos, me encontré pensando en Lily. Nuestra hija, aún sin saber quién era yo realmente para ella. La culpa me carcomía, pero la aparté. Primero, teníamos que asegurar nuestra posición. Luego podríamos concentrarnos en construir nuestra familia.

La noche antes de la votación, me quedé de pie en la puerta de la habitación de Lily, viéndola dormir. Finalmente la habíamos trasladado a la mansión, y ahora estaba fuera de peligro inmediato.

Era tan pequeña, tan inocente. El feroz instinto de protección que sentía por ella casi me quitaba el aliento. Haría cualquier cosa para mantenerla a salvo y darle la infancia que yo nunca tuve.

Ivory se acercó a mi lado, deslizando su mano en la mía.

—Se ve tan tranquila —susurró.

—Anhelo el día en que me llame papá —dije.

—Sucederá más pronto de lo que crees, Marco.

—Ivory, no sé cuánto tiempo más puedo esperar. Me mira como si fuera un extraño que les está prestando un hogar a todas ustedes.

—No puedo describir cómo debe hacerte sentir esto, Marco. Pero mientras yo viva, tendrás la oportunidad de vivir una vida feliz con tu hija.

Asentí, incapaz de hablar por el nudo en mi garganta. Ivory apoyó su cabeza en mi hombro, y nos quedamos allí en silencio durante lo que pareció horas antes de retirarnos a dormir.

***

La sala de reuniones estaba llena de rostros tanto familiares como nuevos, que se volvían para observarnos mientras Ivory y yo entrábamos. Podía sentir la corriente subyacente de tensión, la hostilidad apenas disimulada de algunos sectores.

Don Vittorio estaba sentado en el extremo más alejado de la mesa, su rostro impasible pero sus ojos brillando con anticipación. Cuando la reunión comenzó, los argumentos y contraargumentos volaron de un lado a otro.

Don Vittorio se inclinó hacia adelante, entrecerrando los ojos.

—¿Y qué hay de nuestras tradiciones, Marco? ¿Nuestro modo de vida? ¿Nos harías abandonar todo lo que nos ha definido durante generaciones?

La sala estalló en murmullos. Levanté la mano pidiendo silencio, sintiendo un destello de ira. La mano de Ivory en mi brazo me calmó.

—Nuestras tradiciones son importantes, Don Vittorio. Pero también lo es la supervivencia. Podemos honrar nuestro pasado mientras aseguramos nuestro futuro.

Otra voz cortó la tensión.

—Hablas de evolución, pero resolviste la muerte de tu padre y la traición de Angelo con sangre. ¿En qué se diferencia eso de nuestros viejos métodos?

Hice una pausa, eligiendo mis palabras cuidadosamente.

—La muerte de mi padre fue una tragedia —dije—. Y sí, hemos tenido que tomar decisiones difíciles. Pero eso no cambia el hecho de que necesitamos adaptarnos. Tenemos una oportunidad aquí que nunca antes hemos tenido; evolucionar mientras mantenemos la esencia de quiénes somos.

Justo cuando pensé que podríamos estar perdiendo terreno, Ivory se puso de pie. La sala quedó en silencio cuando comenzó a hablar, su voz clara y confiada.

—Caballeros —dijo ella, recorriendo la sala con la mirada—. Entiendo sus preocupaciones. El cambio siempre da miedo. Pero consideren lo que estamos ofreciendo. Protección política que nos permitirá operar sin el constante temor a las fuerzas del orden. Negocios legítimos que proporcionarán ingresos estables y blanquearán nuestro dinero de manera más eficaz que nunca.

Hizo una pausa, endureciendo la mirada. —Permítanme dejar algo claro. Marco mató a su padre y a Angelo para protegerme. Y yo haría lo mismo por él, no solo porque nos amamos, sino porque proteger a la familia es la esencia misma de quienes somos.

Murmullos recorrieron la sala. Ivory alzó ligeramente la voz. —¿No es esa nuestra tradición más sagrada? ¿Proteger a los nuestros, sin importar el costo? Marco y yo no les pedimos que abandonen eso. Les pedimos que amplíen su definición de "familia" para incluirnos a todos, y que consideren nuevas formas de mantener a esa familia a salvo.

Se inclinó hacia adelante, suavizando el tono. —No estamos aquí para destruir nuestro patrimonio. Estamos aquí para preservar su esencia mientras nos deshacemos de las partes que ya no nos sirven. El mundo está cambiando, y debemos cambiar con él o quedarnos atrás.

Pintó una vívida imagen del futuro bajo mi liderazgo, un futuro donde todos podríamos prosperar y tener éxito. Mientras hablaba, pude ver cómo el ambiente en la sala cambiaba. Incluso algunos de los partidarios de Don Vittorio asentían, claramente persuadidos por sus argumentos.

Cuando terminó, hubo un momento de silencio atónito antes de que la sala estallara en discusiones. Capté fragmentos de conversaciones, algunas de apoyo, otras aún escépticas.

Finalmente, llegó el momento de la votación. Mientras se leía el recuento, sentí alivio y triunfo. Habíamos ganado, y por un margen significativo.

Don Vittorio se nos acercó mientras la sala comenzaba a despejarse. —Bien jugado, Marco —dijo, con la voz tensa—. Espero, por el bien de todos, que puedas cumplir tus promesas.

Asentí, manteniendo mi rostro neutral. —Lo haremos, Don Vittorio. Tiene mi palabra.

Al salir de la reunión, Ivory y yo estábamos perdidos en nuestros pensamientos. El viaje de regreso a casa fue tenso, y el peso completo de lo que había sucedido se asentó sobre nosotros.

—Lo logramos —dijo Ivory suavemente mientras entrábamos en nuestro camino de entrada.

Asentí, extendiendo la mano para apretar la suya. —Lo hicimos. Pero esto es solo el comienzo.

Al entrar en la casa, Elena nos recibió, con Lily a su lado. Mi corazón se aceleró al darme cuenta de lo que esto significaba. Era el momento.

—¿Cómo fue? —preguntó Elena, escrutando nuestros rostros.

—Ganamos —dijo Ivory, con una pequeña sonrisa en los labios—. Pero ahora tenemos algo más importante que discutir.

Me agaché al nivel de Lily, con el corazón acelerado. La niña me miró con curiosidad, sus grandes ojos escrutando mi rostro. Sentí una oleada de protección y una profunda tristeza por la inocencia que le habían negado. Antes de que pudiera presentarme, de repente se dio la vuelta y corrió hacia Ivory, aferrándose a las piernas de su madre.

Ivory se arrodilló junto a Lily, acariciándole suavemente el cabello. —Cariño, este es Marco. Es un amigo muy especial de mamá, y va a pasar mucho tiempo con nosotras.

Lily se asomó desde detrás de las piernas de Ivory, aún mirándome con recelo. —Hola —dijo en voz baja.

Sonreí, tratando de mantener mi voz ligera y amistosa. —Hola, Lily. Es un placer conocerte.

Hubo un momento de silencio incómodo antes de que Lily tirara de la manga de Ivory. —Mami, ¿podemos ver Moana? ¿Por favor?

Ivory me miró, con una pregunta en sus ojos. Asentí, agradecido por la oportunidad de pasar tiempo con Lily en un ambiente relajado.

—Por supuesto, cariño —dijo Ivory—. ¿Por qué no le preguntas a Marco si le gustaría unirse a nosotras?

Lily me miró, con timidez en sus ojos. —¿Quieres ver Moana con nosotras?

Mi corazón se hinchó. —Me encantaría —dije—. Nunca la he visto antes. ¿Es tu película favorita?

Los ojos de Lily se abrieron con incredulidad. —¿Nunca has visto Moana? ¡Es la mejor! ¡Ven, te la mostraré!

Extendió la mano y agarró la mía, arrastrándome hacia la sala de estar. Miré hacia atrás a Ivory, que nos observaba con una suave sonrisa.

Mientras nos acomodábamos en el sofá, Lily entre Ivory y yo, no pude evitar sentir una sensación de rectitud. Ivory inició la película y fue a la cocina, regresando con un tazón de palomitas.

Durante la película, Lily alternaba entre mirar atentamente y explicarme cosas con entusiasmo. —Ese es Maui —susurró en voz alta—. Es un semidiós. ¿Sabes lo que es un semidiós?

Negué con la cabeza, animándola a que me contara más. Mientras se lanzaba a una explicación, crucé la mirada con Ivory por encima de la cabeza de Lily. El amor y la satisfacción que vi allí reflejaban mis propios sentimientos.

Cuando sonó la canción "De nada", Lily comenzó a cantar, su pequeña voz llena de alegría. Sin pensarlo, me uní, mi intento desafinado hizo que Lily se riera por primera vez.

—Eres tonto —dijo, mirándome con una sonrisa.

—¿Ah, sí? —bromeé, haciéndole cosquillas suavemente en los costados. Sus risitas se convirtieron en carcajadas, el sonido era música para mis oídos.

Al terminar la película, me di cuenta de que Lily se había quedado dormida, con la cabeza apoyada en mi brazo. Miré a Ivory, sin saber qué hacer.

—La llevaré a la cama —susurró Ivory, levantando cuidadosamente a Lily en sus brazos.

Cuando regresó, se sentó a mi lado en el sofá, apoyándose en mí. —Gracias —dijo suavemente.

—¿Por qué? —pregunté, rodeándola con un brazo.

—Por estar aquí. Por intentarlo. ¿Viste cómo se encariñó contigo?

Asentí, sintiendo un nudo en la garganta. —Nunca supe que podría amar tanto a alguien tan rápidamente —admití.

Ivory apretó mi mano. —De eso se trata ser padre. Somos una familia ahora, Marco. Todos nosotros.

Mientras estaba allí sentado, abrazando a Ivory y pensando en Lily durmiendo plácidamente en la habitación de al lado, sentí una sensación de paz que nunca antes había conocido. Esto, me di cuenta, era por lo que había estado luchando todo el tiempo. Esto era el hogar.

Más tarde esa noche, Ivory se acurrucó contra mí en la cama, con su cabeza en mi pecho. —Lo logramos —murmuró.

La rodeé con mi brazo, atrayéndola hacia mí. —Lo hicimos —coincidí—. Pero es solo el comienzo.

Levantó la cabeza para mirarme, sus ojos brillando en la tenue luz. —Sea lo que sea que venga después, lo enfrentaremos juntos. Como una familia.

Me incliné para besarla. —Como una familia —repetí.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

IVORY

El peso de los secretos revelados puede ser tanto liberador como aterrador. Mientras yacía en la cama esa noche, mi mente estaba ocupada con los acontecimientos de los últimos días. Marco había logrado convencer a los ancianos. Sabían que él había matado a su padre, pero pudimos persuadirlos de no ejecutar a Marco. Ahora Marco también sabía sobre Lily. La verdad que había guardado tan celosamente durante años estaba al descubierto, y sentía que por fin podía respirar de nuevo. Ya no estaba bajo el agua.

Giré la cabeza para mirar a Marco, su perfil iluminado por el suave resplandor de la lámpara de la mesita de noche. Su ceño estaba fruncido, sumido en sus pensamientos, y me pregunté si estaría tan abrumado como yo. ¿Cómo procesa uno el enterarse de que tiene un hijo del que nunca supo? ¿Cómo sigue uno adelante a partir de aquí?

—Ivory —la voz de Marco rompió el silencio, sobresaltándome un poco—. He estado pensando en Lily.

Mi corazón se aceleró. —¿Qué pasa con ella?

Se volvió para mirarme, sus ojos azul acero intensos. —Creo que deberíamos poner su custodia bajo el nombre de Elena. Oficialmente.

Parpadeé, tomada por sorpresa. —¿Qué? ¿Por qué?

Marco suspiró, pasándose una mano por el pelo. —Es la única forma en que puede tener una vida normal por ahora. Si se corre la voz de que es nuestra hija, será un objetivo. No podemos arriesgarnos a eso.

Me senté, envolviendo las sábanas a mi alrededor. —Pero es nuestra hija, Marco. Acabamos de encontrarnos. ¿Cómo podemos renunciar a ella de nuevo?

—No estamos renunciando a ella —dijo, con voz suave pero firme—. La estamos protegiendo. Elena la ha estado criando todo este tiempo, ¿verdad? Esto lo hace oficial en el papel. Seguiremos en su vida, seguiremos siendo sus padres. Pero será la hija de Elena para el resto del

mundo. Segura. Protegida.

Sentí que las lágrimas me picaban los ojos. Una parte de mí quería discutir e insistir en que podíamos mantenerla a salvo. Pero la parte racional de mi cerebro, que había mantenido a Lily oculta todos estos años, sabía que él tenía razón. Marco era desinteresado. Estaba combatiendo problemas incluso antes de que surgieran.

—Es lo mejor para ella, ¿verdad? —susurré, más para mí misma que para Marco.

Él asintió, extendiendo la mano para tomar la mía. —Lo es. Pero Ivory, te prometo que no la estamos abandonando. Vamos a estar ahí para ella en cada paso del camino. Solo que... desde una distancia segura.

Respiré profundamente, tratando de calmarme. —De acuerdo —dije finalmente—. De acuerdo, lo haremos. Por Lily.

Marco me atrajo hacia sus brazos, y me dejé hundir en su abrazo. Nos quedamos en silencio por un rato, cada uno perdido en sus propios pensamientos.

—Sabes —dijo Marco, su voz más ligera después de un rato—, deberíamos hacer algo como familia. Todos nosotros.

Me aparté para mirarlo, sorprendida. —¿Qué quieres decir?

Una pequeña sonrisa jugaba en sus labios. —Quiero decir, vamos a hacer un picnic. Tú, yo, Lily, Elena. Intentemos tener un día normal, aunque sea solo una vez.

La idea era tan inesperada, tan maravillosamente ordinaria, que no pude evitar reír. —¿Un picnic? ¿En serio?

—¿Por qué no? —Sonrió—. Podríamos ir al jardín de una de mis propiedades, fuera de la ciudad. Es tan grande como los parques de aquí y más seguro. Podríamos llevar comida, quizás volar una cometa. Hacer todas esas cosas normales de familia que nos hemos estado perdiendo.

La imagen de ello —Marco y Lily volando una cometa, Elena y yo extendiendo una manta de picnic— era tan dolorosamente hermosa que me hizo doler el corazón. —Suena... perfecto —dije suavemente.

—Entonces está decidido —dijo Marco, besando mi frente—. Tendremos nuestro picnic

familiar.

Mientras me quedaba dormida esa noche, miré hacia el futuro con ilusión por primera vez en años.

Los siguientes días nos vieron reunirnos con nuestro abogado después de obtener el consentimiento de Elena para tener oficialmente a Lily bajo su tutela. Cada firma se sentía como una pequeña traición, aunque sabía que era para la protección de Lily.

También planeamos nuestro picnic, quizás con demasiado entusiasmo, pero me dio algo en qué enfocarme además de la constante preocupación por nuestra situación.

El día del picnic amaneció brillante y despejado.

Elena y Lily iban en el coche delante de nosotros. Miré por el espejo retrovisor, viendo el SUV negro que nos seguía. Isaac estaba al volante.

—Todavía no puedo creer que hayas convencido a Isaac de venir a un picnic —dije, sonriendo.

Marco se rió. —No necesitó mucha persuasión. Dijo algo sobre que era su deber protegerme en todo momento. Aunque sospecho que podría tener otra razón.

Levanté una ceja. —¿Oh? ¿Y cuál podría ser?

Los ojos de Marco brillaron con picardía. —Digamos que he notado que presta atención extra cuando Elena está cerca.

Esto era nuevo para mí. —¿Elena e Isaac? ¿En serio?

—No estoy diciendo nada con certeza —dijo Marco, levantando las manos—. Solo... mantén los ojos abiertos. Podrías notar algo interesante.

Cuando llegamos al parque, Lily vino corriendo hacia nosotros.

—¡Mami! —gritó, lanzándose a mis brazos.

La abracé fuerte, respirando su dulce y familiar aroma. —Hola, mi niña. ¿Estás lista para nuestro picnic?

Marco se agachó a su nivel, su sonrisa cálida y gentil. —Hola, Lily. Estoy muy emocionado por

nuestro picnic hoy. ¿Quieres ayudarme a llevar la cesta?

Lily dudó por un momento, luego asintió. —Vale —dijo, extendiendo la mano para tomar el asa de la cesta de picnic.

Mientras caminábamos hacia nuestro lugar elegido, no pude evitar sentir una oleada de esperanza. Padre e hija se estaban reconectando. El proceso era lento, pero no había duda de que estaba sucediendo.

Mientras Marco y Lily preparaban la cometa, noté a Isaac merodeando cerca. Pero de vez en cuando, su mirada se posaba en Elena, que estaba organizando la comida sobre la manta.

Elena debió de haber sentido su mirada también, porque levantó la vista y sus ojos se encontraron. Un leve rubor coloreó sus mejillas mientras apartaba la mirada rápidamente, ocupándose con la cesta del picnic.

Oculté una sonrisa. Quizás Marco tenía razón después de todo.

Extendimos la manta bajo un gran roble, cuyas hojas proporcionaban una sombra moteada del cálido sol. Elena me ayudó a desempacar la comida mientras Marco y Lily preparaban la cometa.

—¿Cómo lo estás llevando? —preguntó Elena en voz baja, con ojos preocupados.

Suspiré, observando a Marco explicar pacientemente a Lily cómo sostener el hilo de la cometa. —Es... complicado. Pero creo que vamos en la dirección correcta.

Elena me apretó el brazo. —Lo estás haciendo genial, Ivy. Todos lo estáis.

Mientras comíamos, me fui relajando cada vez más.

Me di cuenta de que Isaac se había posicionado lo suficientemente cerca de nuestro lugar de picnic para vigilar las cosas, pero no tanto como para entrometerse. Elena le lanzaba miradas furtivas, y una vez, lo sorprendí sonriendo suavemente en su dirección.

Cuando Lily pidió más limonada, Elena se levantó un poco demasiado rápido. —Yo la traigo —dijo, dirigiéndose hacia la nevera que habíamos dejado en la sombra.

Al pasar junto a Isaac, tropezó ligeramente. Rápido como un rayo, Isaac estaba allí, sosteniéndola con una mano en su codo.

—Cuidado —murmuró, su rostro habitualmente serio suavizándose.

—Gracias —respondió Elena, con la voz apenas por encima de un susurro.

El momento duró solo segundos, pero la chispa entre ellos era innegable. Cuando Elena regresó con la limonada, sus mejillas estaban sonrojadas, y no solo por el sol.

Lily charlaba animadamente sobre sus amigos de la escuela y su último proyecto de arte. Marco escuchaba atentamente, haciendo preguntas y animándola a compartir más. Era... normal. Hermosa y maravillosamente normal.

Después del almuerzo, Marco y Lily intentaron volar la cometa. Los observé desde la manta, mi corazón hinchándose cuando Lily gritó de alegría cuando la cometa finalmente se elevó en el aire.

—¡Más alto! ¡Hazla volar más alto! —gritó, saltando arriba y abajo.

Marco se rió, un sonido tan despreocupado y alegre que casi me hizo llorar. —De acuerdo, princesa. ¡Veamos qué tan alto podemos hacerla volar!

Cuando empacamos para irnos, Lily bostezaba, sus ojos pesados de satisfacción y agotamiento.

Mientras Marco ayudaba a Lily a subir al coche, aparté a Elena. —Así que —dije, tratando de mantener un tono casual—, tú e Isaac parecíais llevaros bien hoy.

Los ojos de Elena se agrandaron, y miró rápidamente a Isaac, que estaba hablando en voz baja con Marco junto al SUV. —¿Tan obvio fue? —preguntó, mordiéndose el labio.

Le apreté la mano. —Solo para alguien que te conoce tan bien como yo. ¿Quieres hablar de ello?

Elena dudó, luego asintió. —Creo... creo que me gusta, Ivy. ¿Es una locura? Es decir, es la mano derecha de Marco, y ya sabes, no soy del tipo que se involucra con hombres que están en la mafia. Parece tan fuera de mi carácter, pero no puedo evitarlo.

—No es una locura —le aseguré—. La vida es demasiado corta para negarte la felicidad, Elena. Especialmente en nuestro mundo.

Sonrió, pareciendo aliviada. —Gracias, Ivy. No sé a dónde va esto, si es que va a alguna parte, pero... es agradable volver a sentirme así.

La abracé fuertemente. —Pase lo que pase, estoy aquí para ti. Siempre.

Cuando Marco y yo nos acostamos esa noche, no podía dejar de sonreír.

—¿Qué te tiene tan feliz? —preguntó Marco, apoyándose en un codo para mirarme.

Me giré para mirarlo, con el corazón lleno. —Hoy ha sido perfecto —dije suavemente—. Gracias por sugerirlo.

Sonrió, extendiendo la mano para apartar un mechón de pelo de mi cara. —Ha sido perfecto, ¿verdad? ¿Viste la cara de Lily cuando la cometa despegó?

Me reí, recordando su emoción. —¡Pensé que iba a despegar con ella!

Nos quedamos allí un rato, riendo como adolescentes mientras recordábamos momentos del día. Se sentía tan bien reír con Marco, compartir estos preciosos recuerdos de nuestra hija.

—Te amo —dijo Marco de repente, con voz suave pero intensa—. Te amo tanto, Ivory. Y amo a nuestra hija. Sé que tenemos un largo camino por recorrer, pero soy tan feliz haciendo vida contigo.

—Yo también te amo, Marco. Y siento lo mismo. Hoy... hoy se sintió como un vistazo de lo que podría ser nuestra vida.

Me acercó más, presionando un beso en mi frente. —Es lo que será nuestra vida —dijo firmemente—. Te lo prometo, Ivory. Vamos a tener más días como este. Vamos a ser una familia.

Me acurruqué en su pecho, dejando que su calor me envolviera. —Tal vez deberíamos darle a Lily una hermana —murmuré, medio en broma—. O un hermano.

El pecho de Marco retumbó con una risa. —¿Ah, sí? Bueno, ciertamente no me opondría a intentarlo...

Le di un golpecito juguetón en el pecho, riendo. —¡Marco Caruso, eres incorregible!

Atrapó mi mano, llevándola a sus labios para un beso. —Solo por ti, mi amor. Solo por ti.

Sus labios se demoraron en mi piel, el tierno beso convirtiéndose en algo más, algo más

profundo. La risa se desvaneció entre nosotros. La mano de Marco subió por mi brazo, sus dedos trazando la curva de mi hombro antes de deslizarse bajo los mechones húmedos de mi pelo. Inclinó mi cabeza hacia atrás suavemente, su mirada fijándose en la mía con una intensidad que me hizo estremecer.

—Ivory —susurró. Se inclinó, capturando mis labios en un beso que al principio fue suave, pero a medida que pasaban los segundos, esa suavidad dio paso a algo más urgente, más insistente.

Me derretí en él, mis brazos rodeando su cuello mientras devolvía el beso con igual fervor. Sus manos recorrieron mi cuerpo. La sensación de su toque, la forma en que sus dedos rozaban mi piel, encendió un fuego profundo dentro de mí.

Marco se apartó ligeramente, su aliento cálido contra mis labios. —Eres tan hermosa —murmuró. Su mano acunó mi mejilla, su pulgar rozando mi labio inferior—. No puedo tener suficiente de ti, Ivory. Nunca lo tendré.

Un suave suspiro se me escapó, mi corazón rebosando de amor por este hombre que se había convertido en mi todo. —Soy tuya —susurré, las palabras una promesa, un juramento—. Siempre.

Marco bajó la cabeza sin decir otra palabra, capturando mis labios en otro beso. Este fue más profundo y hambriento, como si estuviera tratando de verter todas sus emociones y amor en ese único acto.

Respondí con entusiasmo, mis manos deslizándose por su pecho, sintiendo los duros músculos bajo mis dedos.

Las manos de Marco encontraron el dobladillo de mi camisón. Lentamente lo subió, revelando centímetros de mi piel desnuda debajo antes de quitármelo por los hombros y la cabeza. Sus ojos me recorrieron, absorbiendo mi cuerpo con un hambre que me cortó la respiración. Extendió la mano, sus dedos rozando mi clavícula, trazando un camino hasta la curva de mis senos.

—Eres perfecta —exhaló, su voz apenas por encima de un susurro. Inclinó la cabeza, sus labios encontrando mi cuello, dejando un rastro de besos hasta la piel sensible justo encima de mi clavícula. Incliné la cabeza hacia atrás, dándole mejor acceso, mis ojos cerrándose mientras me perdía en la sensación de su boca sobre mi piel.

Su boca se movió más abajo, sus besos volviéndose más fervientes, más exigentes, al llegar a la

curva de mi seno. Se demoró allí, su boca cerrándose alrededor de uno de mis pezones, chupando suavemente, tirando de él con sus labios antes de que su lengua girara alrededor de la endurecida punta.

Un gemido se escapó de mis labios, mis manos enredándose en su cabello húmedo, acercándolo más. La sensación de su boca en mi seno enviaba descargas de placer directamente a mi núcleo, y me arqueé hacia él, suplicando silenciosamente por más.

—Te gusta eso, ¿verdad? —murmuró Marco contra mi piel. Pasó a mi otro seno, dándole la misma atención, sus dientes rozando la piel sensible lo suficiente para hacerme jadear—. Dime cuánto te gusta, Ivory.

—Me encanta —respiré—. Me haces sentir tan bien, Marco. Necesito más... te necesito.

Sus labios se curvaron en una sonrisa contra mi piel. —Me encanta oírte decir eso —susurró antes de trazar besos por mi estómago—. Me encanta hacerte sentir bien.

Sus manos se movieron a mis caderas, y luego a mis muslos, separándolos hasta que estuvieron abiertos ante él.

—¿Sabes cuánto te deseo? —la voz de Marco era áspera de deseo mientras besaba su camino por mi cuerpo, sus labios rozando la curva de mi cadera.

—Sí —susurré, mi respiración entrecortándose cuando llegó al ápice de mis muslos.

Su boca encontró mi clítoris, su lengua provocando mis pliegues con una lentitud deliberada que me volvía loca. Gemí, mis manos enredándose en su cabello mientras me arqueaba hacia él, instándolo silenciosamente a darme más. Marco no decepcionó. Lamió y chupó, su lengua trabajando en perfecta armonía con sus dedos mientras exploraba cada centímetro de mí.

—Dios, sabes tan bien —gruñó contra mi piel, la vibración de su voz enviando otra ola de placer a través de mí—. Podría quedarme aquí para siempre, justo así.

—Por favor, no pares —jadeé, mi voz sin aliento mientras sentía la tensión acumulándose dentro de mí—. No pares nunca.

—No pensaba hacerlo —murmuró antes de sumergirse de nuevo, su boca implacable mientras me empujaba cada vez más cerca del borde—. Quiero hacerte venir, Ivory. Quiero sentir cómo pierdes el control debajo de mí.

Sus palabras enviaron una descarga de excitación a través de mí, mi cuerpo respondiendo a cada uno de sus toques. Estaba cerca, tan cerca, y podía sentir la tensión enroscándose más y más apretada en mi núcleo. Grité, mi cuerpo temblando mientras el clímax me atravesaba, dejándome débil y temblorosa.

Marco no se detuvo, su boca continuando trabajando su magia en mí, extrayendo cada último bit de placer hasta que me dejó jadeando y sin aliento. Finalmente, se retiró, sus ojos oscuros de satisfacción mientras me observaba bajar de las alturas.

—Te ves tan hermosa así —murmuró, su voz llena de asombro mientras besaba su camino de vuelta por mi cuerpo—. Tan perfecta.

Lo atraje hacia abajo para un beso, ansiosa por probarme a mí misma en sus labios. Se estaba convirtiendo rápidamente en una tradición. —Te quiero dentro de mí, Marco —susurré contra su boca, mis manos deslizándose para agarrar sus caderas—. Te necesito.

Él gimió, su cuerpo reaccionando a mis palabras mientras se posicionaba entre mis piernas. Lentamente, empujó hacia adelante, llenándome centímetro a centímetro. —Cuánto te he echado de menos.

Un gemido bajo se me escapó mientras me estiraba, la deliciosa presión haciendo que mis dedos se curvaran. Marco gruñó, su agarre en mis caderas apretándose mientras se enterraba completamente dentro de mí. Por un momento, nos quedamos así.

—Te sientes increíble —murmuró Marco, su voz un susurro ronco mientras comenzaba a moverse, sus caderas meciéndose contra las mías en un ritmo lento y deliberado—. Tan apretada... tan perfecta.

El placer era abrumador, una quemadura lenta que se extendía por todo mi cuerpo con cada empuje. Envolví mis piernas alrededor de su cintura, atrayéndolo más cerca, instándolo a ir más profundo. Cada movimiento, cada sensación, era amplificado por el amor que sentíamos el uno por el otro.

—Eres perfecto para mí —susurré, mis manos recorriendo su espalda, sintiendo los músculos ondular bajo mis dedos—. Eres todo lo que siempre he querido, Marco. Te amo tanto.

—Yo también te amo —gimió, su ritmo acelerándose mientras se hundía en mí más fuerte, más profundo.

—No te contengas, Marco —respiré, mi voz temblando de deseo mientras me aferraba a él—. Dame todo.

—¿Todo? —murmuró, su voz un gruñido bajo y peligroso—. Te daré más que eso, Ivory. Te daré todo de mí.

Con eso, Marco cambió su peso, ajustando ligeramente su ángulo, y embistió dentro de mí con un ritmo profundo y constante que envió ondas de choque de placer a través de todo mi cuerpo. Jadeé, mis uñas clavándose en su espalda mientras golpeaba ese punto perfecto dentro de mí, una y otra vez, llevándome más cerca del borde del olvido dichoso.

—Sí, Marco —gemí, mis caderas moviéndose al compás de las suyas, igualando su ritmo—. Justo así... ahí... Oh Dios, se siente tan bien.

—¿Te gusta eso, nena? —susurró, su aliento caliente contra mi oído mientras se inclinaba, sus labios rozando mi cuello.

Solo pude asentir, mis palabras perdidas en la abrumadora sensación que me llenaba por completo. Marco gimió en respuesta, aumentando el ritmo, sus embestidas volviéndose más fuertes, más urgentes, como si no pudiera saciarse de mí.

—Ivory —jadeó, su voz tensa mientras luchaba por mantener el control—. Me vuelves loco. No voy a durar... estás demasiado... demasiado apretada.

—Déjate llevar, Marco —le insté, deslizando mis manos por su espalda para agarrar sus caderas, atrayéndolo más profundamente dentro de mí—. Déjate llevar y llega conmigo. Quiero sentirte.

Su resolución se hizo añicos con un gemido gutural, y los movimientos de Marco se volvieron frenéticos, su cuerpo tensándose contra el mío mientras nos llevaba a ambos al borde.

—Córrete para mí, Ivory —gruñó Marco, su voz ronca y desesperada mientras embestía contra mí—. Córrete para mí ahora.

Su orden fue todo lo que necesité para llegar al límite. Grité, mi cuerpo convulsionándose con la fuerza de mi liberación, el placer estrellándose sobre mí en oleadas que me dejaron sin aliento y temblando debajo de él. Marco me siguió segundos después, su propio clímax desgarrándolo mientras se enterraba profundamente dentro de mí, su cuerpo estremeciéndose con la fuerza de su orgasmo.

Por un largo momento, nos quedamos así, y luego murmuró:—Te amo —su voz suave y llena de emoción mientras presionaba un beso en la curva de mi pecho—. Te amo tanto, Ivory.

Sonreí, mis dedos entrelazándose suavemente en su cabello mientras lo abrazaba—. Yo también te amo, Marco —susurré, mi corazón rebosante mientras lo miraba—. Más de lo que nunca sabrás. Esto... esto es todo lo que siempre he deseado.

—Hagamos más recuerdos como este —susurró—. Construyamos la vida que siempre hemos soñado, día a día.

Asentí, mi corazón hinchándose de amor y gratitud mientras miraba al hombre que se había convertido en mi todo—. No lo querría de ninguna otra manera.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

MARCO

Los días siguientes a nuestro picnic familiar fueron un torbellino de emociones y responsabilidades. Constantemente malabaraba mis roles como jefe de la mafia y padre, dos mundos que no podían ser más diferentes. Lily aún desconfiaba de mí, aunque se había relajado un poco durante nuestro picnic y no podía culparla. Yo era esencialmente un extraño que había aparecido repentinamente en su vida, afirmando ser alguien importante.

Cada mañana, me despertaba decidido a arreglar las cosas. Sabía que no sería fácil, pero estaba preparado para esforzarme. Ivory era mi roca en todo esto. Su apoyo me daba la fuerza que necesitaba para enfrentar cada día.

—Ella lo aceptará, Marco —me aseguró Ivory una mañana mientras observábamos a Lily jugar en el jardín desde la ventana de nuestra habitación—. Solo dale tiempo.

Asentí, esperando que tuviera razón. —Lo sé. Es solo que... ya me he perdido tanto. No quiero perderme nada más.

Ivory apretó mi mano, su toque me mantenía anclado. —No lo harás. Estamos aquí ahora, juntos. Eso es lo que importa.

A pesar de los desafíos, intentaba pasar tiempo con Lily todos los días. Ya fuera leyéndole un cuento antes de dormir, ayudándola con sus libros para colorear o simplemente sentándome con ella mientras veía sus dibujos animados favoritos, estaba decidido a estar presente en su vida.

Una tarde, encontré a Lily en la sala de juegos, con evidente frustración en su pequeño rostro mientras luchaba con un rompecabezas.

—¿Necesitas ayuda? —pregunté, manteniendo mi voz suave y gentil.

Lily me miró, sus ojos cautelosos pero curiosos. Después de un momento de duda, asintió.

Me senté a su lado, cuidando de no invadir su espacio. —Bien, veamos qué tenemos aquí. Parece un rompecabezas bastante difícil.

Trabajamos juntos en el rompecabezas, y no pude evitar maravillarme por su determinación. Tenía la misma mente analítica de Ivory, examinando cuidadosamente cada pieza antes de intentar encajarla en su lugar.

—¿Sabes? —dije, entregándole una pieza—, tu madre también es muy buena resolviendo rompecabezas. Siempre puede ver el panorama completo, incluso cuando las cosas parecen confusas.

Lily me miró, con una chispa de interés en sus ojos. —¿De verdad?

Asentí, sonriendo. —De verdad. Es la persona más inteligente que conozco. ¿Y sabes qué? Creo que eres igual que ella.

Una pequeña sonrisa se dibujó en los labios de Lily, y mi corazón se hinchó. No era mucho, pero se sentía como un progreso.

A medida que pasaban los días, noté pequeños cambios en el comportamiento de Lily. Empezó a buscarme con más frecuencia, pidiendo ayuda con sus juguetes o queriendo mostrarme su último dibujo. Cada interacción, por pequeña que fuera, se sentía como una victoria.

Mientras trabajaba en construir mi relación con Lily, también tenía que concentrarme en mis responsabilidades como jefe de la familia Caruso. La transición no había sido fácil, y algunos aún cuestionaban mi liderazgo. Pero estaba decidido a probarme y demostrarles que podía guiarnos hacia una nueva era.

Una mañana, mientras revisaba algunos informes de negocios en mi estudio, Isaac llamó a la puerta.

—Adelante —dije, dejando a un lado los papeles.

Isaac entró, con el rostro serio. —Jefe, tenemos una situación. Uno de nuestros almacenes fue asaltado. Destruyeron prácticamente todo.

Sentí que me venía un dolor de cabeza. —Mierda. ¿Sabemos quién es el responsable?

Isaac negó con la cabeza. —Aún no, pero lo estamos investigando. Podrían ser los Vitelli intentando hacer un movimiento.

Me recliné en mi silla, considerando nuestras opciones. —Bien, dobla la seguridad en nuestros

almacenes restantes. Y programa una reunión con nuestros contactos en el puerto. Necesitamos averiguar si esto fue un trabajo interno.

—Entendido, jefe —asintió Isaac, girándose para salir.

—Ah, ¿e Isaac? —lo llamé, haciendo que se detuviera en la puerta—. ¿Cómo van las cosas con Elena? —pregunté de repente.

Mi nueva vida con Lily e Ivory me había hecho darme cuenta de que había más en la vida que envíos y almacenes. No iba a perder de vista lo que realmente importaba nunca más.

Un leve rubor coloreó las mejillas de Isaac, algo que nunca pensé que vería en su rostro. —Va... bien, jefe. Ella es... es alguien especial.

No pude evitar sonreír. —Lo es. Trátala bien, Isaac. Es familia.

—Lo haré, jefe. Tiene mi palabra —respondió Isaac, con la voz llena de sinceridad.

Mientras Isaac se iba, no pude evitar sentir una sensación de satisfacción. A pesar de los desafíos que enfrentábamos, parecía que todos en nuestra familia poco convencional estaban encontrando su lugar.

Más tarde ese día, me reuní con Elena para discutir los arreglos de seguridad de Lily. Nos sentamos en el jardín, el sol de la tarde calentando nuestros rostros mientras hablábamos.

—He seleccionado un guardaespaldas para Lily —expliqué, entregándole un archivo a Elena—. Ex fuerzas especiales, expediente impecable. La mantendrá a salvo sin llamar la atención.

Elena asintió, hojeando el archivo. —Esto se ve bien, Marco. Pero... ¿estás seguro de que todo esto es necesario? Es decir, sé que tu mundo es peligroso, pero...

Suspiré, entendiendo su preocupación. —Ojalá no lo fuera, Elena. Pero la verdad es que, mientras Lily sea mi hija, será un objetivo. No puedo correr ningún riesgo con su seguridad.

Elena guardó silencio por un momento, luego me miró. —Entiendo. Y haré lo que sea necesario para mantenerla a salvo. Es tanto mi hija como tuya y de Ivory.

Sus palabras me conmovieron profundamente. —Gracias, Elena. Por todo lo que has hecho por Lily... por nosotros. No sé si alguna vez te he agradecido adecuadamente.

Una suave sonrisa se dibujó en los labios de Elena. —No necesitas agradecerme, Marco. He conocido a Ivory toda mi vida. Ella me ha ayudado de más formas de las que puedo contar. Cuidar de Lily fue la mejor manera en que pude recompensarla. Lily es el mayor regalo que pude haber recibido. Y verlos a ti y a Ivory con ella ahora... hace que todo valga la pena.

Nos sentamos en un cómodo silencio por un rato, observando cómo Ivory y Lily jugaban juntas en el césped. La visión de ellas, riendo y despreocupadas, me llenó de una calidez que nunca antes había conocido.

—Sabes —dijo Elena, rompiendo el silencio—, Isaac me contó sobre la redada en los almacenes.

Me volví hacia ella, sorprendido.

—¿Lo hizo?

Elena asintió.

—No me da demasiada información, dice que es por mi propio bien. Isaac está preocupado por ti. Dice que has estado bajo mucha presión.

Me pasé una mano por el pelo, sintiendo de nuevo el peso de mis responsabilidades sobre los hombros.

—Es... complicado. Intentar cambiar las cosas, hacer que nuestro negocio sea más legítimo... no es fácil. Siempre hay quienes se resisten al cambio.

—Me lo puedo imaginar —dijo Elena suavemente—. Pero por lo que vale, creo que estás haciendo lo correcto. Y sé que Ivory también cree en ti.

Sus palabras significaban más para mí de lo que ella podía saber.

—Gracias, Elena. Eso significa mucho.

Cuando Elena se levantó para irse, se detuvo.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Por supuesto —respondí, intrigado.

—¿Eres feliz? —preguntó simplemente.

La pregunta me pilló desprevenido. Miré hacia donde estaban Ivory y Lily, aún jugando juntas, su risa llevada por la brisa. A pesar de los desafíos, los peligros y la presión constante, sentí una paz que nunca antes había conocido.

—Sí —respondí honestamente—. Por primera vez en mi vida, creo que realmente lo soy.

Elena sonrió, satisfecha con mi respuesta.

—Bien. Eso es lo único que importa al final.

Mientras se alejaba, no pude evitar reflexionar sobre cuánto había cambiado mi vida. El hombre que era antes, el que vivía solo para el poder y la venganza, ahora me parecía un extraño.

Esa noche, mientras ayudaba a Ivory a acostar a Lily, sentí que me invadía una sensación de satisfacción. Lily me había pedido que le leyera su cuento favorito antes de dormir, y mientras me sentaba en el borde de su cama, con su pequeña figura acurrucada a mi lado, no pude evitar maravillarme de lo natural que se sentía.

—...y vivieron felices para siempre —terminé, cerrando el libro suavemente.

Lily bostezó, sus ojos pesados por el sueño.

—Me gustó ese cuento —murmuró.

—A mí también, princesa —dije suavemente, arropándola con las mantas—. Ahora es hora de dormir.

Cuando me levanté para irme, la vocecita de Lily me detuvo.

—¿Marco?

Me volví, con el corazón latiendo fuerte al ver su carita somnolienta.

—¿Sí, cariño?

—¿Estarás aquí mañana? —preguntó, con voz pequeña e insegura.

Sentí que se me formaba un nudo en la garganta.

—Por supuesto que sí. Siempre estaré aquí para ti, Lily. Te lo prometo.

Una pequeña sonrisa se dibujó en sus labios mientras sus ojos se cerraban.

—Bien —murmuró, ya medio dormida.

Me quedé allí un momento, viéndola quedarse dormida, con el corazón lleno de amor por esta niña que tan rápidamente se había convertido en el centro de mi mundo.

Cuando cerré la puerta del dormitorio de Lily, encontré a Ivory esperando en el pasillo, con una suave sonrisa en su rostro.

—Eres increíble con ella —dijo, rodeándome con sus brazos.

La atraje hacia mí, respirando su aroma familiar.

—Lo intento. Solo... quiero ser el padre que ella se merece.

Ivory me miró, sus ojos brillando con amor y orgullo.

—Ya lo eres, Marco. Ya lo eres.

Nos dirigimos a nuestro dormitorio, ambos exhaustos pero contentos. Mientras yacíamos en la cama, con Ivory acurrucada a mi lado, no pude evitar reflexionar sobre cuánto había cambiado mi vida en tan poco tiempo.

—¿En qué piensas? —preguntó Ivory, con voz suave en la oscuridad.

Pasé mis dedos por su cabello, maravillándome de lo perfectamente que encajaba contra mí.

—Solo... en todo. En lo diferentes que son las cosas ahora. En lo feliz que soy.

Ivory se apoyó sobre su codo, mirándome con una sonrisa.

—Yo también soy feliz, Marco. Más feliz de lo que nunca pensé que podría ser.

La atraje hacia mí para besarla, volcando en el beso todo mi amor y gratitud. Cuando nos separamos, ambos ligeramente sin aliento, no pude evitar reírme.

—¿Qué es tan gracioso? —preguntó Ivory, arqueando una ceja.

—Nada —dije, negando con la cabeza—. Es solo que... si alguien me hubiera dicho hace un año

que esta sería mi vida, me habría reído en su cara. Y ahora... no puedo imaginar nada más.

Ivory sonrió, apoyando su cabeza en mi pecho.

—La vida tiene una forma curiosa de sorprendernos, ¿no?

Mientras nos quedábamos dormidos, sentí que una sensación de paz me invadía. A pesar de los desafíos que aún enfrentábamos y los peligros que acechaban en las sombras de nuestro mundo, sabía que mientras tuviera a Ivory y a Lily a mi lado, podría enfrentarme a cualquier cosa.

Los siguientes días pasaron en un torbellino de momentos familiares y negocios. Me sorprendía constantemente lo rápido que Lily se estaba acercando a mí. Todavía tenía sus momentos de timidez, pero a menudo la sorprendía mirándome con curiosidad en lugar de miedo.

Una tarde, decidí tomarme un descanso del trabajo y pasar tiempo con Lily. La encontré en la sala de juegos, rodeada de un mar de bloques de construcción de colores.

—¿Qué estás construyendo, princesa? —pregunté, sentándome a su lado.

Lily me miró, con el rostro serio.

—Un castillo —declaró—. Para que vivan todas las princesas.

Sonreí, cogiendo un bloque.

—¿Puedo ayudar?

Asintió, dándome un puñado de bloques.

—Puedes construir la torre. Tiene que ser muy alta.

Trabajamos juntos en un cómodo silencio durante un rato, con Lily dándome ocasionalmente instrucciones sobre dónde colocar los bloques. Mientras construíamos, no pude evitar notar cuánto se parecía a Ivory, especialmente cuando se concentraba.

—¿Sabes? —dije casualmente—, a tu mamá también le encantaba construir cosas cuando era pequeña.

Lily me miró, sus ojos abiertos con interés.

—¿De verdad?

Asentí, sonriendo ante el recuerdo.

—Oh, sí. Solía construir las estructuras más asombrosas con cualquier cosa que encontrara. Bloques, cartas, incluso libros a veces.

—¿Conocías a mamá cuando era pequeña? —preguntó Lily, su curiosidad despertada.

Hice una pausa, considerando cómo responder.

—Sí. Nos conocemos desde hace mucho tiempo.

Lily pareció pensarlo por un momento.

—Y ahora estás casado —dijo como si fuera un hecho.

No pude evitar reírme.

—Así es. ¿Y sabes qué? Casarme con tu mamá fue la mejor decisión que he tomado en mi vida.

Lily asintió sabiamente como si todo aquello tuviera perfecto sentido para ella.

—Mami es la mejor —declaró.

—Sin duda lo es —coincidí, sintiendo que mi corazón se hinchaba de amor por ambas.

Cuando el sol comenzó a ponerse, proyectando un cálido resplandor a través de las ventanas, me di cuenta de que era hora de la rutina nocturna de Lily.

—Muy bien, princesa —dije, poniéndome de pie—. Es hora de prepararse para ir a la cama.

Para mi sorpresa, Lily no protestó. Simplemente se levantó, tomó mi mano y me dejó guiarla hasta su habitación, mientras Ivory nos observaba desde la distancia. Mientras realizábamos su rutina nocturna —cepillarse los dientes, cambiarse a pijama y elegir un cuento para dormir— me maravillé de lo natural que se sentía todo.

Una vez que Lily estuvo arropada en la cama, me senté en el borde, listo para leerle la historia que había elegido. Pero antes de que pudiera abrir el libro, Lily habló, con voz suave pero clara.

—¿Marco? —dijo, con los ojos abiertos y curiosos.

—¿Sí, cariño? —respondí, sintiendo que mi corazón se aceleraba ante la seriedad en su rostro.

Lily jugueteó con su manta por un momento antes de mirarme, sus inocentes ojos llenos de curiosidad y esperanza.

—¿Eres mi papá?

La pregunta me golpeó como un puñetazo en el estómago. Me quedé paralizado, con la mente acelerada mientras intentaba descifrar cómo responder. Este era el momento que tanto había anhelado como temido. ¿Cómo podía explicarle las complejidades de nuestra situación a esta niña inocente? ¿Cómo podía decirle la verdad sin confundirla o molestarla?

Mientras permanecía allí sentado, mirando los ojos expectantes de Lily, me di cuenta de que la respuesta era más simple de lo que había pensado. No importaba cómo habíamos llegado hasta aquí ni qué desafíos nos esperaban. Lo que importaba era el amor que sentía por esta pequeña y la promesa que había hecho de estar siempre ahí para ella.

Tomando una profunda respiración, me preparé para responder, sabiendo que mi respuesta lo cambiaría todo.

CAPÍTULO VEINTICINCO

IVORY

Un peso de diez toneladas pareció levantarse de mis hombros cuando las palabras de Marco resonaron en mis oídos.

—Sí —le había dicho a Lily—, soy tu papá.

En ese momento, todo cambió. Nuestro frágil castillo de naipes, construido sobre secretos y medias verdades, se transformó en algo sólido, algo real. Mientras estaba allí, viendo a Marco abrazar a nuestra hija, me di cuenta de que esto era solo el comienzo de nuestra historia.

Cuando la primera luz del amanecer se colaba por la ventana de nuestra habitación, sentí a Marco moverse a mi lado. Me acercó más a él, su calor envolviéndome como un capullo.

—Ivory —susurró, su voz aún ronca por el sueño—. Hay algo que quiero preguntarte.

Me giré para mirarlo. —¿Qué es?

La mano de Marco encontró la mía bajo las sábanas. —Quiero que renovemos nuestros votos.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire entre nosotros, cargadas de significado.

Parpadeé, tratando de procesar lo que estaba diciendo.

—Nuestra primera boda —continuó, su pulgar trazando círculos en mi palma— fue un acuerdo de negocios. Una necesidad. Pero ahora... ahora quiero hacerlo bien. Quiero estar frente a ti, frente a nuestra hija, y hacer un verdadero compromiso. No como un jefe de la mafia, no como parte de una gran estrategia, sino como un hombre que ama a su familia más que a nada en este mundo.

Las lágrimas ardieron en mis ojos mientras sus palabras se hundían en mí. Este era Marco, mi Marco, exponiendo su corazón. El hombre que una vez pareció tan inalcanzable, tan perdido para mí, ahora me ofrecía todo lo que alguna vez había soñado.

—Sí —susurré, mi voz cargada de emoción—. Sí, Marco. No me gustaría nada más.

Su rostro se iluminó con una sonrisa tan brillante que rivalizaba con el sol que entraba por nuestra ventana. Me acercó a él, sus labios encontrando los míos en un beso que era tanto tierno como apasionado.

Me entregué por completo a la planificación de nuestra ceremonia de renovación de votos durante las siguientes semanas. Cada detalle, desde las flores hasta la música, tenía que ser exacto y preciso. Era un marcado contraste con lo que fue mi primera boda. No tuve voz ni voto en ella. Todo lo que tenía que hacer era presentarme y terminar con ello, pero ahora, era solo una chica normal, planeando la boda de sus sueños y queriendo que todo fuera perfecto.

El pensamiento de mi madre a veces persistía en mi mente. Ella fue forzada a la vida de la mafia y nunca fue verdaderamente feliz, pero aquí estaba yo, teniendo una oportunidad totalmente diferente de felicidad. A pesar de todo, estaba agradecida por ello. Una tarde, mientras estaba sentada en la mesa del comedor, rodeada de muestras de tela y flores, Elena se unió a mí.

—¿Cómo va todo? —preguntó, deslizándose en la silla frente a mí.

Suspiré, apartando un mechón de cabello de mi cara. —Es... mucho. Pero de una buena manera, ¿sabes?

Elena asintió, con una sonrisa comprensiva en su rostro. —Me lo puedo imaginar. Ivory, nunca te había visto tan feliz. Es como si brillaras desde adentro.

Sentí que el rubor subía por mis mejillas. —Soy feliz, Elena. Más feliz de lo que jamás pensé posible.

—Te lo mereces —dijo, extendiendo la mano por encima de la mesa para apretar la mía—. Después de todo lo que has pasado, te mereces esta felicidad.

Mientras miraba a mi mejor amiga, la mujer que había estado a mi lado en las buenas y en las malas y que había criado a mi hija como si fuera suya, sentí una ola de gratitud inundarme.

—Elena —dije, con voz suave—. Quiero que seas mi dama de honor. ¿Lo harás?

Sus ojos se agrandaron, llenándose de lágrimas. —Oh, Ivory. Por supuesto que lo haré. Será un honor. Al menos, esta vez puedo quedarme durante toda la ceremonia.

Nos abrazamos, ambas riendo y llorando al mismo tiempo. Cuando nos separamos, noté algo diferente en ella, pero no podía identificar exactamente qué era.

—Elena —dije, estudiando su rostro—. ¿Está todo bien? Te ves... no sé, diferente de alguna manera.

Se mordió el labio, un hábito que tenía desde la infancia cuando estaba nerviosa por algo. —Yo... hay algo que necesito decirte, Ivory.

Mi ritmo cardíaco se aceleró y la preocupación se instaló. —¿Qué es? Sabes que puedes decirme cualquier cosa.

Elena respiró profundamente, sus manos jugueteando con el borde de su camisa. —Isaac y yo... hemos estado saliendo. Formalmente, quiero decir. No solo miradas robadas y conversaciones incómodas.

Sentí que una sonrisa se extendía por mi rostro. —Elena, ¡eso es maravilloso! Me alegro tanto por ti.

Ella levantó la mirada, con evidente alivio en sus ojos. —¿De verdad? ¿No estás... preocupada? ¿Por que me involucre con alguien de la mafia?

Extendí la mano, tomando las suyas entre las mías. —Elena, si hay algo que he aprendido, es que el amor no se preocupa por las líneas que trazamos o las etiquetas que usamos. Sin ti, nunca habría sido capaz de criar a Lily para que fuera la niña preciosa que es hoy. Sacrificaste tanto por mí, y todo sin quejarte. Así que, realmente, te apoyaré en lo que te haga feliz. Isaac es un buen hombre. He visto cómo te mira, cómo se comporta alrededor de Lily. Si te hace feliz, eso es todo lo que importa para mí, pero si alguna vez te hace daño, no dudaré en mandarlo ejecutar.

Los hombros de Elena se relajaron. —Él me hace feliz, Ivory. No lo esperaba, no lo planeé, pero... me entiende de una manera que nadie más lo ha hecho nunca.

Mientras escuchaba a Elena hablar sobre Isaac, sobre los momentos tranquilos que compartían y el futuro que cautelosamente comenzaban a imaginar, sentí una sensación de plenitud. Nuestra familia poco convencional estaba creciendo y evolucionando, y se sentía correcto.

Los días pasaron volando, cada uno acercándonos más a la ceremonia. Observé con alegría cómo Lily se entregaba a su papel de niña de las flores, practicando su caminata por el pasillo con una seriedad que hacía que mi corazón se hinchara. Los ojos de Marco se llenaban de orgullo cada vez que la miraba, y podía ver el amor irradiando de él.

Una noche, mientras Marco y yo arropábamos a Lily en la cama, ella nos miró con esos grandes ojos inocentes que nunca dejaban de derretir mi corazón.

—Mami —dijo, con voz somnolienta—. Después de que tú y papi se casen de nuevo, ¿eso significa que tendré un hermanito o una hermanita?

Sentí que Marco se tensaba a mi lado, y tuve que contener una risa ante el pánico en sus ojos.

—Bueno, cariño —dije, apartándole el cabello de la frente—, casarse no significa automáticamente tener más hijos. Pero es algo de lo que papá y yo podríamos hablar en el futuro.

Lily asintió, aparentemente satisfecha con esta respuesta. —Vale. Pero si lo hacéis, ¿puedo ayudar a elegir su nombre?

Esta vez, no pude contener la risa. —Por supuesto que puedes, mi amor. Ahora, es hora de dormir. Que tengas dulces sueños.

Cuando salimos de la habitación de Lily, Marco me atrajo hacia él, rodeándome la cintura con sus brazos. —Así que —murmuró, su aliento cálido contra mi oreja—, ¿conversaciones futuras sobre más hijos, eh?

Me giré en sus brazos, mirándolo. —¿Eso te asusta, señor Caruso?

Negó con la cabeza, con una suave sonrisa en sus labios. —Para nada, señora Caruso. De hecho, creo que me gusta bastante la idea de una casa llena de pequeños correteando.

La idea me provocó un escalofrío, una visión de un futuro que una vez creí imposible y que ahora parecía estar al alcance.

A medida que se acercaba el día de la ceremonia, me encontré cada vez más ansiosa, no por casarme con Marco (eso era lo único de lo que estaba absolutamente segura), sino por todo lo demás. La constante amenaza que se cernía sobre nuestra familia y el peligroso mundo en el que vivíamos parecían presionarme.

La noche antes de la ceremonia, no podía dormir. Me deslicé fuera de la cama, con cuidado de no despertar a Marco, y me dirigí al balcón. El aire fresco de la noche ayudó a despejar mi mente, pero las preocupaciones seguían molestándome.

No sé cuánto tiempo estuve allí, perdida en mis pensamientos, antes de sentir la presencia de

Marco detrás de mí. Me envolvió con una manta, sus brazos siguiéndola para abrazarme.

—¿Qué te preocupa, amor? —preguntó, con voz baja y tranquilizadora.

Me apoyé en él, sacando fuerzas de su sólida presencia. —Solo estoy... preocupada, supongo. Por el futuro, por mantener a nuestra familia a salvo.

Marco permaneció en silencio por un momento, con su barbilla apoyada en mi cabeza. —Lo sé —dijo finalmente—. Yo también me preocupo. Pero Ivory, mira lo lejos que hemos llegado. Mira la familia que hemos construido, el amor que hemos encontrado. Lo que venga, lo afrontaremos juntos.

Me giré en sus brazos, mirándolo a los ojos. En ellos, vi la misma determinación, el mismo amor que nos había traído hasta aquí. —Prométemelo —susurré—. Prométeme que pase lo que pase, siempre encontraremos el camino de vuelta el uno al otro.

Marco acunó mi rostro entre sus manos, su toque suave pero seguro. —Te lo prometo, Ivory. Tú y Lily sois mi hogar. Mi todo. Nada en este mundo podría impedir que volviera a vosotras.

Mientras estábamos allí, bañados por la luz de la luna, sentí que mis últimas preocupaciones se desvanecían. Mañana, nos pararíamos frente a nuestra familia y amigos para renovar nuestro compromiso mutuo. Pero en ese momento, bajo la vasta extensión de estrellas, ya habíamos hecho el único voto que realmente importaba.

Llegó la mañana de la ceremonia. El sol brillaba claro y radiante, como si el universo mismo nos sonriera. Elena llegó con los brazos llenos de fundas de ropa y una sonrisa que podría iluminar la habitación.

—¿Lista para volver a ser la señora Caruso? —preguntó, dejando su carga y abrazándome.

Me reí, el sonido burbujea desde lo más profundo de mi ser. —Más que lista.

Las siguientes horas fueron todo sobre peinado, maquillaje y ajustes de último minuto a mi vestido. Todo pareció suceder en un abrir y cerrar de ojos. Antes de darme cuenta, estaba frente a un espejo de cuerpo entero, apenas reconociendo a la mujer que me devolvía la mirada.

Mi vestido era sencillo pero elegante, un vestido blanco fluido que abrazaba mis curvas antes de caer graciosamente hasta el suelo. Mi cabello estaba recogido en un moño suelto, con mechones enmarcando mi rostro. Pero eran mis ojos los que captaban la atención de todos. Brillaban con

una felicidad que nunca antes había mostrado.

Un suave golpe en la puerta me sacó de mi ensueño. —Adelante —llamé, esperando a Elena, o quizás a mi padre.

En cambio, fue Lily quien se asomó por la puerta, sus ojos se agrandaron al verme. —Mami —suspiró—, ¡pareces una princesa!

Me arrodillé, abriéndole los brazos. Ella corrió hacia mí, con cuidado de no arrugar su propio vestidito blanco. —Gracias, mi amor —dije, alisando su cabello—. Tú también pareces una princesa.

Lily me sonrió radiante, su emoción era palpable. —¿Ya es hora? ¿Podemos ir a ver a papi?

Me reí, poniéndome de pie y tomando su mano. —Casi, cariño. ¿Estás lista para ser la mejor niña de las flores de la historia?

Asintió solemnemente, su rostro era una imagen de determinación. —He practicado mucho. No lo estropearé, lo prometo.

Mi corazón se hinchó de amor por esta niña, nuestro milagro. —Nunca podrías estropearlo, Lily. Eres perfecta tal como eres.

Mientras nos dirigíamos al jardín donde tendría lugar la ceremonia, sentí que una sensación de calma me invadía. Esto era lo correcto. Aquí es donde debía estar.

La ceremonia en sí fue pequeña e íntima, justo como queríamos. Nuestros familiares y amigos más cercanos se reunieron en el hermoso jardín decorado, con una suave música de fondo. Mientras me encontraba en la entrada, con mi padre a mi lado, lista para recorrer el pasillo, divisé a Marco.

Estaba de pie, alto y orgulloso al final del pasillo, con sus ojos fijos en mí. El amor que vi en su mirada me dejó sin aliento. Este era el hombre al que había amado durante tanto tiempo, el padre de mi hija, mi compañero en todos los sentidos de la palabra.

Lily fue primero, esparciendo pétalos de rosa por el camino con una concentración que me derritió el corazón. Luego, fue mi turno. Cuando mi padre y yo comenzamos nuestro recorrido, el mundo pareció desvanecerse. Todo lo que podía ver era Marco; todo lo que podía sentir era el amor que nos rodeaba.

Mientras nos acercábamos, noté a Lucas en la primera fila. Sus ojos brillaban, lo cual era una visión poco común. Justo cuando llegamos junto a Marco, Lucas aclaró su garganta y, con una voz que era tanto áspera como afectuosa, dijo: —Te joderé si te atreves a lastimar a mi preciosa sobrina y hermanita.

Por un momento, todo se congeló. Luego, una oleada de risas estalló entre nuestros invitados. Incluso Marco, que debería haber estado en guardia, estaba riendo. No pude evitar unirme a ellos.

Cuando las risas se apagaron, mi padre puso mi mano en la de Marco, y luego la puso en la suya, un símbolo cuyo significado no me pasó desapercibido. Esto era más que una simple renovación de votos. Era un nuevo comienzo para todos nosotros.

Las manos de Marco estaban cálidas y firmes mientras sostenían las mías. Mientras intercambiábamos nuestros votos, promesas de amor y devoción, y para siempre, sentí que una sensación de corrección me invadía. Este era mi hogar. Aquí era donde pertenecía.

—Yo, Marco, te tomo a ti, Ivory, como mi esposa —la voz de Marco era fuerte y clara, llena de emoción—. No por deber ni por arreglo, sino porque eres el amor de mi vida, la madre de mi hija, la mujer que me hace querer ser mejor cada día. Prometo amarte, protegerte a ti y a nuestra familia, y estar a tu lado a través de todo lo que la vida nos depare. Eres mi corazón, mi hogar, mi todo.

Las lágrimas nublaron mi visión mientras comenzaba mis propios votos. —Yo, Ivory, te tomo a ti, Marco, como mi esposo. Eres el hombre que he amado durante tanto tiempo, el padre de nuestra hermosa hija, mi compañero en todo. Prometo amarte, apoyarte, enfrentar cada desafío a tu lado. Me has dado una familia que nunca pensé que tendría, un amor que nunca esperé encontrar. Eres mi fuerza, mi puerto seguro, mi futuro.

Los vítores estallaron entre nuestros seres queridos reunidos mientras sellábamos nuestros votos con un beso. Lily corrió hacia nosotros, y Marco la levantó para incluirla en nuestro abrazo. Esta era mi familia, el amor por el que tanto había luchado y el futuro con el que había soñado.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

MARCO

Me encontraba en el patio trasero, observando cómo Lily perseguía mariposas por el jardín. Su risa pura y despreocupada llenaba el aire, recordándome lo lejos que habíamos llegado. Era difícil creer que mi pequeña cumpliera siete años hoy. Siete años de alegría, desafíos y un amor tan profundo que a veces me dejaba sin aliento.

Habíamos decidido no hacer una gran fiesta. Después de todo lo que habíamos pasado, una reunión familiar tranquila parecía lo adecuado. Eché un vistazo al patio donde Ivory estaba enfrascada en una conversación con su padre y su hermano. Verlos juntos, relajados y cómodos, me hizo sonreír. Hubo un tiempo en que pensé que tal escena sería imposible.

—¡Papá! ¡Mira! —La voz emocionada de Lily atrajo mi atención de vuelta a ella. Sostenía una oruga, con los ojos abiertos de asombro—. ¿Podemos quedárnosla? ¿Por favor?

Me arrodillé junto a ella, tomando suavemente la pequeña criatura de sus manos.

—Creo que este amiguito sería más feliz aquí en el jardín, ¿no crees? Podemos venir a verlo todos los días y observar cómo se convierte en mariposa.

Lily lo consideró por un momento antes de asentir solemnemente.

—Vale. Pero, ¿podemos ponerle un nombre?

No pude evitar reír.

—Claro que sí. ¿Cómo quieres llamarlo?

—¡Brillo! —declaró sin dudar.

Mientras colocábamos cuidadosamente a "Brillo" de vuelta en una hoja, me maravillé de la inocencia de mi hija y su capacidad para encontrar alegría en las cosas más simples. Era un claro contraste con el mundo en el que yo había crecido, el mundo del que me estaba esforzando tanto por alejarme.

Al caer la tarde, llamé a todos para el pastel. Los ojos de Lily se iluminaron cuando Ivory trajo el pastel en forma de mariposa, con siete velas brillando en el crepúsculo.

—Pide un deseo, cariño —dijo Ivory, con voz suave de amor.

Lily cerró los ojos con fuerza, su rostro arrugado en concentración, antes de soplar las velas de un solo aliento. Mientras todos aplaudían y vitoreaban, crucé una mirada con Ivory por encima de la cabeza de Lily. El amor que vi allí, el orgullo y la felicidad, hicieron que mi corazón se hinchara.

Más tarde esa noche, después de que Lily fuera arropada en la cama, con sus nuevos juguetes cuidadosamente colocados a su alrededor, Ivory y yo nos sentamos en el patio, disfrutando de un momento tranquilo juntos.

—Está creciendo tan rápido —murmuró Ivory, apoyando su cabeza en mi hombro.

La rodeé con mi brazo, atrayéndola hacia mí.

—Es cierto. Es difícil creer cuánto ha cambiado todo en siete años.

Ivory levantó la cabeza, encontrando mi mirada.

—Has hecho un trabajo increíble, Marco. El progreso que has logrado con el negocio, la vida que estás construyendo para nosotros... Estoy tan orgullosa de ti.

Sus palabras me reconfortaron, ahuyentando las dudas que a veces se colaban durante las largas noches cuando me preocupaba por si estaba haciendo lo correcto.

—No podría haberlo hecho sin ti —dije, con total sinceridad—. Tú y Lily sois mi razón para todo.

Nos quedamos en un cómodo silencio por un rato, viendo cómo salían las estrellas. Pensé en lo diferente que era mi vida ahora comparada con hace solo unos años. La tensión constante, la violencia siempre latente bajo la superficie, parecía un recuerdo lejano. Ahora, mis días estaban llenos de reuniones de negocios y sesiones de estrategia, sí, pero también de cenas familiares y cuentos antes de dormir.

Por supuesto, no habíamos cortado completamente nuestros lazos con el submundo. No era tan ingenuo como para pensar que podríamos simplemente alejarnos de esa vida sin consecuencias.

Pero cada vez más, nuestro enfoque estaba en construir poder e influencia legítimos. Manteníamos nuestra posición a través de alianzas estratégicas y maniobras cuidadosas en lugar de por la fuerza y el miedo.

A medida que las semanas se convertían en meses, me sumergí en mi trabajo con renovada energía. Cada trato exitoso, cada nueva empresa legítima, se sentía como un paso hacia el futuro que quería para mi familia. Ivory era mi compañera en todos los sentidos de la palabra, su mente aguda y apoyo inquebrantable me empujaban a ser mejor, a hacer las cosas mejor.

Fue en nuestro aniversario cuando todo se cerró. Había estado trabajando en un proyecto en particular durante meses, determinado a darle a Ivory un regalo que le mostrara cuánto significaba para mí y cuánto valoraba sus sueños junto a los míos.

Habíamos decidido tener una cena tranquila en casa, solo nosotros dos. Mientras Lily era llevada a una pijamada con Elena, me dispuse a preparar la comida favorita de Ivory. La cocina se llenó con el aroma de hierbas y especias mientras trabajaba, mi mente repasando las noticias que tenía que compartir.

Ivory bajó justo cuando estaba dando los últimos toques a nuestros platos. Se veía impresionante en un sencillo vestido negro, su cabello cayendo en suaves ondas sobre sus hombros. Incluso después de todo este tiempo, verla aún me dejaba sin aliento.

—Algo huele increíble —dijo, rodeándome con sus brazos por detrás.

Me giré en su abrazo, atrayéndola hacia mí para besarla.

—Feliz aniversario, *amore mio*.

Cenamos a la luz de las velas, conversando y riendo, recordando los primeros días de nuestra relación y maravillándonos de lo lejos que habíamos llegado. Mientras recogía los platos, mi corazón comenzó a acelerarse con anticipación.

—Tengo algo para ti —dije, metiendo la mano en el bolsillo para sacar el sobre que había preparado.

Los ojos de Ivory se iluminaron con curiosidad mientras lo tomaba de mis manos. —Marco, no tenías que...

—Ábrelo —le insté suavemente, sin poder ocultar la emoción en mi voz.

Abrió el sobre con cuidado, sacando los papeles que había dentro. Observé cómo sus ojos recorrían el documento, abriéndose de par en par al darse cuenta de lo que estaba leyendo.

—Marco —suspiró, mirándome con incredulidad—. ¿Esto es real?

Asentí, con una sonrisa extendiéndose por mi rostro. —Es real. Lo hemos logrado, Ivory. El negocio es completamente legítimo ahora. Cada operación, cada inversión, todo está en regla. Y —añadí, suavizando mi voz—, he establecido un fondo de becas a tu nombre en la facultad de derecho. Cuando estés lista para volver y terminar tu carrera, todo está preparado.

Los ojos de Ivory se llenaron de lágrimas mientras asimilaba el impacto de lo que le estaba diciendo. —Oh, Marco —susurró, echándome los brazos al cuello—. No puedo creerlo. Realmente lo hicimos.

La abracé con fuerza, sintiendo el calor de sus lágrimas contra mi cuello. —Lo hicimos juntos —murmuré—. Este es nuestro legado, Ivory. Un futuro del que Lily pueda estar orgullosa, y una vida que hemos construido en nuestros propios términos.

Cuando nos separamos, noté un cambio en la expresión de Ivory. Había un destello de algo en sus ojos, una alegría secreta que hizo que mi corazón latiera con fuerza.

—Yo también tengo algo para ti —dijo suavemente, tomando mi mano y colocándola gentilmente sobre su vientre.

Por un momento, no pude respirar. Miré de mi mano a su rostro, viendo la confirmación que necesitaba en su radiante sonrisa.

—Tú estás... nosotros... —balbuceé, abrumado por la emoción.

Ivory asintió, con lágrimas de felicidad rodando por sus mejillas. —Vamos a tener otro bebé, Marco. Lily va a ser hermana mayor.

La alegría explotó en mi pecho, tan intensa que casi dolía. Atraje a Ivory hacia mí, besándola con todo el amor y gratitud que sentía. Otro hijo. Otro pedazo de nuestro futuro creciendo justo aquí entre nosotros.

Cuando finalmente nos separamos, ambos riendo y llorando al mismo tiempo, no podía dejar de tocar el vientre aún plano de Ivory, maravillándome del milagro que ocurría bajo mis dedos.

—¿Desde cuándo lo sabes? —pregunté, con la voz ronca por la emoción.

—Me enteré la semana pasada —admitió Ivory—. Quería esperar hasta esta noche para decírtelo. De alguna manera, sentí que era adecuado compartir esta noticia en nuestro aniversario.

Asentí, comprendiendo completamente. —Es perfecto, Ivory. Tú eres perfecta. Dios, te amo tanto.

Pasamos el resto de la noche hablando sobre el futuro, haciendo planes y soñando con cómo sería nuestra familia ampliada. Le prometí a Ivory, una y otra vez, que la apoyaría en lo que decidiera sobre la facultad de derecho. Ya fuera que quisiera empezar de inmediato o esperar hasta después del nacimiento del bebé, yo estaría allí, ayudando con Lily y el nuevo bebé, asegurándome de que tuviera todas las oportunidades para alcanzar sus sueños.

A la mañana siguiente, compartimos la noticia con Lily. Su entusiasmo era contagioso, su pequeño rostro iluminándose ante la perspectiva de convertirse en hermana mayor.

—¿Puedo ayudar a cuidar al bebé? —preguntó, con los ojos grandes y sinceros.

—Por supuesto que puedes, cariño —dijo Ivory, abrazando a Lily—. Vas a ser la mejor hermana mayor del mundo.

—¿Puedo elegir un nombre para el bebé ahora?

—¿Sí? —respondió Ivory, vacilando e insegura de en qué se estaba metiendo, y me miró para que la salvara, pero yo estaba demasiado ocupado disfrutando de la escena.

—¡Genial! Si es un niño, llamémoslo Leo...

—Oh, ¿Leo? Ese es un nombre precioso.

—No, no Leo, mami. Leopardo. Como el tigre. *¡Grrr!*

Ivory echó la cabeza hacia atrás, riendo.

—¿Y si es una niña? —pregunté, indagando más.

—¡Mariposa! —gritó.

Ivory y yo nos encogimos de hombros. —Creo que con ese podemos trabajar —dijo Ivory.

Mientras observaba a mi esposa y a mi hija, con otro hijo en camino, sentí que una sensación de paz me invadía. Esto era por lo que había luchado, por lo que había arriesgado todo para conseguir.

Lo recordaba con claridad. Me transporté de vuelta a la noche de la boda del desconocido. La noche en que rompimos el único límite que nos quedaba. Fue entonces cuando todo comenzó y nuestro destino quedó sellado.

Me pregunto si habríamos experimentado un desenlace muy diferente si no me hubiera marchado a Moscú. O si mis llamadas y cartas no hubieran sido interceptadas. O si no hubiera matado a mi padre.

Todo lo que había sucedido, fuera bueno o malo, nos había conducido a este hermoso momento. Sabía que el camino por delante no siempre sería fácil. Aún habría desafíos que enfrentar, viejos fantasmas que poner a descansar. Pero al mirar a Ivory y Lily, sintiendo la promesa de nuestro hijo por nacer, supe que podríamos enfrentar cualquier cosa juntos. Y por primera vez en mi vida, me sentía verdadera y completamente feliz.